

PUCK

CONSIGLE UN
NUEVO RECORD

¡en 40 minutos!



PUCK CONSIGUE UN NUEVO RECORD

Por Lisbeth Werner

Título original danés: I SIDSTE SEKUND ~ PUK SAETTER
REKORD

Traducción: Annelise Larsen

Cubierta: González Vicente

Ilustraciones: R. Cornelia

SEPTIMA EDICION

Deposito Legal: B. 36.226-1986

ISBN 84-310-2282-5

© Carlo Andersen - Kund Meister

Copenhague - Dinamarca

Ediciones Toray, S. A., 1986 Duero, 6. 08031 Barcelona



—¿Billetes de lotería?

—No, gracias — dijo la anciana mientras contemplaba con amabilidad a Puck y a Karen desde la puerta.

Era una anciana encantadora y Puck la encontraba muy simpática.

—Es a beneficio de la «Ayuda a la Infancia» —insistió Karen—y, entre otras cosas, puede usted ganar un viaje al Lejano Oriente.

—No está mal —respondió la anciana—, aunque yo personalmente prefiero quedarme aquí el mayor tiempo posible.

—Bueno —explicó Karen—, pero el viaje se puede cambiar por veinte mil coronas en metálico. ¡Es mucho dinero!

La sonrisa de la anciana desapareció.

—Sí —vaciló—; es mucho dinero y Dios sabe cuánto lo necesitamos.

En una de las habitaciones de la casita cubierta de brezo alguien estaba tocando extraños acordes al piano, armonías raras que, no obstante, gustaban a las muchachas.

Puck y Karen habían salido para vender algunos de los billetes de lotería que la organización de «Ayuda a la Infancia» había enviado al pensionado de Egeborg. Y, naturalmente, era una cuestión de honor liquidarlos todos.

—¿Estáis en el pensionado de Egeborg?

—Sí, señora — asintió Puck.

Las cosas iban por mejor camino. Habían iniciado una conversación y Puck contempló a la anciana señora con cierta esperanza.

—Sólo cuestan dos coronas —recalcó Karen.

—Hay momentos en que dos coronas son mucho dinero — observó la señora, meneando la cabeza.

—Pero no tanto como veinte mil —dijo Karen, con expresión de vendedora experta—. No sólo puede usted ganar un viaje al Lejano Oriente sino también un televisor, una motocicleta, un velomotor y...

—No creo que yo necesite una motocicleta — sonrió la anciana.

De pronto cesó la música. Un hombre muy corpulento y con el cabello alborotado salió del interior. Llevaba una chaqueta a cuadros, pantalones de franela y calzaba alpargatas.

—¿Qué ocurre aquí? —inquirió con expresión severa.

No obstante, su seriedad no lograba ocultar que se trataba de un

hombre simpático. Puck le miró. ¡Qué alto era aquel hombre! Tapaba toda la puerta con su corpachón.

—¿Qué clase de pajaritas son éstas? —preguntó.

—Son dos muchachas del pensionado que quieren vendernos lotería de la «Ayuda a la Infancia» —informó la anciana.

—Estupendo —dijo el hombre, y una amplia sonrisa iluminó su cara grande y agradable—. ¿Qué se puede ganar? ¿Una lavadora, una mantelería bordada o qué?

—Mucho más —se apresuró a decir Karen—. Un viaje a Oriente o veinte mil coronas en metálico.

—¡No me digas! ¿A qué esperamos, mamá? —dijo el hombre—. Pasad chicas. Hablaremos de eso.

Las muchachas entraron. Se habían acercado a la casa con cierto reparo, porque sus inquilinos sólo llevaban un par de meses en Oesterby y nadie sabía en realidad lo que hacía Birger Bentson allí.

Era compositor y escritor. Puck había oído su nombre en la radio. Componía una música nueva y extraña y era, según la opinión del director Frank, un artista de mucho talento que no había alcanzado aún la fama merecida. Era un hombre de unos treinta y cinco años que ya tenía algunas canas en las sienes.

La anciana le miraba preocupada.

—Creo que deberías volver a tu trabajo, Birger —dijo—. Siento muchísimo haberte interrumpido.

—No pienses más en ello, mamá. Si dos muchachitas tan encantadoras vienen a vernos, creo que debemos aprovechar la oportunidad para conocernos. La gente de aquí no habla mucho. Creo que me consideran algo loco. Pasad, niñas; tomaremos una taza de té.

Poco después, Puck y Karen se encontraban en el estudio de Birger Bentson. Junto a la pared había un piano. Por todos lados reinaba el desorden. Su mesa de trabajo estaba llena de libros y hojas de música, pero el ambiente era muy agradable.

—Contadme algo de vuestra vida —dijo Birger Bentson—. Vivís en el pensionado, y debéis de pasarlo muy bien, ¿no?

—Sí —sonrió Puck—, sobre todo si no hubiera exámenes.

—Todo el mundo tiene que pasar por los exámenes —dijo señalando con un gesto significativo el desorden de su mesa de trabajo—. No tenéis más que mirarme a mí. Estoy luchando con una

nueva ópera. Quiero hacer algo completamente distinto. Escribo la música y la letra; al menos lo intento. Y es mucho más difícil de lo que yo creía.

—Mi hijo trabaja mucho — dijo la señora, contemplándole con preocupación maternal—. Tiene que terminar esta ópera en un plazo fijo. Ha de presentarla a un concurso.

—Sí —dijo Bentson, pensativo, y la sonrisa abandonó su cara—, si logro terminarla a tiempo.

—¿Y por qué no ha de terminarla? —preguntó Karen.

—Porque no se hace así como así. Tengo que concentrarme mucho en mi trabajo. Por eso hemos venido aquí. Es lo mismo como cuando vosotras os preparáis para los exámenes: hay que estar sólo para el estudio, ¿no es verdad? Sin nada que pueda distraernos.

—Tiene usted razón — asintió Puck —, y a veces es muy difícil.

—Con frecuencia me pregunto — sonrió Bentson — si mi pobre madre logra comprender mi aislamiento en el campo, para escribir música que quizá nadie logre comprender y que pueden calificar incluso como una tontería.

Hubo una pausa embarazosa. Puck se sintió obligada a decir:

—Cuando usted tocaba el piano al llegar nosotras, su música me gustó muchísimo. ¿De dónde saca usted la inspiración?

El compositor se retrepó en su sillón, sacó una pipa del bolsillo y empezó a llenarla,

—¿Cómo explicarlo? —dudó—. Hago como decía Goethe; Busco en la vida humana misma, que es muy interesante. Todo es interesante. Cada cosa en la tierra tiene su atractivo. Por ejemplo, allí sobre mi mesa de trabajo, tengo un hacha de piedra. ¿Qué os parece?

Extendió el brazo y tomó el hacha. Luego se la tendió a las muchachas. Puck contempló la belleza de su línea y su pulida superficie. Era emocionante pensar que había vivido gente capaz de hacer un instrumento así, pero ella no podía imaginar nada sobre la persona que la había hecho ni cómo había vivido.

Birger Bentson contempló sonriente a las dos chiquillas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó a Puck.

—Bente, pero la gente me llama Puck.

—Sí aclaró Karen —, porque parece un duendecillo de bosque.

Puck puso su taza de té sobre la mesa y se levantó.

—Son ustedes muy amables — murmuró —, y lo hemos pasado muy bien. Sentimos mucho haberle molestado en su trabajo.

—¡Que va! —protestó el compositor—. Siempre seréis bien venidas. Podéis venir cuando gustéis. No es bueno tanto aislamiento. Vuestra visita resulta una inspiración para mí.

Su boca dejó de sonreír, pero la sonrisa aún brillaba en sus ojos.

—Además — dijo, y Puck notó cierta tristeza en su voz — tengo una hija de vuestra edad.

La señora Bentson se había levantado. Se notaba cierto nerviosismo en sus manos. Cuando las muchachas alcanzaron la puerta, el compositor les dijo:

—No olvidéis volver otro día.

Puck se había detenido vacilante en el umbral. No sabía cómo despedirse y, al mismo tiempo, hacerles comprender a aquellas personas lo bien que lo había pasado en su compañía.

Karen, sin embargo, que a veces resultaba muy práctica, resolvió el problema diciendo:

—A pesar de todo, ¿no quieren comprar un billete de lotería?

Bentson soltó una carcajada.

—Naturalmente —dijo—. Nuestro encuentro sólo puede significar suerte. Estoy convencido. ¿No crees, mamá, que encontraremos dos coronas por algún rincón? Mira en la estantería de la cocina.

La anciana no pudo ocultar una sonrisa.

—Qué remedio —murmuró.

—A ver si nos dais un bonito número.

Karen hojeó los billetes.

—Éste lleva sus iniciales —informó—; ha de traerle suerte.

—¿Y el número?

—BB 56234.

—Es muy fácil de recordar — intervino Puck, alegre —. BB igual a Birger Bentson, y luego 5, 6, 2, 3, 4.

—Hubiera preferido que fuera 2, 3, 4, 5, 6. Pero me conformo con éste.

Karen le tendió el billete de lotería. El compositor lo dobló y lo metió en el bolsillo de pecho de su chaqueta.

Poco después, las muchachas estaban de regreso al colegio y a sus estudios.

—Creo que estas personas son las más extrañas que hemos conocido hasta hoy — dijo Karen —, pero qué simpáticos son.

—Sobre todo él — dijo Puck —. Me preguntó cuál era su historia.

—Muy sencillo: es compositor y escritor, y algún día, cuando se haga famoso, nosotras podremos vanagloriamos de haberle conocido.

—Deben de ser muy pobres — dijo Puck.

—Es el destino de los artistas, ¿no?

—No siempre. Sin embargo, es extraño, porque ya no es joven. Me pregunto por qué no es famoso aún.

—Quizá su música sea tan vanguardista que nadie la comprende.

—No sé... Pero por lo menos es agradable. Me gustaría volver a su casa otro día. Quizá nos cuente su vida.

—Ojalá ganase el premio él —dijo Karen—. Creo que lo necesita de verdad. Su madre es simpatiquísima. Te diste cuenta de que él mencionó a una hija. ¿Dónde estará la madre?

—Quizá sea viudo — opinó Puck pensando en su propio padre —. Quizá su mujer murió.

—O se fue — dijo Karen en voz baja.

Puck la miró de reojo. Cada una de ellas juzgaba el caso según su propia vida. Ella pensaba que Birger Bentson podía ser viudo, porque su padre lo era. Karen, cuyos padres estaban divorciados, se dejaba influenciar por su experiencia al juzgar al compositor.

—Por lo menos — dijo Puck intentando que su voz sonase despreocupada—, estoy convencida de que nuestra visita no fue inoportuna. Opino que se sintieron felices de vernos en su casa.

—Creo que debemos apresurarnos — rió Karen—; si no, llegaremos tarde para el repaso. Ya verás; algún día nos enteraremos de la historia de Birger Bentson. Estoy segura de que pronto volveremos a verles.

* * *

Tuvo razón, por lo menos en lo que concernía a Puck. Cuando algunos días más tarde estaba en Oesterby, se encontró con la señora Bentson, que venía de hacer algunas compras.

—Buenos días — saludó Puck —. ¡Karen y yo quedamos encantadas de haberles conocido!

—Nosotros también — sonrió la anciana —. Birger estuvo muy

alegre todo el día.

—Pero su hijo parece estar siempre de buen humor.

—¡Ojalá! —dijo la madre meneando la cabeza—. No es fácil estar siempre de buen humor. Al artista le es necesario aislarse. Vinimos aquí, aunque yo me oponía, porque él no lograba concentrarse en su trabajo. Cada día se encontraba más nervioso y... Bueno, no voy a cansarte con nuestros problemas. Tengo que regresar con mis compras.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó Puck—. Este cesto parece muy pesado y yo tengo la bicicleta ahí.

—No quisiera molestarte, aunque te lo agradecería muchísimo. Ya no soy joven. Pero tú debes de tener trabajo.

—No, no —dijo Puck—. Tengo la tarde libre.

Tomó el cesto y lo colocó en la bicicleta. Luego caminaron juntas por la carretera y, después de pasar por delante de la iglesia, se dirigieron hacia el Bosque Noerre, donde estaba la casita que Birger Bentson había comprado.

—Mi hijo no está hoy en casa —dijo la señora Bentson—. Tuvo que ir a la ciudad para hablar con su editor. Tiene muchas dificultades con su ópera y está muy nervioso porque cree que no la terminará para el concurso. Le espero en el último tren de la tarde.

Mientras caminaban, Puck contempló de reojo a la anciana, cuya cara tenía una expresión de gran tristeza. La señora Bentson parecía pensativa y Puck no quiso molestarla.

El último tramo del camino lo hicieron en silencio. Al llegar a la puerta, dijo la anciana:

—Si tienes tiempo, ¿por qué no pasas y tomaremos una taza de té? Nos gustó mucho vuestra visita del otro día, y cuando os invitamos a venir a vernos lo hicimos de corazón.

Puck llevó el cesto a la cocina y ayudó a la señora a sacar las tazas y poner el agua a hervir. Poco después estaban sentadas junto a la mesa del estudio. La señora Bentson indicó con un ademán el desorden reinante y dijo, desesperanzada:



—Esto está muy revuelto, pero no hay remedio. Si intento ordenar los papeles de mi hijo, no encontraría nada.

—Su hijo nos explicó que tiene una niña...

—Sí — suspiró la señora —. Tiene una hija poco mayor que tú.

Después del té, Puck se había sentado en la alfombra, a los pies de la señora.

—Pero ¿por qué no está aquí? ¿Está en algún pensionado?

—No. Está muy enferma. La tenemos en Suiza en un sanatorio, y esperamos que algún día se cure, pero sólo tenemos la esperanza. Debes comprender, Puck, que Lisbeth, así se llama mi nieta, es la gran tragedia en la vida de mi hijo; pero no es ésta la única. Su matrimonio fue desgraciado, y su carrera, en la cual había trabajado tan duramente, se resintió. Para colmo, vino la enfermedad de Lisbeth. Ni mi hijo ni yo podemos en realidad permitirnos el lujo de tenerla en ese carísimo sanatorio de Suiza; pero no hay otra solución si queremos que se cure.

Meneó la cabeza e intentó sonreír.

—Bueno, me estoy poniendo melodramática — dijo —. No debiera llenar la cabeza de una encantadora muchacha como tú con nuestros problemas.

—No diga usted eso —protestó Puck animándola a proseguir.

—Mi hijo quería ser médico. Bueno; lo fue. Hizo una gran carrera y tenía mucha energía e iniciativas. Todo parecía ir muy bien. De no haber sido por su desgracia matrimonial, quizás hubiera sido uno de los más famosos cirujanos del país... Pero, ahora...

La anciana se quedó durante un instante absorta en sus pensamientos y luego continuó:

—Por eso vive aquí conmigo — dijo —. No está muy bien, pero he decidido intentar ayudarle a rehacer su vida. Como compositor, tiene mucho talento, pero le falta encontrarse a sí mismo después de su desgracia. Era un médico estupendo, uno de los más prometedores; pero se casó con Helga, y desde entonces todo empezó a irle mal.

Hubo una pequeña pausa y Puck no quiso romper el silencio ni mostrarse curiosa. La señora Bentson estuvo contemplando sus manos un momento, y al final dijo:

—Creo que mi hijo ha tenido que pasar por más dificultades que la mayoría de la gente. Le han ocurrido las cosas más extrañas. Después de lo ocurrido, su mundo se le vino encima; no pudo continuar en el hospital y se embarcó hacia el Lejano Oriente como médico, sólo para alejarse de todo.

La anciana señora calló un instante como para poner en orden sus recuerdos y continuó:

—También mi difunto marido era médico. Una bellísima persona. Ganaba mucho dinero, y procuraba ahorrar. Cuando murió, Birger estaba ya estudiando la carrera de Medicina. Fue entonces cuando recibimos el primer duro golpe. Mi marido había invertido su dinero en unos edificios, en la convicción que sería lo más seguro para que yo pudiera vivir de las rentas y Birger terminara sus estudios tranquilamente. Yo tenía un primo abogado que llevaba nuestros asuntos. Una persona simpática pero débil. Jamás pensé que sus negocios pudieran andar mal, hasta que un día me enteré por el periódico de que había muerto y me dijeron que dejaba grandes deudas. Pero aún había de pasar algún tiempo para que me enterase de que también se había gastado mi dinero y no me quedaba nada. De la noche a la mañana éramos pobres.

Tuve que buscar un empleo para que Birger pudiese terminar su carrera. Él estudió mucho para terminar lo antes posible, y al mismo tiempo trabajaba en pequeños empleos. Tuvimos que dejar nuestra casa e ir a un piso pequeñísimo, pero nunca nuestras relaciones fueron tan buenas como entonces.

* * *

Cuando Puck abandonó la casita techada de brezo, en su cabeza

bullían los pensamientos. Había conocido un destino humano, un drama que difícilmente olvidaría. Vio a Birger Bentson con nuevos ojos. Aquel simpático compositor, alegre y encantador, era en realidad otra persona: un hombre con una historia tan trágica que Puck se sintió conmovida. Cuando la señora Bentson había concluido su historia, había dicho:

—No sé si hago bien en contarte todo esto, tampoco sé por qué lo he hecho. Necesitaba desahogarme con alguien. Espero que me entiendas.

Y Puck había asentido. Comprendía muy bien sus sentimientos de madre, y su preocupación y tristeza como abuela por su nieta enferma.

La historia de Birger Bentson era como una novela. La anciana señora también había contado algo sobre el matrimonio de su hijo. Después de un corto noviazgo se había casado con Helga y se consideraba un hombre feliz. Sin embargo, la felicidad duró poco.

Un día, el famoso pianista Ben Elkin dio un concierto en Copenhague y, como la música gustaba mucho, tanto a Birger como a su mujer, decidieron asistir. Además habían sido invitados a una cena después del concierto para conocer al artista.

—También yo asistí al concierto —continuó explicando la señora—, pues Birger había adquirido otra entrada para mí. Pero, en uno de los pasajes más emotivos del concierto, Helga, que al parecer se emocionó mucho, de pronto empalideció, y al atenderla mi hijo y ver que se encontraba mal, salimos y, en un taxi, la llevamos al hospital donde él prestaba sus servicios.

—Allí, seguramente su hijo pudo examinar y atender bien a su esposa —comentó Puck.

—La examinó en seguida, sí —continuó la señora, tristemente pensativa—, pero entonces Birger quedó horrorizado al comprobar que Helga sufría una fatal enfermedad del corazón.

—¡Dios mío! —musitó Puck, compasiva—. Pero... ¡él es médico! ¿Qué hizo?

—Eso fue lo peor, hijita; mi hijo pensó que su ciencia, unida a su amor hacia su esposa, podría lograr el milagro de curar a Helga...

—Y... ¿no fue así? —preguntó Puck, angustiada.

—Birger luchó con todos los medios a su alcance, consulto con los mejores especialistas, pasó horas y horas de vigilia, estudiando

la reacción de nuevos preparados en el organismo de su esposa, que cada vez estaba peor, a pesar de todos sus esfuerzos.

—¡Oh! ¡Qué desesperación para su hijo, para todos!.

—Sí, Puck. Y lo peor fue el final. Yo lo presencié, porque no había querido abandonarles tampoco en sus horas de dolor... Al final, Birger tuvo que darse por vencido: la vida de su esposa huía, sin que ningún poder humano pudiera impedirlo.



—¡Pobres! — exclamó Puck, y unas lágrimas rodaron por sus mejillas.

—Les hubieras visto; Helga sonriendo dulcemente, con una mano enlazada entre las de Birger, arrodillado junto a la cama, mientras con la otra mano intentaba restrañar las lágrimas que brotaban de los ojos de mi hijo, que lloraba como un niño...

A Puck se le escapaba el llanto, sintiendo como suya aquella desgracia.

—Así murió Helga, sabiéndose amada por todos. Pero mi hijo... —Y la señora hizo una dolorosa pausa—. Decidió que era incapaz de seguir practicando la Medicina, ya que no había sido capaz de salvarle la vida a su propia esposa.

—Pero... ¡eso era absurdo, puesto que la enfermedad de ésta era incurable!

—Sí, pero él quedó obsesionado. ¡La quería tanto!... Por eso renunció a su carrera, dejó de ejercer, y se dedicó por entero a la música. Salimos de Batavia, donde nos hallábamos cuando ocurrió aquel fatal desenlace, y vinimos aquí. ¡Él sólo piensa en su hijita enferma, y en ser compositor para ganar mucho dinero para que ni a ella ni a mí nos falte nada. Pero somos pobres, muy pobres, Puck, ¡Aunque no nos desesperamos!... Y eso es todo, amiguita. ¿Sabes? Me siento mejor después de haberme desahogado contigo.



Puck se sintió anonadada al enterarse de aquella tragedia familiar y comprendió que la señora Bentson necesitara confiarse a alguien. Es muy difícil soportar a solas los grandes problemas.

Durante los días siguientes pensó mucho en Birger Bentson. Sentía ganas de hacerle una visita, pero no lo hizo por no interrumpirle en su trabajo.

¡Ojalá ganase la lotería! Aquello le ayudaría muchísimo. Era un hombre que merecía mejor suerte.

* * *

Un día que Puck y Navio habían salido a dar un paseo en bicicleta, pasaron por delante de la casita. Birger Bentson estaba en el jardín. Vestía una camisa de cuadros y una especie de mono. Estaba ocupado pintando una de las ventanas. Al ver a Puck, la saludó con un gesto de la mano.

—¡Hola, Puck! ¿Dónde te has metido estos días? Te hemos echado mucho de menos. ¿Cómo va el asunto de mis veinte mil coronas?

Puck se sintió feliz al verle de tan buen humor.

—Ya han hecho el sorteo —contestó—. ¿No ha mirado la lista?

—No —dijo Bentson—. Yo no miro nunca las listas de lotería. ¿Por qué no pasáis a tomar un refresco? ¿Quién es tu amiga?

Navio fue presentada y entraron en la casa donde el desorden era mayor que nunca.

—Mi madre ha salido, pero vendrá pronto —informó el artista—. Ha ido a la Caja de Ahorros a hablar con el director.

—¿Cómo va su ópera?

—Pues, por el momento, no hago nada. ¿Crees que debería dejarme crecer la barba? En tal caso me parecería a Brahms, y quizá la inspiración se equivocaría y viniera a mí.

Riendo, sacó su pipa del bolsillo, y Puck miró en derredor. El piano estaba cubierto de hojas de música a medio escribir.

—Tengo dificultades —dijo con una mueca—. Es difícil ser pobre y tener talento. Daría un poco de ese talento por tener algo de dinero. Pero quizás algún día...

Se rascó el cogote,

—¿Te he contado algo sobre mi hija?

—Sí... Su madre me contó algo sobre Lisbeth. ¿Cómo está?

Él movió la cabeza.

—No muy bien —dijo—. Ojalá tuviera dinero para ir a Suiza. Creo que debo sentirme feliz si por lo menos nos dejan vivir aquí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Puck asustada—. Creí que esta casa era suya.

Bentson rió, pero sin alegría esta vez.

—Las casas nunca son de uno — dijo —. Los únicos dueños son los Bancos y las Cajas de Ahorros. Por eso ha ido mi madre a la ciudad, para hablar sobre los próximos plazos de la hipoteca. Dentro de poco habrá que pagar, y estamos sin un céntimo. He intentado hacer algún trabajo para la radio, pero no me lo han aceptado, y también he tenido mala suerte con mi editorial. No es fácil empezar, sobre todo cuando se tienen mis años.

—Pero, ¿qué pasará si no logra reunir el dinero para la hipoteca? — preguntó Puck, preocupada.

—Nos echarán — contestó el artista encogiéndose de hombros.

—¿Qué hará entonces?

—Pues, tendremos que buscar otro sitio para vivir... Seguramente en la ciudad...

—Pero, ¿y su ópera?

—Sí, la ópera. En realidad, es lo que más me preocupa —asintió—. Tengo que terminarla, y para lograrlo necesito paz y tranquilidad, lo cual es muy difícil cuando hay tantas cosas en qué pensar al mismo tiempo. Pero en la ciudad es mucho peor. Allí la gente te molesta a todas horas. Cuando no toca alguien el piano en el piso de arriba, los vecinos de abajo tienen el tocadiscos a todo

volumen. Es completamente imposible concentrarse en Copenhague.

—¿De qué trata la ópera? —preguntó Puck.

—Sobre la Revolución Francesa. Es una época que me fascina. ¿Queréis escuchar algún tema musical de lo que ya llevo escrito?

—Ya lo creo — dijo Puck.

Bentson se sentó al piano, puso ante él una partitura y empezó a tocar. La música era extraña, muy moderna. Puck no estaba muy segura de comprenderla, pero le gustó. Había escuchado otro de los temas el primer día, cuando Karen y ella estaban fuera de la casa hablando con la señora Bentson.

El compositor dejó de tocar el piano y se volvió hacia ellas con las cejas fruncidas:

—¿Qué? —preguntó.

—¡Maravilloso! —dijo Puck entusiasmada—. Será una ópera fantástica. ¿Cuál es el argumento?

Es una historia larga y complicada. Supongo que habéis estudiado la Revolución Francesa, ¿no?

—Sí, pero en aquella época no se escribía música como la suya.

—Sí, claro; entonces la música era rococó. —Se mordió el labio—. Sabéis que es el rococó, ¿no?

—Así, así...

—El espejo de esa pared es de estilo rococó.

Volvieron las cabezas para contemplar el espejo y su marco dorado.

—Es muy bonito — opinó Navio

Puck tuvo una idea y preguntó sonriendo:

—Este espejo tendrá su historia, supongo.

Bentson soltó una carcajada.

—Sé a dónde quieres ir a parar. Naturalmente que tiene una historia. Si quieres, podemos inventarla ahora mismo.

—Pero usted tiene trabajo. Su ópera...

— No me siento inspirado — dijo —. Por eso me fui a pintar la ventana. No creáis que lo hacía por gusto. Prefiero mil veces hablar con vosotras. Mientras pinto no hago más que pensar en mis problemas. Charlando con vosotras es otra cosa. Bueno... Fijaos bien en ese espejo. ¿Qué podemos decir sobre él?

Bentson las contempló sonriente y empezó su historia:

— Fue hecho por un artista francés muy famoso, el cual se lo vendió al Conde François de Vernon. El Conde de Vernon lo había comprado para regalárselo a su esposa, la condesa el día de su cumpleaños; por eso ella estimaba más aquel espejo que cualquier otra cosa del castillo. ¿Qué os parece este principio de mi relato?

— Estupendo — dijo Puck —. ¿Qué ocurrió luego?

— Vamos a ver... El espejo está colgado en el castillo, y la condesa, que es muy hermosa, va a mirarse en él cada día. ¿Cómo la llamaremos?

— Llámela Claire...

— Es un bonito nombre. Así, pues, Claire se mira en el espejo cada día. Es muy hermosa, y muy buena. Vive con su marido y su hijita en el castillo Domart en el Norte de Francia. La gente de la comarca les quieren porque son buenos y ayudan a quien lo necesita.

»Pero un día, en el año 1789, entra galopando un jinete en el patio del castillo, y pide que lo lleven de inmediato ante el conde. Dice que trae noticias muy importantes. En el gran despacho del conde, el recién llegado cuenta que viene de París, donde están pasando cosas horribles. Ha estallado la revolución. La gente se ha echado a la calle. Han conseguido armas y han asaltado la Bastilla. El pueblo se ha adueñado del poder. La revolución se extiende por todo el país. Matan a los nobles. Eso contó el hombre que llegaba de París. Bajo la mesa del conde está jugando Danielle, la hija de los condes. Lo que oye desde su escondite la llena de terror. El hombre ha aconsejado al conde que huya con su familia a Inglaterra. Su padre contesta que no tiene intención de huir; tiene la conciencia tranquila, dice. En sus tierras, explica, a nadie le ha faltado su ayuda y está seguro de que nadie atentará contra su vida.



«Cuando, poco después, se despiden los dos hombres, Danielle sale de su escondite y baja corriendo al gran parque. Hace un tiempo espléndido y la niña pasea seria sobre el gran césped, a lo largo del bien cuidado seto, pensando en lo que acaba de oír.

»De pronto, algo le llama la atención. Al otro lado del seto se oyen pasos. Dos hombres se están acercando. Uno de ellos cojea. Danielle no se atreve a huir por miedo a delatarse. De pronto oye decir a uno de ellos: «Es igual que el conde haya sido siempre un hombre de bien; es noble, y todos los nobles deben ir a la cárcel. Haré que los campesinos de aquí se levanten contra él. Luego tomaremos el castillo.

»Danielle se levanta cautelosamente y con paso furtivo se aleja del seto. Luego corre hacia el castillo y entra en el gran salón donde encuentra a sus padres hablando seriamente. Casi sin aliento, cuenta todo lo que acaba de oír: alguien intentará levantar a los campesinos contra el Conde de Vernon y lo meterán en la cárcel.

—¿Dónde has oído eso, hija? —pregunta el padre y Danielle le cuenta con detalle la conversación de los dos hombres al otro lado del seto, y añade que uno de ellos cojea.

El conde escucha con las cejas fruncidas y decide:

— Vosotras dos debéis buscar refugio en Inglaterra. Esta misma noche saldréis de Francia. La revolución llegará pronto hasta aquí, pero aún estáis a tiempo.

— Y, ¿qué pasará contigo? — preguntó angustiada la condesa.

— Yo os seguiré más tarde. Quizá la revolución termine pronto, aunque lo dudo.

—¿Cómo vamos a huir?

— Iréis en barco a Inglaterra. Os daré una carta para un amigo en Londres que os ayudará. Además, llevaréis dinero suficiente para vivir una temporada. Voy a arreglarlo todo ahora mismo. Sólo podréis llevaros lo más necesario. Voy a preparar un coche.

La condesa deja correr su mirada por todo el salón.

— Hay una cosa que no pienso dejar aquí — dice —. Quiero llevarme el espejo. Tú me lo regalaste y sabes cuánto lo aprecio.

— Como quieras — sonrío el conde —. Me ocuparé de que lo pongan en el coche.

A media noche, Danielle es despertada. Tiene mucho sueño. Su madre le ordena en voz baja que se vista. Pero cuando sale de su cama ve un vestido viejo y remendado en lugar de su precioso traje de seda, y se sorprende. Luego se da cuenta de que también su madre lleva ropa vieja de campesina, y cubre su cabeza con un pañuelo azul oscuro; sin embargo, a Danielle le parece que su madre nunca ha estado más hermosa.

Birger Bentson hizo una pequeña pausa para vaciar su pipa en el cenicero. Puck miró de reojo a Navio; parecía contemplar al compositor desde otro mundo.

— Es formidablemente palpitante — dijo por fin —. ¿Qué pasó luego?

— Pues —dijo Bentson—, vamos a ver... Deja que piense un poco.

Como es la historia del espejo, tenemos que dejar que éste juegue el papel principal. A ver... Imaginemos que la condesa y su hija bajan sigilosamente la escalinata que lleva al patio. Se deslizan a lo largo del muro y salen a un estrecho sendero que sólo es utilizado en raras ocasiones. Allí les espera un carruaje ligero, tirado por un viejo caballo. Y... ¿Quién sale de la oscuridad? El Conde de Vemon, que viste una larga capa oscura y un sombrero de anchas alas que tapan su cara. Abraza a su esposa y a su hija y luego el coche se pone en marcha.

— ¿Quién llevaba el coche? — preguntó Navio emocionada.

— La condesa misma llevaba las riendas —sonrió Bentson—. No llora e intenta animar a su hija; pero cuando un rayo de luna

ilumina su cara, Danielle ve que gruesas lágrimas resbalan por las mejillas de su madre.

Se dirigen hacia el Oeste, hacia la ciudad de Abbeville donde deben cruzar el río Somme. Según el plan van a...

—Vamos a ver —dijo el compositor pensando—; a Saint Valery, donde un barco les llevará a la costa inglesa. Es un viaje de muchos días; pero nadie les molesta.

Pero, cuando llegan a Saint Valery, donde van a embarcar en un buque inglés, en el puerto empiezan los peligros y dificultades. La ciudad está llena de revolucionarios para evitar que los nobles salgan del país. Hay ojos vigilantes por todas partes. Las armas brillan siniestras y la gente habla en voz alta sobre la odiada nobleza y la venganza que es espera.

Todo aquello es horrible para la pequeña Danielle. Está fuera de sí de terror, pero debe controlarse. Sabe lo que su madre espera de ella. El coche baja por las estrechas callejuelas de la ciudad y llega por fin al puerto donde se encuentra el barco inglés. Se detienen y el capitán se aproxima al coche.

— Todo en orden — musita —. Llevaré su equipaje a bordo. Estamos listos para zarpar.

Claire de Vernon se dispone a bajar del coche, pero en aquel instante algunos hombres se acercan corriendo por los muelles. En sus trajes brilla a esarapela roja de los revolucionarios.

Se dirigen hacia el barco haciendo girar los sables sobre sus cabezas y se oyen gritos de ¡Detenedlos, cogedlos! ¡Son fugitivos nobles! ¡Que no escape esa gentuza!. La condesa toma a Danielle en sus brazos. La baja del coche con sus últimas fuerzas y la pone en el suelo.

— ¡Sube al barco! — le dice el capitán —. ¡Tu madre te seguirá!

Danielle logra subir a bordo antes de que los hombres lleguen al coche. Escondida tras un tonel de cubierta, ve a los barbudos y harapientos hombres rodear a su madre, y oye gritar a uno de ellos.

— ¡Bien, ciudadana! Parece que va de viaje, ¿eh?

Los demás hombres ríen a carcajadas. Claire de Vernon se arrebujaba en sus andrajos sin contestar; pero su gesto de cabeza es orgulloso y les mira con ojos llenos de obstinación.

Danielle siente ganas de gritar de miedo. Casi habían logrado huir y, en el último momento, todo era inútil. Pero entonces

aparece un hombre alto, de anchos hombros. Cojea. Danielle recuerda al hombre cojo que vio al otro lado del seto, cuando oyó lo de la sublevación de los campesinos. ¿Se trataría del mismo hombre?

— No debemos permitir que todos estos maravillosos objetos salgan del país —dice uno de los hombres, al ver el contenido de los baúles—. Es mejor que la República se haga cargo de ellos.

Por primera vez, Claire de Vernon abre la boca para hablar. Levanta sus manos y grita a los hombres.

— ¡No me importa el contenido de los baúles; pero déjenme el espejo! ¡Significa mucho para mí!

Hay una extraña autoridad en su voz a pesar del ruego. Sigue una pausa embarazosa. Los hombres se miran entre sí. Mientras tanto, el cojo se ha acercado al grupo. Instintivamente, todos los ojos se dirigen a él.

— Dejadle el espejo — dice con voz tranquila — y que se marche. Aunque pertenezca a la nobleza, es una persona buena. La conozco.

Se oye un murmullo de descontento, pero el hombre alto mira a su alrededor con cara severa y los hombres se separan del coche. Dejan que la condesa baje y entre en el barco. El capitán inglés la sigue con el espejo.

Al ser tirado desde el coche, el vidrio tallado se ha roto, pero el marco está entero. Las lágrimas corren por las mejillas de Claire. El hombre cojo se le acerca.

— He estado al servicio del señor conde toda mi vida, y me siento orgulloso de haber podido ayudar a vuestra merced. Procuraré que el señor conde salga también del país.

El capitán iza las velas y el barco deja el puerto. La condesa desde la popa mira la costa francesa. Sus manos acarician el marco dorado del espejo. Danielle, a su lado, llora de alivio por haber escapado del peligro junto con su madre. Finalmente, se seca las lágrimas y dice:

—No te preocupes, madre. No importa que ellos se hayan quedado con nuestras cosas. Cuando sea mayor trabajaré y ganaré dinero para nuestro sustento.

—No será necesario, Danielle — sonrío la condesa de Vernon . Detrás del vidrio de mi maravilloso espejo está la carta para el

amigo inglés de tu padre, que nos dará cuanto necesitemos. Ocultamos la carta allí.

Birger Bentson se calló y contempló a las muchachas con una leve sonrisa, mientras fumaba su pipa.

Puck miró de reojo a Navio, que se secaba una furtiva lágrima.

—Ha sido una historia fabulosa —dijo—. Me siento muy aliviada de que lograran escapar, aunque fuera en el último momento.

—Todo puede ocurrir en el último momento —rió Bentson -, tenemos que creer que existe esta última posibilidad, si no, todo sería muy triste.

Alguien estaba abriendo la puerta de la casa y, un momento después, entró la anciana señora Bentson. Saludó distraída a las muchachas y Puck echó de menos la sonrisa de sus ojos.

— Bien, mamá — dijo Bentson alegre — ¿cómo te fue?

— No muy bien — contestó su madre meneando la cabeza —. Quieren el dinero.

Puck miró de uno a uno. Había algo en el tono de la señora a Bentson que revelaba la seriedad de la situación.

— ¿Qué pasa? — preguntó la muchacha.

— Tenemos problemas, pero no vale la pena hablar de ello ahora. Estoy muy contenta de que hayáis venido. ¿Quieres presentarme a tu amiguita?

— Me llamo Lise Sommer.

— Sí — añadió Puck —, pero la llamamos Navio. Su padre es capitán de la marina mercante.

— ¡No me digas! —exclamó Birger Bentson—. ¿Dónde está ahora?

— Por estas fechas, debe de estar en Batavia.

Bentson se sobresaltó y Puck le miró fijamente. Pero, con gran alivio le vio sonreír.

— Yo también estuve allí. Iba como médico de un barco.

— ¿Es usted médico? —se extrañó Navio—. Creí que era usted compositor.

— Lo soy ahora, pero en mi juventud fui médico. Ahora no ejerzo.

Puck no sabía qué hacer. Se levantó y dijo:

— Creo que debemos marcharnos ya. Siento mucho haberle

hecho perder tanto tiempo.

— ¿Cuántas veces he de decirte que no me molestáis? — dijo Bentson—, Me gusta mucho contar cuentos. Debías haber estado aquí, mamá, era una historia en la que los protagonistas son salvados en el último momento. Me gustan estas historias.

— Ojalá nuestra historia termine así de bien — suspiró la anciana—. Por el momento todo está muy negro. Si no logramos reunir el dinero antes del día veinte, tendremos que irnos de esta casa.

— No puede ser — dijo Bentson incrédulo —. Si no podemos quedarnos a vivir aquí, no terminaré la ópera y, ¿qué será entonces de nosotros?

— Ya lo sé, hijo; pero, ¿de dónde vamos a sacar el dinero?

— No tengo ni idea — contestó Birger con voz apagada —. Habrá que pensar en alguna forma de milagro.

— ¿Y si hubiera usted ganado en la lotería? — dijo Puck rápida.

— Qué va, nunca me toca nada en la lotería.

— Ni siquiera ha mirado la lista — replicó Puck —. Fue publicada en los periódicos hace un par de días.

— ¿La miraste tú?

— No, porque no compré ningún billete. Los vendí todos.

— ¿Tienes el periódico, mamá? Aunque no creo que valga la pena. Sería demasiado fantástico.

Puck miró a su alrededor por la pequeña habitación. Había una pila de periódicos en el suelo. Se arrodilló junto a ellos, y empezó a buscar.

— Aquí está —dijo—. Se sentó y empezó a hojear el periódico para buscar la lista—. ¿Dónde está su billete?

— No tengo ni idea. No me acuerdo de dónde lo puse.

— Creo que lo metió usted en el bolsillo de pecho de la chaqueta —recordó Puck después de haber pensado un rato.

— Es verdad... ¿Te acuerdas del número, Puck?

— Sí. BB; sus iniciales. Luego, 56.234.

— ¡Es éste! —chilló Navio fuera de sí—. ¡¡Es éste!! ¡El primer premio corresponde al número BB-56.234!

— ¿Qué dices? —exclamó Birger—. ¿Es ése mi número?

— ¡Sí! —contestó Puck—. ¿Se acuerda que hablamos de lo fácil que resultaba recordarlo?

— Pues yo lo he olvidado. Ya ves...

— Pero era ese número. ¡Estoy segurísima! —insistió Puck—. Y eso significa que usted ha ganado veinte mil coronas. ¡Felicidades!

La señora Bentson se mostró escéptica.

— Espera un momento — dijo —; primero hay que cerciorarse de que es ése el número que tenemos.

— ¡Seguro que lo es! — se empeñó Puck.

— ¿Dónde está el billete? —preguntó la señora Bentson.

— Tiene que estar por aquí —dijo su hijo y empezó a buscar entre sus múltiples papeles; luego meneó la cabeza—. No está. Quizá lo dejé en la librería.

Buscaron hasta en el último rincón de la librería, pero tampoco encontraron el billete allí. Al final buscaron por el suelo, con cuidado, hoja por hoja entre los periódicos; pero con el mismo resultado negativo.

— No sé qué hice con él —dijo Bentson—. Sólo recuerdo que me vendiste un billete de lotería, y luego, ¿qué ocurrió?

—Usted lo dobló y se lo metió en el bolsillo de pecho de su chaqueta — dijo Puck.

—¿Qué chaqueta?

—Una de cuadros con parches de cuero en los codos.

—Ya sé cuál es. Debe de estar en el ropero. Espera un momento.

—No la busques — dijo la madre y su voz sonó cansada—. Ya no tenemos esa chaqueta. La tiraste. ¿No te acuerdas?

—¿Yo?...

—Sí — asintió la señora Bentson —. Nunca te gustó. Y el otro día...

—Pero ¡no puedo haberla tirado! No puedo permitirme el lujo de tirar una chaqueta.

—Yo misma la regalé el otro día —dijo la señora Bentson.

—¿A quién?

—Al hombre que me arregló el desagüe de la cocina. Como teníamos poco dinero, se me ocurrió regalarle la chaqueta que a ti no te gustaba. Se puso muy contento.

—Tuviste una idea estupenda, mamá — sonrió Birger —. Si al hombre le iba bien la chaqueta, entonces... —confuso se calló un instante— Pero, ¿y el billete de lotería? ¿Crees que aún estaba en el bolsillo ?

—Supongo que sí.

—¿Quién era ese hombre?

—Uno que trabaja en el bosque. Hablé con él en el economato. Tiene un nombre sueco: Larsson o Jonsson creo.

—Le encontraremos. No será difícil —dijo Puck, optimista.

—Pero, ¿estará aún el billete en el bolsillo?

—Claro que sí. Casi nadie usa el bolsillo pequeño de pecho para meter cosas. ¡Vamos a buscarlo! Conocemos al guardabosques. Vive muy cerca del pensionado de Egeborg. Él nos dirá quién es el leñador de nombre sueco. ¡Hasta luego! ¡Vamos!

Y las muchachas salieron corriendo. Montaron en las bicicletas y pedalearon con todas sus fuerzas hacia Oesterby, pasaron ante la «Gran Granja» y los viveros, hasta llegar a la casa del guarda forestal, en la parte sur del lago. Allí les esperaba el primer contratiempo. El guardabosques no estaba. La puerta de la casa estaba cerrada y tuvieron que esperar.

—¡Qué rabia! — exclamó Puck —. Hubiera sido tan divertido arreglar este asunto en un periquete...

—Ya vendrá.

—Sí, pero ¿cuándo? Seguramente debe de estar en el bosque del Oeste y será difícil encontrarle. Quizá deberíamos regresar al colegio y estudiar. Podemos volver aquí más tarde.

—Está bien — aceptó Navio —. Estoy de acuerdo, aunque sea para estudiar.

En su habitación del «Trébol de Cuatro Hojas» encontraron a Karen inclinada sobre una redacción. Cuando Puck le contó lo del billete de lotería, saltó de su silla.

—¿Por qué no hacemos algo? —gritó—. Los deberes pueden esperar más que Bentson. Si vamos al Bosque del Oeste, podremos oír dónde están trabajando. Preguntaremos por el tipo ese de nombre sueco, y todo se arreglará. Siento lástima por esa pobre gente. Debe de haber una tragedia en su vida; estoy segura.

Puck no dijo nada. Ella sabía bien cuál era el drama de los Bentson.

—Y la hija enferma en Suiza —continuó Karen—. No comprendo de dónde saca el dinero para tenerla allí.

—No tiene ni un céntimo — dijo Puck —. Parece que todo les va muy mal. El premio de veinte mil coronas significaría mucho para

ellos. Si luego acaba su ópera y gana el concurso, será famoso y sus preocupaciones habrán terminado, con excepción de Lisbeth, claro. Pero estoy segura de que se animarían al saber que tienen suficiente dinero para algún tiempo. Son unas personas estupendas. ¡Qué bien nos recibieron la primera vez que fuimos allí!...

—Sí, me acuerdo — dijo Karen —. Y la señora no quería ningún billete de lotería.

—Lo mejor será terminar primero los deberes —dijo Puck.

Y, durante la siguiente hora, las muchachas se esforzaron por concentrarse en el estudio, pero les era muy difícil. Sólo pensar en que el billete de lotería pudiera haberse perdido les llenaba de angustia.

Se abrió la puerta y entró Inger.

—¡Si no lo veo no lo creo! — sonrió —. Es raro veros tan aplicadas.

—Sí —sonrió Puck—, normalmente sueles ser tú la que está inclinada sobre los libros. ¿Dónde has estado?

—Fui a dar un paseo en bicicleta — contó Inger —. Hace un tiempo espléndido.

—¿Por dónde has ido? —preguntó Navio.

—Por el Bosque del Oeste, pasando por la casa del guardabosques y, siguiendo luego el sendero hacia la izquierda, al sur del pantano.

—¿Viste a algún leñador por allí? —preguntó Navio.

—Sí, los oí talar árboles. Creo que están trabajando un poco más hacia el oeste, ¿por qué?

—¿A qué esperamos? —dijo Karen levantándose de un salto—. Vamos a buscar las «bicis». Imaginaos que el guardabosques no llegue a su casa hasta después de que acaben su trabajo los leñadores; tendríamos que esperar hasta mañana para encontrar a nuestro hombre,

—No he terminado aún la lección de geografía —dijo Navio—, pero voy con vosotras. Mañana encontraremos alguna excusa.

—¿Por qué? Podemos muy bien decir la verdad. Esto es sensacional. Estamos viviendo una nueva aventura.

Inger vio con sorpresa cómo sus amigas salían corriendo. Meneó la cabeza y fue en busca de sus libros de texto. Ninguna de ellas había tenido tiempo para contarle de qué se trataba. Tenía que

armarse de paciencia hasta el regreso de sus compañeras.

Navío, Karen y Puck salieron disparadas en sus bicicletas. Alguien gritó a sus espaldas, pero ellas no hicieron caso. Continuaron por la carretera de Sundkoebing, pasaron por delante de la casa del guarda forestal y tomaron el sendero del cual Inger había hablado.

Un poco más hacia el Oeste se oían las hachas de los leñadores. Orientándose por el ruido, pronto llegaron al lugar donde dos hombres estaban talando árboles.

—¿Les conoces? —preguntó Karen.

—No creo — contestó Puck meneando la cabeza —. Desde luego, no sé sus nombres, aunque me parece haberles visto en alguna ocasión.

Dejaron las bicicletas apoyadas contra un árbol y fueron hacia los trabajadores. Puck habló primero:

—¡Buenas tardes! Venimos del pensionado de Egeborg . Alguno de ustedes se llama Larsson?

—No —contestó uno de ellos—. Mi nombre es Peterson y mi compañero se apellida Schmidt.

Las chicas se miraron decepcionadas.

—No estamos muy seguras de su nombre, pero estamos buscando un leñador sueco —insistió Puck.

—Ya sé quién es —aseguró Schmidt—. Se llama Albin Jönsson. Está trabajando en la arboleda. Le encontraréis fácilmente si subís por el cortafuegos.

—¿Cree usted posible que fuera él quien arreglara una cañería en casa de la anciana señora Bentson? —preguntó Navío.

—Es muy probable. Albin es un hombre muy hábil y muy amable. ¿Por qué?

—Por nada. Es muy complicado — dijo Puck —; pero tenemos un recado para él.

—Pues id a la arboleda. Allí le encontraréis, sin duda. Está trabajando solo. ¡Suerte, muchachas!

Las chiquillas saltaron de nuevo sobre sus bicicletas y pedalearon en dirección a la arboleda. Pero desde el cortafuegos no se oía ningún sonido de hacha y empezaron a perder las esperanzas. Al parecer, Albin Jönsson se había marchado.

No obstante Puck propuso volver a la carretera y acercarse hasta

el lago Soender para ver si por casualidad estaba allí.

Al llegar a la carretera tuvieron una nueva dificultad. El profesor Strandvold las esperaba.

—¿Qué os ocurre, señoritas? —dijo enfadado— ¿No os disteis cuenta de que os llamaba cuando salíais del colegio?

Las muchachas aparentaban ser la inocencia personificada.

—Se lo aseguro, señor Strandvold; no oímos nada — dijo Puck—. ¿Por qué?

—Porque es la hora de estudio, ¿te parece poco? No es momento de hacer carreras de bicicletas. ¡A casita!

—Pero, señor Strandvold... —suplicó Puck al profesor, que no se dejó ablandar.

—A casa he dicho. No hay pero que valga. Las órdenes se dan para ser obedecidas.

—Pero... —empezó Puck de nuevo— estamos haciendo algo muy importante.

—Sí, siempre estáis haciendo algo importante —dijo Strandvold, con brusquedad—. También es importante el reglamento del colegio. ¿No sabéis la hora que es?

—No creimos que fuese tan tarde; además, ya hemos estudiado — dijo Puck—. Es muy importante que usted nos deje dar un paseíto, señor. Volveremos en seguida. Estamos buscando algo muy especial.

La enigmática propuesta despertó la curiosidad del profesor.

—¿Quieres explicarme qué historia es ésa? —dijo.

—¡Se trata nada menos que de veinte mil coronas!

—¡Qué dices! —exclamó Strandvold estupefacto—. ¿Nada menos que veinte mil coronas? ¿En la arboleda?

A las muchachas les fue difícil disimular sus risas. Por su expresión de sorpresa, el profesor debía de creer que el dinero estaba esparcido por el suelo entre los árboles.

—Debemos encontrar a un leñador allí — explicó Puck — Lleva una chaqueta que le regaló otra persona, y ésta persona ha ganado el primer premio de la lotería de la «Ayuda a la Infancia».

—Es una buena explicación —aprobó irónico el profesor— ¿No podrías encontrar otra un poco más complicada?

—Digo la verdad —protestó Puck—. Yo no suelo mentir, señor Strandvold; usted lo sabe. —Tenemos que encontrar a ese leñador.

¡Debe usted creerme!

—¿Y a quién pertenecía esa chaqueta?

—Al compositor Birger Bentson — contestó Puck.

—¿Birger Bentson? ¿Qué está haciendo él aquí?

—¿No lo sabe? Vive en una casita al lado de Oesterby, en el camino del Bosque Noerre.

—No tenía ni idea — dijo Strandvold —. Es un excelente compositor. Fui a un concierto que dio una vez. Una música muy interesante, quizá demasiado vanguardista para mi gusto, pero interesante. Y ¿vive por aquí?

—Sí. Está aquí desde hace algunos meses, con su madre.

—¿Y le ha tocado el premio a él?

—Así parece — dijo Puck —. Nosotras le vendimos el billete y nos acordamos del número, pero Bentson no sabe dónde lo puso. Creemos recordar que, cuando lo compró, se lo metió en el bolsillo pequeño de su chaqueta, y luego su madre regaló aquella chaqueta a un leñador que en estos momentos trabaja en el Bosque Soender, por eso es importante encontrarle. ¿No podríamos ir allí sólo durante diez minutos? Le prometemos estudiar cuando regresemos.

—Suenas como una novela de intriga —dijo Strandvold pensativo—. Sin embargo, todo es tan complicado que no os creo capaces de haberlo inventado. Daos prisa, pero... ¿Es necesario que vayáis las tres?

—¡Ay sí! —suplicó Navio—. Sería muy triste para las que no fueran.

—No sé cómo mantener la disciplina en este colegio — suspiró Strandvold —. Todos nos esforzamos por lograrlo y, cuando creemos tenerlos bajo control, surge algo inesperado. Si yo no fuera como soy, os llevaría de la oreja al colegio y os impondría algún castigo. Sin embargo, os dejo ir. ¡Suerte, chicas! ¡Adiós!

—Es todo un «tío» —hizo constar Puck cuando se hubieron despedido del profesor e iban camino del Bosque Soender—. No hay muchos como el viejo Strandvold. Pero luego tendremos que estudiar de firme para que no haya quejas mañana, ¿de acuerdo? Es lo menos que podemos hacer por él.

—Tenemos suerte de que mañana sea sábado; así tenemos menos deberes — murmuró Karen.

La parte sur de la arboleda era difícilmente transitable para las

bicicletas, pero las muchachas no disminuyeron la velocidad por ello. De pronto, escucharon el sonido de una sierra entre los abetos.

—¡Allí está, allí está! —dijo Puck jubilosa—. Nuestras tribulaciones han terminado. Dentro de un momento tendremos el billete de lotería en nuestras manos. Venid, chicas.

Dejaron las bicicletas y se adentraron entre los abetos. Un leñador de cierta edad estaba troceando troncos de árbol. Puck se le acercó para preguntarle:

—¡Buenas tardes! Perdone. ¿Se llama usted Albin Jönsson?

—Sí —asintió el hombre—. Yo soy.

Hablaba con acento sueco. Puck esperaba que llevase puesta la famosa chaqueta, pero iba vestido con un mono de trabajo y un jersey.

—Tengo que hacerle una pregunta. Quizá le parezca extraña —dijo Puck—. ¿Le regaló la señora Bentson una chaqueta?



La miró sorprendido, pero luego su cara se iluminó con una amplia sonrisa.

—Sí. El otro día tuvo la gentileza de regalarme una chaqueta estupenda. Era de su hijo. ¿Por qué me lo preguntas?

—La señora Bentson olvidó vaciar los bolsillos, y había en ellos un papel que le interesa recuperar.

—Vaya —dijo Jönsson serio—. Sí que lo lamento, porque ya no tengo la chaqueta.

—¿Qué?... ¿Cómo?... ¿Que no la tiene usted? —exclamó Puck.

—No. Es una pena. Me gustaba mucho, tanto que no quería trabajar con ella puesta para no estropearla. El otro día la dejé colgada en una rama mientras talaba árboles y, cuando más tarde fui por ella, la chaqueta había desaparecido. Alguien debió de robarla.



—¿Quién cree usted que pudo haberle robado la chaqueta? — le preguntó Puck.

Albin Jönsson meneó la cabeza:

—No lo sé — dijo — Pasan por aquí muchas personas. La dejé colgada de un árbol, cerca de la carretera, y es culpa mía. Lo siento muchísimo porque era una buena chaqueta y fue un bonito gesto por parte de la señora Bentson regalármela. Le hice un pequeño arreglo y no quise cobrar, por eso me hizo el regalo.

—Y ¿no encontró usted nada en el bolsillo pequeño, el del pecho?

—Pues no — dijo el leñador.

—¿Cuándo se la robaron?

—Ayer fue. Pasó mucha gente, pero sólo me fijé en un afilador. No puedo asegurar que él la robara. Sólo puedo decir que le vi antes de desaparecer la chaqueta.

—¿Iba en bicicleta ese afilador?

—Sí, con bicicleta, caja y todo lo demás. ¿Qué había en el bolsillo?

—Un papel con unos números — contestó Puck rápida.

—Y ¿Bentson lo necesita con urgencia?

—Sí. Nos hubiera gustado mucho encontrar ese papel, él mismo nos pidió que lo buscáramos, pero creo que hemos fracasado. Perdone usted la molestia, señor Jönsson.

Las muchachas estaban de muy mal humor durante el represo.

—Será difícil explicárselo a Strandvold — murmuró Navio—.

Creerá que estamos locas.

—Aún será más difícil concentrarnos en el estudio — aseguró Karen —. No puedo dejar de pensar en el dichoso billete de lotería. Imaginaos que ese afilador, si fue él quien robó la chaqueta, encuentra el billete en el bolsillo y luego va a cobrar.

—¿No podríamos llamar a la organización de «Ayuda a la Infancia» —interrumpió Puck nerviosa—, y decirles que Bentson y no el afilador es el verdadero ganador?

—No será fácil — dijo Karen pesimista —. Creo que si se pierde el billete también se pierde el premio. He oído hablar de un hombre que perdió un billete para la rifa de un chalet. Había apuntado el número en su agenda para acordarse de mirar la lista. Cuando vio que había ganado le fue completamente imposible encontrar el billete, y no pudo hacerse dueño de la casa.

—¿Para quién es entonces el premio?

—Para la organización que lo rifa. Hay que recoger el premio en un plazo fijo; si no, se pierde. —Esto consta por escrito en el mismo billete. No hay ninguna duda.

Fue una noche muy triste en el «Trébol de Cuatro Hojas». Al principio las muchachas pensaron en ir a dar la mala noticia a la familia Bentson; pero luego Puck dijo que ella no tenía coraje para decepcionarlos de esta forma.

—Me gustaría consultar con la almohada —dijo testaruda—. Siempre hay una solución. También ahora debe haber alguna.

—Me gustaría saber qué piensas hacer — dijo Karen.

—Yo también. Sin embargo estoy convencida de que algo se me ocurrirá. Un billete de lotería no puede desaparecer así como así. No me resigno a que un hombre como Bentson, que tanto necesita el dinero, tenga que renunciar a ese premio.

—Mañana es sábado — dijo Navio —; pasado mañana, domingo, y el lunes es el último día para cobrar.

—Está bien — dijo Puck con un gesto obstinado —; pero no quiero darme por vencida.

— A mí también me da una pena terrible pensar en la señora Bentson, en su hijo y en la pequeña Lisbeth, en Suiza — dijo Karen con los ojos llenos de lágrimas —. Ojalá logremos encontrar el billete y resolver sus problemas.

—Precisamente por eso no quiero darme por vencida — dijo

Puck —. Lucharé hasta el final.

—Eso está muy bien, pero ¿contra quién quieres luchar? ¿Contra el afilador? No lo encontrarás nunca.

—¿Cómo lo sabes? El afilador no puede desaparecer así, sin más. Tiene que estar en algún lado, y entonces, nosotras...

—¿Por qué no llamas a la policía? Nosotras no podemos hacer gran cosa.

—No sé —dijo Puck—. Tengo ganas de bajar a hablar con el señor Frank, el director,

—¿Para qué? No se puede ir a la policía pidiéndoles que busquen a un hombre con una chaqueta.

—¿Y si esa chaqueta ha sido robada?

—Pero no a nosotras. Si logramos que Albin Jönsson denuncie el robo, entonces sí.

—¿Por qué no pensamos en ello?

—Aún estamos a tiempo —opinó Puck.

—Pero si ni siquiera sabemos dónde vive.

—Es verdad, olvidé preguntárselo.

—Esto es un lío —dijo Navio—. Hemos tenido mala suerte, pero la verdad es que no hemos aprovechado todas las oportunidades. Nos hemos declarado vencidas demasiado pronto.

—Eso es justamente lo que yo estoy diciendo. Por eso no quiero admitir mi derrota. ¿Me comprendéis? —dijo Puck animada.

Inger levantó la vista de su libro y sonrió:

—Te comprendo perfectamente —dijo—, pero ¿tienes idea de lo que piensas hacer?

—No siempre es necesario saber de antemano lo que una va a hacer —replicó Puck irritada.

—Pero es mejor saberlo —hizo constar Inger.

—De momento, lo consultaré con la almohada. No creo que haya ido muy lejos ese afilador. También es posible que no haya registrado el bolsillo de pecho. Suele usarse poco. En general a los hombres no les interesa ese pequeño bolsillo.

—Birger Bentson lo usó para guardar el billete, ¿no?

—Birger Bentson no es un hombre corriente.

Puck comprendió que aquella conversación no conducía a nada y se calló. Fue una noche muy triste en el «Trébol de Cuatro Hojas». Cada una de las muchachas pensaba lo mismo, lo cual significaba

que todos los pensamientos giraban en torno de la chaqueta, el bolsillo y el billete premiado con veinte mil coronas.

Cuando llegó la hora de acostarse, las muchachas se metieron en la cama; pero Puck aún tardó en dormirse. Estaba nerviosa y abatida. Sentía ganas de esconder la cabeza en la almohada y dar rienda suelta a sus lágrimas.

* * *

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido; no obstante, las muchachas bajaron a desayunar con el mismo mal humor de la noche anterior.

— ¿Has encontrado alguna solución, Puck? —preguntó Karen.

Puck movió desanimada la cabeza, pero no contestó.

— Ojalá se nos ocurriese algo —continuó Karen—. Te doy la razón. Después de dormir, una piensa de distinta manera. Tiene que haber una solución, y pienso que es una suerte que hoy sea sábado. Podemos coger las bicicletas e ir en busca del afilador por toda la comarca. Quizás haya suerte. Es como buscar una aguja en un pajar; sin embargo, a veces, alguien ha encontrado esa aguja.

— Sí —sonrió Navio —, cuando se sentó encima.

Las clases de la mañana parecían no tener fin. Luego almorzaron en silencio. El plan de Karen le había gustado a Puck. En realidad, no había otra solución; por eso decidió organizar la búsqueda tan pronto terminaran de comer. Estaban aún sentadas a la mesa cuando Puck fue llamada por teléfono. Era la esposa del veterinario Moeller, de Sundkoebing, a quien Puck consideraba como si fuera de su familia.

— ¿Cómo estás, hijita? —se oyó la voz alegre de Henny Moeller a través del auricular —. Hace mucho tiempo que no sabemos nada de tí.

— Bien, gracias —contestó Puck con voz apagada—. Yo estoy bien, pero tenemos muchos problemas.

— ¿Pasa algo en el colegio?



—No. En realidad, no es nada que nos concierne directamente; pero he conocido a una familia que está en dificultades.

—¡No me digas! —exclamó la señora Moeller—. ¿Es algo serio?

—Sí, muy serio. Y no podemos hacer nada.

— ¿De qué se trata?

— De veinte mil coronas —dijo Puck.

La señora Moeller rió sorprendida.

— Admito que eso es demasiado para ti —dijo—; pero, escucha... El tío Anders y yo hemos hablado de que hace demasiado tiempo que no te vemos. ¿Por qué no vienes a pasar este fin de semana con nosotros? Puedes traerte a un par de amigas, si quieres.

— Me hubiera gustado muchísimo, tía, si no fuera por estos problemas que tenemos.

— Pero vosotras no podéis resolver ese asunto de las veinte mil coronas. Es mejor que vengas aquí y descanses. Creo que lo necesitas. Tu voz suena muy triste.

— Sí —admitió Puck—, estoy de mal humor. Pero no es eso lo que me impide ir. Hemos planeado dar un paseo en bicicleta para ver si logramos ayudar a esa pobre gente. Es algo que se ha perdido, y si lográsemos encontrarlo...

— ¡Un momento! —dijo la señora Moeller—. Lllaman a la puerta. No cuelgues. Vuelvo en seguida.

Puck se quedó pensativa con el auricular en la mano. Le hubiera gustado ir a Sundkoebing, pero había que probar suerte de nuevo, aunque las posibilidades fueran mínimas. Un momento después, la esposa del veterinario volvió a ponerse al teléfono.

— Lo siento —dijo—. Llamaron a la puerta y tuve que correr.

— ¿Quién era? —preguntó Puck sin interés.

— Nadie importante —rió la señora Moeller—. Creí que era Anders que venía a almorzar y había olvidado sus llaves. Como

siempre viene con hambre, hay que apresurarse. Ya conoces su genio. Pero no era él. Era un afilador, pero no tengo nada para afilar...

— ¿Un afilador? —casi gritó Puck—. ¿Cómo era?

— Pues... No sé —contestó su tía asombrada—. No me fijé en él.

— ¿Tampoco te fijaste en su ropa?

— No.

— ¿Se ha ido ya?

— Claro que se ha ido.

— ¿Puedes verle desde la ventana? ¡Inténtalo, por favor!

— Está bien. Voy a ver.

Un momento después se puso de nuevo al teléfono.

— No hay nada raro en su aspecto —informó la señora Moeller

—. Es joven y lleva una chaqueta a cuadros. Eso es todo.

— ¿Lleva en los codos parches de cuero? —preguntó Puck.

— Sí, creo que sí. ¿Por qué haces estas preguntas tan extrañas?

— Te lo explicaré cuando llegue a Sundkoebing —dijo Puck—. Tomaré el primer tren en Oesterby. ¡Puedes estar segura! Y si tienes alguna posibilidad de retener a ese afilador, hazlo, por favor.

— No sé lo que piensas hacer y estoy muy ansiosa por saber lo que vas a explicarme. Pero sobre todo me alegro de que hayas cambiado de opinión y..., puedes traerte a un par de amigas.

— ¡Estupendo! —dijo Puck—. Iré con Karen y Navio.

— Seréis bien venidas las tres. ¡Adiós! ¡Hasta luego!

* * *

Poca gente se ha apresurado tanto para tomar un tren como las tres muchachas aquel día. Primero pidieron permiso al director, luego, montaron en sus bicicletas y pedalearon con furia por la carretera que conducía a Oesterby.

— Es formidablemente palpitante —comenzó Navio—. Creéis que lograremos alcanzarle?

— Tenemos que hacerlo —dijo Puck.

El tren de Oesterby llevaba una velocidad respetable; sin embargo, aquel día, en opinión de las muchachas, iba a paso de tortuga. Las paradas en las estaciones se hacían eternas.

— El afilador puede haberse marchado lejos de la ciudad antes de que llegemos nosotras —dijo Karen.

— Eso si no ha cambiado su profesión por la de panadero. Y

entonces no lo encontraríamos nunca —dijo Navio pesimista.

Mientras Puck miraba por la ventana. Dijo como para sí misma:

— Hay otro problema...

— ¿Cuál? —preguntaron sus amigas al unísono.

—¿Qué haremos en caso de encontrarle?

— ¿Qué quieres decir?

— Seguramente llevará puesta la chaqueta y tenemos que quitársela.

— Si no nos la da voluntariamente, llamaremos a la policía.

— Pero, ¿qué vamos a decirle?

— Diremos que pertenece a nuestro tío. El leñador era muy amable y en Suecia a las personas mayores y amables se les llama «tío».

Una vez en Sundkoebing, decidieron iniciar la búsqueda del afilador sin pérdida de tiempo.

— ¿No sería mejor comprar un cuchillo? —propuso Karen.

— ¿Estás loca? —exclamó Navio—. ¿Piensas apuñalarle?

— No seas tonta. Quiero algo para afilar. Así podremos acercarnos y hablar con él sin que sospeche.

Fueron a comprar un cuchillo de cocina y luego se pusieron a buscar al hombre. Tardaron un rato antes de que su búsqueda diese fruto. Recorrieron primero las calles de Sundkoebing sin resultado. Luego, en las afueras de la ciudad vieron la bicicleta del afilador frente a una casa.

— ¡Allí está!

— Le esperaremos aquí hasta que salga.

— Las tres amigas tuvieron que aguardar un buen rato. Estaban muy excitadas. Querían conseguir la chaqueta cuanto antes. Pero cuando el afilador salió por fin de la casa, tuvieron una sorpresa mayúscula: Aquel hombre no llevaba chaqueta, sólo una camisa azul de trabajo.

— Puede que sea otro —musitó Navio.

— Ni hablar — dijo Puck decidida —. Ése es nuestro hombre. Tiene que ser él. Voy a...

Y se fue derecha hacia el hombre.

— Tenemos un cuchillo para afilar — dijo mientras se lo tendía.

Él lo tomó y lo contempló un momento extrañado.

— Es nuevo, sin estrenar —comentó.

— Sí —dijo Puck—, pero no corta

— Tienes razón.

El afilador tenía pequeños ojos de mirada penetrante. Observó a Puck con desconfianza, pero ésta no bajó la vista. Estaba decidida a seguir con la conversación tal como la había planeado.

— ¿Cuánto cuesta afilar un cuchillo?

Él dio un precio.

— Algo caro es — dijo Puck — pero hágalo.

El afilador se subió a la bicicleta y empezó a pedalear. La rueda de esmeril giraba con rapidez. Puck contemplaba sus diestras manos moviendo el cuchillo sobre la piedra. Como por casualidad, la muchacha preguntó:

— ¿Dónde tiene la chaqueta que llevaba usted esta mañana?

El afilador se sobresaltó. Giró la cabeza y la miró fijamente con ojos desconfiados.

— ¿Qué quieres decir? ¿Qué chaqueta?

— La que le vi esta mañana — dijo Puck —. Una a cuadros con parches de cuero en los codos. Me di cuenta, ¿sabe?, porque la chaqueta ha sido de mi tío.

El afilador apartó la vista y se inclinó sobre la piedra de esmeril. Parecía muy ocupado en su trabajo.

— Estás equivocada —dijo—. Yo no tengo ninguna chaqueta así.

— ¡No diga que no! — dijo Puck procurando que su voz sonase alegre—. Hace calor. ¿La dejó usted en su casa?

— ¿Por qué iba yo a usar la chaqueta de tu tío — insistió él.

— Creí que se la había regalado —dijo Puck—. Me pareció habérselo oído decir. La chaqueta era vieja y ya no la necesitaba. Sé que tenía intención de regalársela a alguien. Es fácilmente reconocible por los parches de cuero en los, codos y por la tela a cuadros.

— Y a ti, ¿qué te importa todo eso? —preguntó rabioso el afilador.

— Curiosidad nada más — dijo Puck con cara inocente —. quiero decir que, como tanta gente conoce esa chaqueta...

Esto de que «tanta gente» conociese la chaqueta, hizo su efecto. El afilador, inclinado sobre su trabajo, murmuró:

— No la necesitaba y la vendí a un ropavejero.

— ¿Aquí en Sundkoebing? —preguntó Puck—. No le habrán

dado mucho por ella.

— Me dio dos coronas, y dos coronas también son dinero.

— Claro —dijo Puck—. Al menos habrá sacado usted algún provecho de la chaqueta. ¿Dónde vive ese ropavejero?

El afilador le tendió el cuchillo.

— No veo la razón de este interrogatorio —dijo—. Aquí tienes el cuchillo. No voy a cobrarte nada. Vete a casa.

Había cierta amenaza en su voz. Puck no se atrevió a preguntar más. Se dijo a sí misma que, si la chaqueta había sido vendida a un ropavejero en Sundkoebing, no sería difícil encontrarle a éste. No era una ciudad grande y tenía ya una buena pista. Tenían pues la chaqueta al alcance de la mano y con ella el ansiado contenido de uno de sus bolsillos.

* * *

La tienda del ropavejero era pequeña y oscura; su dueño, pequeño y gordo. Llevaba un chaleco de punto y fumaba un puro.

— Buenas tardes, jovencitas —saludó—. ¿Qué queréis comprar?

— Nos gustaría ver chaquetas — dijo Puck.

— Todas están en aquel rincón. ¿Es para una de vosotras?

— No. Es para un caballero.

— Podéis elegir vosotras mismas — dijo el hombrecillo y tomó el periódico que estaba encima del mostrador.

Las muchachas no tardaron en darse cuenta de que la chaqueta que buscaban no estaba allí.

—¿Está seguro de no tener más que éstas? —preguntó Puck.

— Todas están allí. Hay alguna verdaderamente buena —dijo el ropavejero, y cuando hablaba su puro se balanceaba de arriba a abajo—. Además, son baratas. Hay chaquetas deportivas por sólo veinticinco coronas.

— Estamos buscando una chaqueta en particular — informo—. Una chaqueta a cuadros con parches de cuero en los codos.

— ¿Para qué la queréis?

— Pues... —el cerebro de Puck trabajaba con gran rapidez para encontrar una explicación natural—. Mire usted, la chaqueta en cuestión...

Se calló un segundo y Navio la interrumpió:

— Pertenece a nuestro tío y se ha perdido.

— Creo —intervino Karen—, que se lo regaló a alguien por

equivocación.

— No me gusta eso — dijo el hombrecillo gordo —. Gano mi pan vendiendo ropa usada, y no está bien estropear el negocio regalándola.

— Ya le he dicho que la dio por equivocación —insistió Puck—. Lo siente muchísimo y por eso quiere recuperarla. Está dispuesto a comprársela a usted. Quiero decir que nosotras estamos dispuestas a comprarla para devolvérsela.

— ¿A quién se la regaló?

— A un afilador...

— Y el afilador se la vendió a usted —aclaró Navio.

El ropavejero pareció recordar.

— ¡Ah, aquélla! Ya sé de qué chaqueta estáis hablando. Tiene que estar en la trastienda. Tengo que arreglarla y limpiarla. No se puede vender una prenda en el mismo estado en que se compra. Todas deben estar limpias y sin roturas. Todo lo que se vende aquí está garantizado. Espera un momento. Voy a ver.

Las muchachas casi lanzaron un grito de alegría. Por fin iban a conseguir la chaqueta. El hombre desapareció tras una cortina gastada. Oyeron como revolvía en el interior de la trastienda mientras murmuraba:

— No lo comprendo...

En aquel instante una muchacha entró en la tienda. Llegaba de la calle.

— “ ¡Soy yo! — gritó.

El ropavejero apareció tras la cortina. La tela gastada colgaba de su hombro como una toga. Cuando Puck contaba más tarde su aventura se reía: «Aquel hombrecillo gordo, envuelto en la cortina, me hizo recordar un cuadro del emperador Nerón, si podéis imaginaros a Nerón con puro.»

— Betty —dijo—, ¿puedes decirme qué ha sido de la chaqueta que le compramos al afilador?

La chica, que al parecer era su hija, pensó un momento.

— ¿La de cuadros? — preguntó.

— Sí, llevaba unas coderas de cuero. ¿Dónde está?

— La vendí hace poco —dijo.

Puck, Navio y Karen parecieron desinflarse. Habían estado tan cerca, y ahora...

— ¿A quién se la vendiste? —preguntó Puck.

— Bueno, no solemos dar los nombres... —empezó el ropavejero. Pero Betty, sin prestar atención a su padre, ya estaba diciendo:

— Al agente marítimo, señor Olsen, ese que compra y vende barcos y yates —informó—. Jens M. Olsen; ya sabéis.

— ¿Para qué la quiere él? —se sorprendió el ropavejero—. ¿Cuándo ha estado aquí?

— Vino mientras tú estabas en casa almorzando —dijo la hija.

Y prosiguió luego:

— La necesitaba para un baile de disfraces, según dijo. Celebra un baile de máscaras en su casa esta noche y quería disfrazarse de vagabundo. Dijo que aquella chaqueta era justamente lo que buscaba.

— Ya —dijo el ropavejero chupando su puro apagado—. , la vendiste por un buen precio?

Betty asintió pero no dijo por cuánto.

— Bien, jovencitas. Temo no poder ayudaros. La chaqueta ya no está aquí.

Cuando salieron de la tienda, estaban a punto de llorar.

— Tenemos mala suerte —dijo Karen—. ¿Quién será ese Jens M. Olsen?... Si al menos le conociéramos.

— Escucha —dijo Puck—, no debemos darnos por vencidas. Lucharemos hasta conseguir la chaqueta, sea como sea.

— No olvides —apuntó Navio—, que sólo disponemos de dos días. El lunes hemos de regresar al colegio, y ese mismo día vence el plazo para cobrar el premio. Y si Birger Bentson no tiene el dinero para entonces, puede decir adiós a su casa.

— Me horroriza pensarlo —suspiró Karen.

— ¡Animo, chicas! —dijo Puck—. Tenemos que seguir buscando esa maldita chaqueta.

— Me gustaría saber —dijo Navio pesimista— si el billete de lotería se encuentra todavía en ese bolsillo.

— Claro que sí —dijo Puck, rápida—. No empeores las cosas. Yo no conozco al agente marítimo del cual hablaba Betty, pero sería muy extraño que mis tíos no le conocieran. Vamos a su casa de prisa.

Pero al llegar a casa del veterinario Moeller les esperaban nuevas sorpresas y decepciones. Llamaron y nadie contestó.

Luego Puck vio un sobre colocado en la rendija de la puerta. Llevaba su nombre. La abrió y encontró una carta de su tía Henny.

Querida Puck —decía—. He intentado avisarte, pero estabas ya en camino. Hemos tenido que ir a Copenhague porque la tía Agnete ha ingresado en el hospital. Esperemos que no sea nada grave, pero han de hacerle una operación. Lo siento mucho. De todos modos creo que podré volver esta misma noche. Entretanto confío en que podáis arreglarlos solas hasta nuestra vuelta. La llave está en casa del pastelero.. Id a buscarla allí. Tenéis comida en la nevera. Un fuerte abrazo y hasta la vuelta.

Tía Henny.

— ¡Qué mala pata tenemos! — dijo Puck suspirando.

— ¿Y lo dices tú que tan segura estabas de poder arreglarlo todo? —le reprochó Navio.

— Claro que podemos arreglarlo —dijo Puck decidida—. Podemos, y no hay que perder los ánimos. Lo que pasa es que ha sido una sorpresa desagradable; sin embargo, es mucho peor para tía Agnete.

— ¿Y quién es tía Agnete?

— Una prima del tío Anders. Bueno, vamos por la llave.

Poco después estaban sentadas en el comfortable salón del veterinario. Los ánimos estaban más bien deprimidos.

— No sé cómo empezar este asunto —dijo Puck—. No conozco al señor Olsen y no podemos ir a su casa, llamar a la puerta y decir que queremos su chaqueta, ¿verdad?

— Deberíamos hacerlo —dijo Karen—. Podríamos contarle toda la historia y...

— Si unas personas extrañas llamasen a tu puerta y te pidieran algo de tu ropa, ¿cómo reaccionarías?

— No lo sé. Admito que es un asunto muy delicado.

— Lo único que sé — dijo Puck —, es que quiero aquella chaqueta. Tenemos que encontrar el billete de lotería. Es muy importante y no podemos acobardarnos ante las dificultades. Tenemos que cumplir con nuestro deber. Voy a buscar la dirección del agente Olsen en el listín de teléfonos.

* * *

Jens M. Olsen vivía en una mansión del Paseo Marítimo. Un par de coches estaban estacionados ante la puerta principal. Las

muchachas se detuvieron para contemplar la casa.

— Si supiera cómo empezar — dijo Puck —. No nos queda otro remedio que subir la escalinata y llamar a la puerta, saludar y... Luego el resto seguirá por sí mismo.

—Si queréis oír mi opinión... —empezó Navio.

—No, gracias —contestó Puck—. Esa opinión suena a negativa, y yo quiero iniciativas positivas. Vamos.

Muy decididas avanzaron por el sendero de losas hasta la puerta principal y llamaron al timbre. Poco después, la puerta fue abierta y una señora las miró con cara sorprendida.

—Buenas tardes —saludó amable—. ¿Queríais algo?

Navio estaba a punto de dar la vuelta y bajar corriendo los escalones, pero Puck se le adelantó, tomándola del brazo.

—¿Es usted la señora Olsen? —preguntó la chiquilla.

—Sí —contestó la aludida—. Yo soy.

Hubo una pausa que parecía durar una eternidad.

—Si queréis algo, decídmelo ahora — dijo la señora —. Tengo mucha prisa.

—Sentimos muchísimo molestarla —empezó Puck—, pero resulta que...

De nuevo hubo una pausa.

—¿Está el señor Olsen en casa?

—No, mi marido no llega hasta más tarde. ¿Qué queréis?

Puck pensaba y pensaba. La expresión amable de la señora se convertía en irritada.

—Si sólo habéis venido para preguntar mi nombre — dijo en un intento de tomar la situación en sentido humorístico —, tengo el presentimiento de que el tema se ha agotado.

—Pero... —dijo Puck—, es que hay otra cosa...

—¿Cuál?

—Es que... Quiero decir... ¡Ejem!... Nosotras...

En aquel instante sonó el teléfono dentro de la casa.

—Esperad un momento —dijo la señora Olsen. Cerró la puerta y las muchachas se quedaron mirándose unas a otras.



—Según mi opinión —dijo Navio—, tu explicación no fue muy clara. ¿Por qué no vas directamente al grano e intentas explicárselo todo? No sirve de nada contarle un cuento.

—Cuando regrese...

—Si es que regresa —opinó Karen.

—Claro que regresará —dijo Puck irritada—. Podíais ayudar un poco dándome ideas. ¿Qué queréis que le diga?

—Acabo de decírtelo —insistió Navio—. Dile que hemos venido a por la chaqueta y pídele permiso para examinar el bolsillo pequeño.

—¡Estás chiflada! ¡Nunca accederá!

—Entonces, ¿qué? ¿Qué pretendes hacer?

Los ánimos de lucha habían abandonado a Puck.

—No sé lo que hacer —dijo con gesto desesperanzado—. No sé qué decirle. Dadme una idea, pero de prisa..., de prisa. Cuando termine de hablar por teléfono preguntará qué queremos y si no tenemos algo mejor que decirle, cerrará la puerta y todo se perderá.

—No creía que te dieras por vencida tan fácilmente —dijo Navio—. Pero está bien, ¿Podríamos ofrecernos para fregar los platos de la fiesta que van a celebrar?

—¡Estupendo! —dijo Puck, irónica—. ¿Qué harías tú si una persona desconocida llamara a tu puerta pidiendo que le dejaras lavar tus platos?

—Muchos se mostrarían encantados —opinó Navio—. Hoy en

día nadie quiere fregar platos.

—¡Qué tontería! —dijo Puck—. ¿No tienes otra sugerencia?

Pero, antes de que sus amigas tuvieran tiempo de contestar, la puerta se abrió de nuevo y apareció la señora Olsen.

—¿Bien? —preguntó—. Tú dirás...

—Tenemos que hacerle una pregunta — dijo Karen —, pero es tan difícil empezar...

—Lo siento —dijo la señora impaciente—. No sé lo que queréis de mí, pero tengo mucha prisa. Esta noche vienen muchos invitados a un baile de disfraces y acaban de llamar de la agencia para decirme que las dos asistentas contratadas para esta noche, no pueden venir. Como comprenderéis, tengo tanto trabajo que no puedo perder el tiempo con vosotras.

En aquel instante Puck se atrevió. Era la oportunidad que habían estado esperando.

—Si usted no tiene ayuda esta noche, quizá nosotras podríamos echarle una mano.

—¿Vosotras?

—Sí —dijo Puck—. Sabemos hacerlo bien. Podemos poner la mesa, fregar los platos y servir.

La señora Olsen las miró con curiosidad y una luz de esperanza se encendió en sus ojos.

—¿Era esa vuestra pregunta difícil?

Por una vez Puck dijo una mentira.

—Sí — contestó —. Nos dijeron que esta noche celebraba usted una fiesta, y pensamos que quizá habría trabajo para nosotras. Me llamo Bente Winther; ésta es Lise y mi otra amiga se llama Karen. Vivimos en el pensionado de Egeborg y hemos venido a Sundkoebing para visitar a mis tíos, el veterinario Moeller y su mujer; pero da la casualidad de que ellos han tenido que irse a Copenhague a visitar a una pariente enferma. Luego se nos ocurrió intentar buscar un trabajo. Queríamos cuidar niños o alguna cosa por el estilo. En el pensionado sólo contamos con nuestra asignación semanal y nos gustaría ganar un poco de dinero. ¿Cree usted que podemos servirle?

—Pero, ¿no será demasiado para vosotras? —dijo la señora Olsen, asombrada mientras contemplaba a las chiquillas.

—¡Qué va! — dijo Karen —. Somos muy trabajadoras y eficaces.

La señora Olsen no pudo ocultar su sonrisa.

—Está bien — dijo —, pero habrá muchísimo trabajo. Hay que limpiar vasos y tenemos que poner la mesa. Luego habrá que servir la comida y sacar la mesa. Y puedo aseguraros que serán muchísimos los platos para fregar. Había contratado a dos sirvientas, pero no vendrán. Como comprenderéis, mi situación es apurada.

—Horrible —dijo Navio, pero su voz no parecía sentirlo demasiado—. ¿Podemos empezar en seguida, señora Olsen?

—¿Y cuál es vuestro precio?

—No se preocupe — dijo Puck —. Puede usted pagarnos lo que crea que merecemos.

—No necesitaba más que dos chicas.

—Sólo cobraremos por dos... o sólo por una. Naturalmente no esperamos ganar tanto como una persona adulta y experimentada, pero estamos acostumbradas a ayudar en el pensionado.

—Bien —dijo la señora Olsen—. Venís como enviadas del Cielo en este momento; sin embargo, no sé si está bien que trabajéis aquí por la noche; la fiesta durará hasta muy tarde.

—Da igual —dijo Puck—. Mañana es fiesta.

—Pero, ¿estás segura de que a tus tíos les gustará que tú...?



—¡Claro! —se empeñó Puck—. Les encanta vernos trabajar. La tía Henny dice que lo más importante en este mundo es saber trabajar. Estamos dispuestas a empezar ahora mismo. ¿Nos dejará usted?

La señora Olsen les dijo, sonriendo:

—No sois más que unas chiquillas, pero si creéis que podéis hacer el trabajo... Además, no tengo alternativa.

Se quedó un momento pensativa y luego se decidió:

—Está bien. Podéis pasar. Vosotras dos iréis a la cocina y Karen

me ayudará a poner la mesa.

Poco después estaban tan ocupadas que casi olvidaron el objeto de su visita. Secaban vasos, colocaban platos en las bandejas, arreglaban flores y ponían velas en los candelabros. Había mucho trabajo. La señora Olsen estaba contenta y el ambiente había mejorado. Cuando se quedaron a solas un momento en la cocina, Puck dijo a Navio:

—Parece un milagro. Hace una hora ignorábamos la existencia del señor Olsen y ahora nos encontramos en su casa.

—Pues... —dijo Navio colocando una copa de cristal sobre la mesa. Aún nos queda mucho por hacer antes de tener el billete de lotería en las manos. ¿Cómo has pensado apoderarte de la chaqueta?

—Ni idea; pero confío en que se me ocurra algo.

—¿Y si el señor Olsen ha cambiado de idea respecto a su disfraz?

—Tonterías. ¿Por qué iba a comprar la chaqueta y luego cambiar de opinión? Estoy segura que pronto conseguiremos nuestra meta.



A pesar de todo lo que ocurrió aquella noche en casa de Jens .M. Olsen, la fiesta fue un éxito rotundo. Las muchachas tuvieron mucho más trabajo del que jamás hubieran logrado imaginar.

Los invitados empezaron a llegar sobre las siete y media de la tarde. Y entonces las tres amigas estaban muertas de cansancio. En

la cocina gobernaba Elna, la cocinera; una chica del campo, grande y gorda, muy agradable y simpática, pero larga de lengua. Había que trabajar y Elna tenía sus propias opiniones respecto a la manera de hacer las cosas. Las tres colegialas tenían más que suficiente con entender sus breves órdenes. No había tiempo para preguntas. Y conforme transcurrían las horas, el trabajo iba en aumento.

En la fiesta había disfraces de todo tipo: divertidos, ingeniosos y elegantes. Pero a las muchachas sólo les interesaba uno.

Por fin, el señor Olsen apareció con un par de pantalones rotos, un trapo rojo anudado al cuello y... la chaqueta a cuadros con las coderas de cuero.

Puck tenía ganas de acercársele y preguntar si podía meter su mano en el bolsillo pequeño y sacar el precioso billete de lotería; pero el señor Olsen no parecía muy amistoso. Era un hombre alto, con una cara desagradable, ademanes bruscos y gesto arrogante. Miró fijamente a las muchachas cuando entraban en el salón con vasos y botellas, y se volvió hacia su mujer para decirle:

—¿Qué hacen éstas aquí?

La señora Olsen le explicó lo ocurrido con la agencia y cómo había contratado a las tres colegialas.

—Pero, ¿tú crees que esas mocosas serán capaces de quedar bien? —preguntó su marido desconfiado.

—Hasta ahora todo va muy bien — contestó la señora Olsen mirando a Puck con una sonrisa de confianza —. Estoy asombrada de lo que trabajan.

—¿Quiénes son? —preguntó Olsen.

—Ésta es sobrina del veterinario Moeller y las otras dos son amigas suyas. Estudian en el pensionado de Egeborg y habían venido a Sundkoebing para visitar a los Moeller. Llegaron como enviadas del Cielo. Estoy muy contenta con ellas. No sé cómo hubiera logrado preparar todo esto sin su ayuda.

Jens M. Olsen cortó la punta de un puro y lo encendió.

—Como quieras —dijo contrariado—. Únicamente encuentro extraño tener unas colegialas corriendo por aquí toda la noche. Si por lo menos llevasen uniformes adecuados. No están muy presentables que digamos.

—Vamos, Jens, debemos estar contentos de que todo vaya tan bien.

Olsen gruñó algo ininteligible y se fue a reunir con sus invitados. La cena fue alegre y ruidosa. Un «cow-boy» hizo un discurso y dos «bebés» cantaron a dúo, Puck y sus amigas estaban en la cocina y les parecía que nunca en su vida habían visto juntos tantos platos sucios. ¡Vaya montón de cacharos! Pero no les quedaba otro remedio que limpiarlos con buen humor.

—Si sólo supiera cómo conseguir la chaqueta —murmuró Puck—. El señor Olsen no parece fácil de convencer. ¡Vaya mirada nos echó!

—Dentro de algunas horas todo cambiará —dijo Navio para consolarla.

—Pero mientras lleve la chaqueta puesta será imposible registrar el bolsillo —dijo Puck—. Y luego, cuando la gente se vaya, subirá a su habitación para quitarse la chaqueta. No lograremos tenerla al alcance de la mano.

—Quizá sea así —dijo Navio—. Pero, ¿qué podemos hacer?

Desde el comedor llegaba el ruido de cantos y conversaciones. La fiesta se estaba animando. Karen se acercó a sus amigas.

—Me siento tan cansada que tengo ganas de llorar —dijo; pero la expresión de su cara no justificaba sus palabras—. ¿Cuánto crees que nos pagarán? Debimos acordar un precio a tanto por cada plato. Nos hubieras hecho ricas antes de acabar la fiesta.

—Lo único que temo —dijo Puck—, es que cuando terminemos de fregar y hayamos preparado todo para los bocadillos nos manden á casa con unas monedas y las gracias. ¿Qué pasará entonces con la chaqueta?

—Quizá logremos apoderarnos de ella mañana.

—¿Mañana?...

—Sí, quiero decir que seguramente no piensa quedársela. La compró para usarla sólo esta noche, y después no tendrá interés en guardarla.

—¿Cómo lo sabes? Puede utilizarla para trabajar en el jardín —dijo Puck.

El cansancio empezaba a hacer su efecto en ella. Sus ánimos disminuían y sus ganas de luchar se debilitaban.

—Ya está bien de charla —dijo Elna desde la cocina—. Estáis aquí para trabajar, ¿no?

—No hemos hecho otra cosa desde que llegamos. Creo que ya está bien... —protestó Puck.

—No te enfades. No he querido ser brusca. Estoy algo nerviosa con esta fiesta. El señor Olsen no es fácil de contentar. Quiere que las cosas se hagan siempre a la perfección.

—Sí, parece hombre de mal genio — dijo Navio.

—No lo creas —dijo Elna—. Cuando se le conoce bien es otra cosa. Lo principal es tenerlo contento. Es mi lema.

Se fue hacia la mesa y repasó con mirada crítica los platos fregados.

—No vendría mal usar un poco más el estropajo — dijo—, y no malgastéis jabón.

Luego volvió a sus cacerolas. Después de la cena, que terminó tarde, había que servir el café.

Karen entraba haciendo equilibrios con una gran bandeja llena de tazas, cuando uno de los caballeros, inesperadamente, dio media vuelta y dió con el codo un golpe a la bandeja que cayó al suelo con estrépito. Todos giraron la cabeza para ver lo que pasaba.

Karen sintió como se ponía colorada y las lágrimas asomaron a sus ojos.

—¿Qué ocurre? —se oyó la voz del señor Olsen en el salón contiguo.

Malhumorado, apareció en la puerta y contempló el desastre, reprochando a su mujer:

—¿Ves lo que te dije? Estas muchachas no sirven para esto.

El caballero que había empujado a Karen salió inmediatamente en su defensa.

—No fue culpa de esta encantadora chiquilla —dijo y miró a Karen con una sonrisa cariñosa—. Soy tan torpe... lo siento, Jens. Di una vuelta así...

Al repetir su gesto, su codo chocó contra la bandeja que Puck entraba en aquel instante; sin embargo la muchacha logró evitar que se cayese, aunque el café se derramó sobre los platos.

Olsen soltó una carcajada.

—Eres formidable, Henrik —rió—, pero no hagas más demostraciones, por favor.

La señora Olsen se acercó a Karen consolándola.

—Apresúrate a recoger las tazas del suelo — dijo en voz baja—, y no te preocupes. No fue culpa tuya.

Y volviéndose hacia Puck, dijo:

—Ve a la cocina a que pongan café de nuevo. Tendréis que fregar esas tazas —musitó.

En la cocina, Karen se derrumbó sobre una silla. El cansancio, la emoción y el incidente que acababa de ocurrir eran más fuerte que sus pobres nervios. Escondió la cara entre sus manos y sollozó en silencio. Elna fue hasta ella y la abrazó:

—Vamos, vamos, chiquilla —dijo—. Sécate los ojos y olvídalo. Sólo se rompieron un par de tazas y eso no tiene importancia. Nada hay eterno bajo el sol. Es mi lema.

—Yo debía haber tenido más cuidado —hipó Karen.

—¿Cuidado? Con tanta gente haciendo el tonto ahí dentro —exclamó Elna—. Yo no sé para qué sirve un baile de disfraces. La gente se comporta como si fueran niños en un

—



patio de recreo. Sécate los ojos y no te apures. Pon otras tazas en la bandeja, y listo.

—No me atrevo a entrar otra vez —dijo Karen, asustada.

—Claro que te atreves. Yo te ayudaré —observó Elna—. Aquí no ha ocurrido nada

—

Karen la miró con gratitud. Y cuando la señora Olsen, poco después, entró en la cocina y aseguró que el incidente no tenía importancia, la chiquilla recobró su buen humor.

Puck y Navio estaban en el comedor colocando las sillas junto a la pared. Un par de señores se ocuparon de poner la mesa en un rincón. El señor Olsen puso en marcha el tocadiscos y comenzó el baile.

—Es música de la edad de piedra — murmuró Navio cuando regresaba con Puck a la cocina—. Pero, claro, son todos unos vejestorios.

En la cocina oyeron que la señora Olsen decía a Elna:

—¿Ha encendido usted la calefacción? La noche es fresca.

—Sí, señora. Aunque no sé para qué. Tendrán mucho calor dentro de poco cuando empiecen a dar saltos al son de la charanga.

La señora Olsen sonrió y, volviéndose hacia las muchachas, preguntó:

—¿Habéis comido algo?

—Pues, no. Lo hemos olvidado por completo. Hemos estado tan ocupadas...

—¿No tenéis hambre?

—Ya lo creo —dijo Navio—, pero no tenemos prisa. Primero entraremos las copas y las bebidas.

—No olvide usted darles algo de comer, Elna —dijo la señora Olsen y fue a reunirse con sus invitados.

En el comedor la gente bailaba. El señor Olsen estaba de muy buen humor. Elna sacó fiambres de la nevera.

—No sé si os gustará esto — dijo a las tres amigas.

—Parece delicioso — dijo la golosa Navio —. ¡Qué hambre tengo!

— Comed, comed —les animó Elna—. Con el estómago vacío no se puede trabajar. Es mi lema,

— Pero tenemos que fregar las tazas del café —dijo Navio.

—Cada cosa a su tiempo. Es mi lema. Ahora bailan y no habrá trabajo hasta la hora de servir los canapés. Si estáis muy cansadas podéis iros a casa.

— ¡Oh, no, de ninguna manera! — exclamó Puck —. Nos quedaremos hasta el final...

Cuando las muchachas se quedaron solas en la cocina, Navio dijo:

— Hasta ahora todo va bien, pero no hemos avanzado nada. Es horrible entrar en el comedor y ver al señor Olsen bailar con esa

chaqueta puesta. Siento ganas de quitársela.

— Me gustaría ver su cara si lo haces —rió Puck—. Ya tendremos oportunidad de registrar el bolsillo.

— No veo cómo — dijo Karen —. Lo único que sacaremos de esto será dolor de riñones de tanto trabajar...

— ...y algún dinerito cuando nos marchemos —rió Navio—, No lo olvides.

Puck se había quedado pensativa.

— Tiene que haber alguna forma de que se quite la chaqueta — dijo.

Elna entró en la cocina.

— Dentro de poco podéis ir a buscar los vasos vacíos — dijo—. Debemos llevar nuevos vasos continuamente. ¿Alguna de vosotras quiere ayudarme a cortar el queso? Aún me faltan algunos canapés.

Puck se fue al comedor para recoger los vasos sucios. El señor Olsen seguía bailando. Estaba eufórico. Bailaba con su mujer. Uno de los caballeros le gritó:

— ¿No tienes calor, Olsen?

— Un poco —contestó el anfitrión secándose unas gotas de sudor de su frente—. Un poco.

Puck colocaba los vasos en una bandeja y, mientras lo hacía, pensaba en cómo lograr que el señor Olsen se quitase la chaqueta.

De pronto se le ocurrió una idea brillante. Se entusiasmó tanto que estuvo a punto de dejar caer los vasos, pero logró dominarse y llegar con su bandeja a la cocina. Con sus manos temblando de emoción la colocó sobre la mesa, mientras susurraba al oído de Navio:



—Tengo una idea estupenda.

— ¿De qué se trata?

— No te lo puedo decir aún. Tengo que desaparecer unos instantes. Si Elna pregunta por mí, dile que he ido a lavarme las

manos y que vuelvo en seguida. ¿Sabes dónde está la escalera del sótano?

—Sí; frente a la puerta trasera de la cocina, en el pasillo pequeño. ¿Qué vas a hacer en el sótano?

— Ya te lo contaré luego — dijo Puck.

Salió corriendo y se metió en la escalera que llevaba al sótano. La calefacción central era de petróleo y automática. Puck puso el termostato al máximo. Dentro de poco haría tanto calor que Olsen tendría que quitarse su preciosa chaqueta. Aquélla era su única oportunidad, y no vaciló. Luego subió la escalera y entró de nuevo en la cocina.



—¡Bufff —dijo Elna de pronto—. ¡Qué mal me encuentro!

—¿Qué le pasa? —preguntó Navio secándose una gota de sudor de su frente—. ¿Le duele algo, señora?

—Estoy muy rara — gimió Elna y se sentó sobre una silla—. Las piernas me tiemblan. Creo que tengo fiebre.

Puck la miró de reojo y disimuló una sonrisa. La «enfermedad» de Elna no era ninguna sorpresa para ella. La calefacción estaba al máximo, y eso era todo lo que le ocurría a Elna.

— Voy a tomar mi temperatura —dijo—. ¿Hace mucho calor aquí?

Navio y Karen iban a contestar, pero Puck se les adelantó:

— Pues, no mucho. El normal... —dijo guiñando el ojo a sus amigas que estaban asombradas mirándola fijamente.

Cuando la cocinera hubo abandonado la cocina Puck dijo:

— Gracias por vuestro silencio. La explicación es ésta: he puesto la calefacción al máximo y hace un calor horrible en toda la casa.

— Pero, ¿y Elna? —empezó Karen sin comprender—. Se encuentra mal. ¿Qué tiene eso que ver con la calefacción? Dijo que sus piernas temblaban. Seguramente ha trabajado demasiado. Yo tampoco me encuentro muy bien.

— ¡Tonterías! A ti no te pasa nada. Lo que ocurre es que hace un calor tropical y ésa era mi intención.

—¿Por qué?

— Usa tu imaginación —interrumpió Navio—. ¿No comprendes que Puck nos ha dado una nueva oportunidad? Como hace tanto calor en toda la casa, el señor Olsen, sin duda, se quitará la chaqueta.

— ¡Ya! —dijo Karen con una amplia sonrisa—. Tenéis que perdonar mi lentitud en comprender. Debe de ser el calor.

— No hay duda — rió Navio —. Eres genial, Puck. ¡Vamos al comedor a ver lo que pasa! Quizá se la ha quitado ya.

— Iré yo sola — dijo Puck, frenando a su amiga con un gesto—. Si vamos todas sospechará.

Abrió la puerta del comedor. El baile había cesado de momento. En el salón, Puck vio al dueño de la casa sentado en un sofá hablando con unos invitados. Aún llevaba puesta la chaqueta.

La señora Olsen se acercó a Puck.

— Hace falta más hielo — dijo.

Puck le dirigió una sonrisa encantadora para ocultar su risa: efectivamente hacía un calor horrible.

— El baile da mucha sed — continuó la señora —, pero me parece que hace mucho calor aquí dentro, ¿verdad?

Puck hizo un gesto que podía significar tanto que sí como que no.

— Voy por más hielo.

En la cocina sus amigas la esperaban impacientes.

— ¿La tienes ya? —preguntó Navio.

— Aún no, pero no creo que tengamos que esperar mucho. Es curioso que a ninguno se les haya ocurrido tocar los radiadores, pero si lo hacen, nuestro plan corre peligro. Espero que el señor Olsen se haya quitado la chaqueta para entonces.

— Tiene que hacerlo — di jo Navio —. No aguantará tanto calor con una chaqueta de lana como ésa.

— Tengo que llevar más hielo — dijo Puck y abrió la nevera.

Poco después estaba de regreso en el comedor con un recipiente lleno de cubitos. En el momento de entrar en ella, el señor Olsen se levantaba del sofá.

— Lo siento muchísimo — dijo —, pero voy a quitarme la americana.

Puck casi dejó caer el hielo de alegría. Corrió hacia la mesa, dejó el recipiente, se acercó a la puerta que comunicaba el comedor con el salón y vio cómo el señor Olsen se quitaba lentamente la chaqueta. Puck estaba impaciente.

¡Ahora!... ¡Ahora podría apoderarse del billete de lotería! Se fue hacia el señor Olsen para recoger la prenda; pero, antes de que ella hubiese llegado, él la había dejado en el sofá y se había acercado a uno de sus invitados. Puck vio con terror que una señora gorda se sentaba, sin darse cuenta, encima de la chaqueta.

La chiquilla se quedó atónita. Miraba a la gorda con enormes ojos de incredulidad.

— ¡Vaya, por Dios!... —exclamó decepcionada.

Había estado tan cerca, y ahora... Sin embargo, se decidió a actuar.

— Está usted sentada sobre una chaqueta — dijo cortés.

La señora gorda la miró sin interés.

— No te preocupes — dijo —. Estoy muy bien.

Y se volvió hacia sus compañeros de sofá para reanudar la charla.

— Perdone usted. ¿Puedo recoger la chaqueta?

— Deja ya de interrumpirme — dijo irritada la gorda —. Ya me ocuparé yo de la dichosa chaqueta.

De repente pareció comprender.

— ¿Una chaqueta? — dijo y empezó a levantarse con dificultad del bajo sofá —. Pero, es horrible. Puedo haberla arrugado... ¿Por qué no lo dijiste antes?

Lanzó una irritada mirada a Puck. El hombre que estaba sentado al lado de la gorda, dijo:

— Es la vieja chaqueta de vagabundo de Olsen.

— ¡Ah, bueno! — suspiró la gorda y se dejó caer de nuevo sobre

el sofá—. Así no hay problema, pero gracias por tu amabilidad, hijita —casi sonrió a Puck y luego olvidó la chaqueta.

— ¿Qué estaba diciendo yo? — dijo —. Ah, sí. La boda de Egon...

Puck no se atrevió a insistir. Lo único que podía hacer era quedarse allí, vigilando; pero en aquel instante la señora Olsen se acercó a ella.

— Ve a la cocina. Elna seguramente te necesita —y añadió, secándose la frente con un pañuelo—. Voy a abrir una ventana.

Puck la oyó abrir la ventana cuando ella entraba en la cocina. La chica parecía muy triste cuando se reunió con sus amigas, pero no tuvo tiempo de explicarles nada porque en aquel instante entró Elna.

—No tengo fiebre — informó la cocinera —, pero hace un calor horrible aquí. Voy a tomarme una cerveza. Hay qué cuidarse. Es mi lema.

Abrió la puerta de la nevera.

— ¿Queréis un refresco, muchachas? —preguntó.

Las amigas aceptaron gustosamente y Puck se fue a buscar un abridor de botellas en el cajón de la mesa.

En el mismo momento sonó un grito desde el salón.

Primero Puck creyó que se trataba de aquel tipo disfrazado de «escocés» que había reanudado sus ejercicios guturales, pero luego oyeron claramente:

— ¡Fuego!... ¡Fuego!...

Todas corrieron hacia la puerta y al abrirla, vieron el resplandor del fuego. Al entrar en el comedor comprendieron lo ocurrido: cuando la señora Olsen había abierto la ventana la cortina, llevada por un golpe de viento contra una de las velas, se había incendiado. En aquel momento toda la cortina era pasto de las llamas y el fuego se extendía rápidamente.

— ¡Cerrad la ventana! — oyeron gritar a Olsen.

Sin embargo, nadie se atrevía a acercarse al lugar del fuego, y las llamas se extendían a toda una parte del salón. Los invitados estaban horrorizados. Las señoras gritaban. Uno de los hombres corrió hacia el teléfono y marcó el número de los bomberos. La confusión reinaba por doquier. Muchos corrían atropellados hacia la puerta que daba al vestíbulo.

El señor Olsen hacía lo que podía para tranquilizar a sus huéspedes, pero en vano. Reinaba el pánico. Elna agarró a Puck del brazo.

— ¡Corre! ¡Sal de aquí! ¡Vamos a morir todos abrasados!

Puck, naturalmente estaba asustada, pero no vio razón para precipitarse. Primero debían apagar el fuego, pero nadie parecía haber tenido la misma idea que ella.

— ¡Vamos a buscar agua! — gritó a sus amigas —. ¡Venid!

Regresaron corriendo a la cocina y llenaron unos cubos con agua. Puck fue la primera en volver al salón.

Los invitados habían desaparecido, Todos habían huido. Sólo quedaba un hombre que intentaba apagar el fuego de la alfombra con algo.

El humo era sofocante. Puck, que había aprendido en el pensionado de Egeborg cómo actuar en una situación desesperada, empezó a mojar las sillas y alfombras. No había que echar mucha agua cada vez, había que repartirla sobre el mayor espacio posible. También había visto trabajar así a los bomberos. Oyó que el hombre exclamaba.

— ¡Vaya, se prendió la chaqueta!

En aquel instante Puck comprendió que el hombre había usado la preciosa chaqueta para apagar el fuego.

La muchacha se había olvidado de ella por completo y ahora estaba quemándose. El hombre la había tirado sobre la alfombra y había salido en busca de otra cosa para jugar a bombero. Puck se inclinó y cogió la chaqueta en llamas. Se quemó las manos, pero no parecía darse cuenta. La mojó y la tiró lejos para que estuviera fuera del peligro.

Luego siguió apagando el fuego, y logró reducirlo. Sus amigas le ayudaron siguiendo su ejemplo, pero las llamas habían prendido bien y el trabajo era difícil. El humo hacía penoso permanecer en la habitación.

Momentos después, la puerta se abrió y entraron los bomberos. Llevaban extintores de espuma y, en pocos segundos el fuego estaba apagado.

Los invitados empezaron a regresar. El peligro había desaparecido, y tenían mucho de qué hablar. El salón estaba horrible. Las cortinas habían sido pasto de las llamas y las paredes

estaban negras por el humo. Un par de sillas habían ardido, al igual que media alfombra, pero la casa se había salvado.

— Menos mal que alguien actuó con rapidez —dijo uno de los bomberos y miró sonriente a Puck—. Habéis hecho un trabajo estupendo. Los demás se limitaron a salir corriendo. Es curioso como la gente se asusta por un poco de fuego.



—No és éxtraño — dijo Puck y miró hacia la chaqueta. Allí estaba, chorreando y chamuscada.

Se inclinó y la recogió. Sus dedos se deslizaron en el bolsillo pequeño. Sí, había un papel. Con sumo cuidado empezó a sacarlo.

Estaba mojado y había que proceder con tiento, para evitar que se rompiera.

— ¿Está?... —empezó Karen, en voz baja.

Puck asintió.

— Sí, éste es — dijo, mientras desdoblaba lentamente el billete BB-56234 —. ¡Aquí está!

Una ola de felicidad la invadió. Sentía ganas de reír locamente, descabelladamente. Los invitados habían formado un corro en torno a ella. La miraban extrañados. No comprendían nada en absoluto.



Sentía ganas de reír porque las preocupaciones de Birger Bentson habían terminado. Ella tenía en su mano lo que lo podía salvar. ¡Qué maravilla!

Pero no rió; todo lo contrario, rompió a llorar. Habían tenido tantas decepciones hasta encontrar aquel billete... Y al final el susto del fuego. Había hecho cuanto estaba en su mano para sofocarlo. Después de tanta tensión, el alivio fue demasiado para ella.

—¿Estás herida? —le preguntó el señor Olsen, y el tono de su voz sonaba compasivo y amable.

— No. No me pasa nada — dijo negando con la cabeza.

— Pero estás llorando...

— Necesito llorar. Eso es todo.

— Yo también —dijo Karen y Navio, y las tres lloraron a coro.

— ¡Jesús, qué niñas! — dijo la señora gorda.

— Venid conmigo —invitó el señor Olsen—. Vamos a la cocina a ver si encontramos algo para mejorar esos ánimos.

El dueño de la casa estaba cambiado. Sus palabras eran amables y no sabía qué hacer para complacerlas.

— Vosotras fuisteis las únicas en manteneros serenas — dijo —. Os lo agradezco infinito y me preocuparé de que seáis premiadas.

— Ya tuvimos nuestro premio —dijo Puck secándose las lágrimas—. No sabe usted lo felices que somos.

— ¿Felices? —exclamó él—. No lo comprendo. Veo que estáis llorando las tres. ¿Qué quieres decir?

—Tenemos la chaqueta — hipó Puck.

— ¿La chaqueta?

— Sí, ésa con coderas de cuero. La hemos estado buscando durante mucho tiempo.

— No comprendo nada. ¿Os habéis vuelto locas de repente?

— No — dijo Puck —. Se lo explicaré. Es lioso.

El señor Olsen escuchó su historia con creciente asombro. Al final dijo:

—Pero, ¿por qué no lo dijisteis desde el principio?

— No nos atrevimos — dijo Puck —. Teníamos miedo de que usted se enfadara.

— ¿Tan terrible os parezco?

Puck vaciló y dijo, tímida:

— Al principio, sí.

— Ojalá mis empleados pensarán lo mismo que tú —rió Olsen—, porque tengo la impresión que me confunden con Papá Noel. Pero, dime una cosa: ¿Estáis seguras de que ese billete es el premiado?

— Segurísimas — dijo Puck —. El BB-56234 es un número que no olvidaré nunca:

— ¿Y ha ganado veinte mil coronas?

Puck asintió y Olsen estalló en una risotada.

— En realidad, hijita este billete me pertenece. Yo he comprado y pagado la chaqueta en la tienda del ropavejero, y también el contenido de sus bolsillos.

Puck puso cara de asustada.

— ¿Habla usted en serio?

— Claro que no — dijo —. Después de tantas preocupaciones y disgustos, merecéis llevaros el billete. ¿Dónde está ese compositor loco?

— Seguramente en su casa, triste por la pérdida del premio. Si no hubiéramos conseguido este dinero, le hubiesen quitado la casa y entonces no hubiera podido terminar su ópera. Además, tiene una hija enferma en un sanatorio suizo y no tiene dinero para que siga allí.

— ¡Qué historia tan triste! —dijo Olsen serio. Luego preguntó—: ¿Tenáis la intención de ir a su casa ahora?

— Sí, ésa era nuestra intención; pero no hay trenes hasta mañana.

— No, en efecto; pero coche sí hay — dijo Olsen—. Voy por el mío y os llevaré a Oesterby. Supongo que vuestro amigo, el compositor, estará durmiendo hace horas; pero le despertaremos. Creo que nos perdonará.

—Y nuestros invitados? —preguntó la señora Olsen, que había escuchado las últimas palabras de su marido.

—Te ocuparás tú de ellos —dijo Olsen—. Además, supongo que se irán a casa, a la vista del aspecto que tiene nuestro comedor.

—No estoy seguro de eso — se oyó decir al «cow-boy» desde la puerta—. Estamos celebrando el fin del incendio. No olvides, Jens, que estás asegurado contra incendios en mi compañía. Tengo razones para celebrar que el fuego no haya hecho más daño. Vete tranquilo con las muchachas. Nos entretendremos hasta tu regreso.



El automóvil era grande y lujoso e iba a una velocidad respetable. Puck estaba sentada al lado del conductor. Navio y Karen se repantigaban en los blandos asientos de atrás. El humor de todos era eufórico.

— Dije a mi mujer que llamase a casa del veterinario para explicarles lo ocurrido —dijo Olsen—. No sé si habrán regresado pero en caso de que os echen de menos, es mejor avisarles. Volveréis conmigo a Sundkoebing, ¿no?

— Nuestra intención es pasar el fin de semana allí — dijo Puck —, pero mañana no creo que hagamos otra cosa que dormir.

Estaba rendida, pero al mismo tiempo se sentía feliz. ¡Qué maravilla! La búsqueda había terminado con buen resultado. Había sido una aventura muy emocionante.

El billete de lotería lo llevaba entre dos trozos de papel secante.

De pronto vieron unas luces centelleantes y Olsen frunció las cejas.

— ¿Qué será esto? No tenemos tiempo de parar ahora.

Era la policía. Dos agentes estaban al lado de un auto verde. Hicieron una señal a Olsen para que se detuviera y uno de los agentes se acercó al coche.

— Perdonen ustedes — dijo —. Es un control. Ha habido un robo y estamos registrando todos los coches que pasan por aquí. ¿Me enseña su carnet de conducir, por favor?

— Naturalmente —dijo Olsen—, Lo tengo aquí.

Y buscó en el bolsillo trasero de su pantalón.

— ¿Dónde lo habré metido? —se preguntó nervioso.

El policía le contempló con desconfianza.

— ¿No tiene usted su carnet? —preguntó.

— Claro que lo tengo — contestó Olsen irritado —. Lo que pasa es que me lo dejé en casa. No lo comprendo... ¡Ah, sí! He salido con esta ropa. No había pensado conducir esta noche. Lo siento mucho, agente.

El policía le miró fijamente.

— ¿Tiene inconveniente en encender las luces del interior?

— En absoluto.

El agente miró la harapienta ropa del conductor.

— Oiga — dijo con voz severa—. ¿Está usted seguro de que este coche es suyo?

— ¿Cómo dice?...

Olsen se estaba enfadando, pero de repente comprendió la situación.

— Comprendo que usted sospeche de mí —explicó—. Pero resulta que estábamos celebrando un baile de disfraces en mi casa y me puse esta ropa de vagabundo.

— ¡No me diga! —rió sardónico el policía—. Un baile de disfraces y usted aquí en la carretera. Será mejor investigar eso.

— Pero, hombre. ¿Cree usted que he robado mi propio coche?

El otro agente se había acercado.

— Venga con nosotros — dijo, brusco.

Puck se dio cuenta que el agente marítimo necesitaba ayuda y dijo:

— El señor Olsen está diciendo la verdad. Éste es su coche. Él es el agente marítimo Jens M. Olsen, de Sundkoebing. Venimos de su baile de disfraces.

— ¿Vosotras tres también? Sois muy jóvenes para esas cosas.

Era evidente que, cuanto más explicaban, menos les creían los policías.

— Es una historia muy complicada — dijo Puck —. Si usted me dejase explicar...

— Puedes hacerlo en la comisaría.

— ¡Ya está bien! —estalló Jens M. Olsen—. Venga con nosotros y se lo contará por el camino. Podrá usted averiguar la verdad por sí mismo. No podemos esperar más. Tenemos una misión urgente.

El policía iba a contestar pero su colega le dijo:

— Está bien, deja que hable la muchacha.

Y de nuevo Puck tuvo que explicar sus aventuras. Pero cuanto más explicaba, más inverosímil le parecía incluso a ella misma. ¿Cómo lograría convencer a aquel agente desconfiado? Cuando concluyó, los dos policías meneaban la cabeza con incredulidad.

— Suena tan improbable que tiene que ser verdad. No se puede inventar una historia como ésta. Sin embargo, para más seguridad, iré con ustedes a la casa del compositor. Quédese aquí, Larsen, y vaya parando los coches mientras tanto.

El policía fue hasta el coche verde, lo puso en marcha y tomó la delantera. El señor Olsen seguía enfadado; pero, poco a poco, empezó a alegrarse.

— Con muy poco basta para enfrentarse con la ley y sus agentes — dijo —. Nunca creí que la ropa hiciese a la gente, pero hoy se ha demostrado esa teoría.

Al cabo de un rato pasaron por delante del pensionado de Egeborg.

— Allí vivimos —dijo Navio—, La casa del compositor está por el camino de la izquierda.

El señor Olsen tocó el claxon e indicó con las luces al coche de la policía, que iba a girar. El coche patrulla se detuvo un poco más adelante y luego les siguió durante un rato.

— Allí está la casa — dijo Puck con el dedo.

— Hay luz en la ventana — añadió Karen.

— Seguramente está trabajando con su música y sus cuentas — dijo Olsen—. ¡Pobre hombre! Por cuántas dificultades ha tenido que pasar; pero dentro de un momento tendrá una nueva esperanza, gracias a vosotras.

Detuvo el coche delante de la casa. El policía ya había estacionado el suyo.

— ¿Es éste el lugar? —preguntó, y aún había duda en su voz.

— Sí — contestó Puck alegre —. Éste es.

Con sumo cuidado, la muchacha sacó el billete de lotería de entre el papel secante y se dirigió a la casa.

— Ahora veremos si has dicho la verdad —observó el agente, severo.

Pero, algunos minutos después, una amplia sonrisa de felicidad en las caras del compositor y de su madre le demostraron que la historia era cierta. Al ver el billete recuperado, un mundo nuevo pareció abrirse ante ellos.



La nueva colegiala que a mitad del curso fue matriculada en el pensionado de Egeborg, se convirtió desde el primer día en un problema tanto para los profesores como para los alumnos. Se llamaba Denise Marcel. Un nombre muy francés. Aunque su llegada al pensionado fue algo misteriosa, sus compañeros averiguaron pronto que había nacido en Bruselas, la capital de Bélgica. Su padre era un fabricante enormemente rico. Su madre era danesa de nacimiento. Denise hablaba danés casi sin acento; sin embargo, durante los primeros días, la chica se mostró muy callada, altiva y casi insolente. ¿De qué servía entonces que la muchacha fuera una belleza y poseyera un montón de ropa elegante?

Con gran disgusto por parte de Puck, Karen y Navio, a Denise le dieron la cama que Inger había dejado libre, cuando se fue a Inglaterra para terminar sus estudios. La despedida había sido muy triste; sin embargo, poco a poco las tres que se quedaron habían superado ya su añoranza cuando Denise llegó.

El primer día ya hubo lío. Cada una tenía un armario para su ropa; pero para poder colocar toda la de Denise se hubiera necesitado uno tres veces más grande. Por ello tuvo que dejar la mayor parte de sus vestidos en un armario de la planta baja, lo cual no gustó nada a la mimada muchacha.

Sus tres compañeras de habitación tenían que estudiar mucho aquel día, pero les resultó muy difícil concentrarse mientras la nueva alumna deshacía sus maletas con gran desorden.

La señora Frank le había dicho que escogiera primero la ropa que quería guardar en el armario del «Trébol de Cuatro Hojas», pero al parecer aquello era para Denise algo difícil de decidir.

Con cara sombría tiraba con gestos bruscos sus preciosos vestidos por toda la habitación.

Las tres amigas la contemplaron de reojo, y en silencio. Al final, Navio estalló:

— ¡Límitate a amontonar la ropa en tu propia cama, Denise, si no te importa!

La chica ni siquiera contestó y Navio preguntó rabiosa:

— ¿No me oíste?

Denise dio media vuelta y contestó con desprecio:

— Claro que lo oí... No soy sorda... Pero ese andrajoso cubrecama no se estropeará porque ponga sobre él un par de mis

elegantes vestidos.

Navio se quedó parada. Hasta aquel momento, Denise no había pronunciado tantas palabras juntas, pero la ira de la hija del capitán fue más grande que su sorpresa; no porque la ropa estuviera sobre su cama sino porque Denise se había permitido tachar de andrajoso su limpio cubrecama... Aquello era demasiado.



Rápida como una centella, Navio saltó hacia su cama y agarró uno de los vestidos para tirarlo a la cama de Denise; pero ésta lo sujetó al mismo tiempo con un movimiento brusco. Navio se sobresaltó al oír el ruido de la tela rasgada y lo soltó instintivamente.

Denise, a darse cuenta de lo ocurrido, tiró el vestido roto al suelo y miró a Navio con ojos que echaban chispas:

— Has estropeado mi mejor vestido... ¡Me las pagarás!... ¡Me las pagarás!...

— Yo... —empezó Navio desolada—, yo no quería...

— Cuando termine de deshacer mis maletas, me quejaré al director — interrumpió Denise —. No pienso aguantar más agresiones.

— ¡Un momento! — dijo Puck, que también estaba a punto de perder la paciencia —. Navio no ha hecho nada malo. Fue tuya la culpa de que el vestido se rompiera.

— No he pedido tu opinión — interrumpió arrogante la otra.

En aquel momento intervino Karen también.

— En el «Trébol de Cuatro Hojas» solemos decir lo que pensamos... Si no te gusta, pídele al director que te cambie de

habitación. Aquí nadie te echará de menos.

— ¡Ya! —espetó con desdén Denise—. Sois tres contra una, pero no os tengo miedo. Me basto yo sola contra tres bobas como vosotras.

— Seguro — contestó Karen —, Arreglarás el asunto chivándote al director. Pero si vas a cambiar de habitación no tienes por qué seguir deshaciendo tus maletas aquí.

Navio sacó un bolso de su armario y se despidió:

— ¡Hasta luego! Voy a dar un paseo... Necesito respirar aire puro...

Y desapareció rápidamente tras la puerta. Puck y Karen se miraron asombradas, mientras Denise seguía revolviendo su equipaje.

Puck contempló pensativa la puerta cerrada. ¿Qué intentaba hacer Navio? Había tomado su bolso. ¿Sería posible que Navio hubiera ido a Oesterby para comprar un vestido nuevo?

Este pensamiento hizo sonreír a Puck. Aunque las tiendas de Oesterby no estaban mal, sería imposible encontrar un modelo tan elegante. No; Navio había salido con otra intención, pero, ¿cuál podía ser?

Puck renunció a pensar más en ello e intentó concentrarse en sus libros. Fue un gran alivio oír el timbre que las llamaba para el té.

Navio llegó con cinco minutos de retraso bajo una mirada de reproche del director. Se sentó entre sus dos amigas y Karen preguntó curiosa:

— ¿Dónde has estado?

— Fui a respirar aire puro — contestó evasiva.

— ¡Ya! —dijo Puck escéptica—. ¿También llevas aire puro en el bolso?

Navio no contestó. De vez en cuando miraba descaradamente a Denise, que tomaba su té con la nariz fruncida. Al parecer, el té no era lo suficientemente bueno para aquella mimada hija de millonario. Poco después apartó su taza casi llena, se levantó e hizo ademán de abandonar el comedor.

La voz tranquila y decidida del director Frank la detuvo:

— Denise, aquí nos levantamos de la mesa cuando yo lo digo. Siéntate, por favor.

— Ya terminé — dijo la chica con arrogancia—. Este té no me

gusta.

El director frunció las cejas.

— ¡No me digas!... Pues para nosotros no es malo. Siento que no podamos hacer una mezcla especial para ti. ¡Siéntate!

La muchacha se sentó con expresión de testarudez y enfado, mientras sus compañeros reían por lo bajo. Decididamente, Denise Marcel no despertaba simpatías.

Después del té, Puck, Navio y Karen fueron llamadas al despacho del director. El señor Frank estaba sentado tras su mesa de trabajo, fumando su pipa pensativo. Saludó con amabilidad a las tres amigas y les dijo:

— ¿Supongo que adivináis por qué os he mandado llamar?

— Sí — contestó incómoda Navio —, pero no lo hice a propósito...

— Denise es una mentirosa —exclamó Karen.

— ¡Vamos, Karen! — regañó el director mientras dejaba su pipa en el cenicero—. Quiero oír la explicación de Lise.

Navio explicó tartamudeando lo ocurrido en el «Trébol de Cuatro Hojas». El director la escuchó en silencio. Luego se volvió hacia Puck y Karen.

— ¿Ocurrieron las cosas como dice Navio?

Puck dijo que sí y Karen asintió también con energía.

— Lo presentía — admitió el señor Frank —. Como sabéis, me gusta oír a ambas partes antes de juzgar. Después de haberos escuchado, podemos dar por terminado el asunto...

— ¡Oh, no, por favor! — empezó Karen.

— ¿Qué quieres decir?

— Pues... ¿No podría dormir Denise en otra habitación?

— No. Por el momento, prefiero dejarla en el «Trébol de Cuatro Hojas» —dijo el director con sequedad—. Hay que darle tiempo para que se acostumbre. No es fácil para ella adaptarse a un país extraño. Piénsalo.

— ¡Ya! — fue el único comentario de Puck.

— La audiencia ha terminado, jovencitas —dijo el director.

Cuando la puerta se hubo cerrado, el señor Frank se quedó pensativo. No era fácil educar niños.

La señora Frank entró silenciosamente en el despacho. Sólo pronunció una palabra:

— ¿Bien?

— Tal como había esperado —contestó su marido—. Denise nos causará problemas. Tiene un carácter difícil y, por el momento, lo mejor será... ¡Ejem!...

— Dejarla en la habitación con Puck y las otras, ¿verdad? — concluyó su mujer sonriendo.

— Sí, ésa es mi intención. Bente suele ejercer una buena influencia sobre los casos difíciles, ¿no?... y espero que tú también te ocuparás de este caso.

— Empezaré mañana — prometió la señora Frank —. Después de las clases llamaré a las chicas del «Trébol de Cuatro Hojas» para que me ayuden en la cocina. Les dejaré hacer pasteles. Así tendré ocasión de hablar con ellas...

Y terminó riendo:

— Las chicas revelan ciertos rasgos de su carácter cuando amasan pasteles.

* * *

El resto del día transcurrió sin novedad en el «Trébol de Cuatro Hojas». Karen se había sentido tentada a llamar «chivata asquerosa» a Denise, pero Puck la disuadió de su idea. Lo mejor sería hacer como si nada hubiese ocurrido y esperar a que todo se calmara.

Las intenciones de Puck eran inmejorables, sin embargo el resultado fue deplorable. Momentos antes de acostarse empezó el barullo.

Puck y sus dos amigas estaban preparándose para irse a dormir cuando Denise chilló con rabia:

— ¿Quién de vosotras me ha robado el camisón de seda? Estaba aquí, sobre la cama, y ha desaparecido.

— Búscalo — contestó Puck con sangre fría mientras limpiaba su cepillo de dientes bajo el grifo —. Nosotras tenemos suficientes pijamas..., aunque no sean de seda natural.

La chica belga murmuró algo ininteligible y empezó a buscar en su armario. Sus tres compañeras la ignoraron. Se metieron en la cama y apagaron sus luces.

Por fin, la búsqueda de Denise tuvo éxito. Encontró su camisón bajo la almohada, pero no pidió disculpas; todo lo contrario, iba de un lado para otro por la habitación arreglando sus cosas. Luego abrió la cama para acostarse.

— ¡Que descanses, bella doncella! — rió a hurtadillas Navío.

— ¡Cierra la boca!

— ¡A la orden! —rió Navío,

— ¡Imbécil!

—Callaos ya —aconsejó Puck bostezando—. Podéis seguir peleando mañana, si queréis.

Buenas noches a todas.

—Buenas noches —dijeron Karen y Navío.

Denise no dijo nada. Con un gruñido rabioso se tiró sobre su cama, pero en el mismo instante dio un chillido espeluznante.

—¡Socorro!... ¡Socorro!... ¡Me están mordiendo! ¡Ay, ay, ay!

Puck encendió rápidamente su luz. Navío se escondió bajo el edredón pero por los movimientos de éste se veía claramente que se estaba retorciendo de risa.

—¿Qué te pasa, Denise? —preguntó Puck saltando de su cama.

La muchacha belga seguía quejándose asustada:

—¡Ay... ay... ay!... No me atrevo a moverme... Mi cama está llena de víboras.



—No digas tonterías —interrumpió Puck—. Sal de ahí.

Un poco brusca, Puck sacó a la chica de su cama. Sus chillidos debían de oírse por todo el pensionado. Cuando Denise, aún temblando, estuvo en pie, Puck con un rápido movimiento apartó el edredón, y el misterio quedó aclarado. Media docena de punzantes hojas de cardo estaban metidas entre las sábanas.

Con un gran esfuerzo Puck logró ocultar la risa. Comprendió en el acto lo ocurrido. Navío, la muy traviesa, había salido aquella misma tarde con su bolso, no para comprar un vestido nuevo precisamente, sino para recoger hojas de cardo en el jardín.

— ¡Vamos, Navío!... —empezó, pero en aquel instante abrieron la puerta y apareció la «capitana del corredor», la señorita Holm.

— ¿Qué pasa aquí? —preguntó severa.

— ¡Víboras! — gimió Denise —. Han metido víboras en mi cama.

— ¿Víboras? No digas tonterías.

La señorita Holm se acercó a la cama para ver de qué se trataba y lo comprendió todo. Meter hojas de cardo en la cama era una novatada muy conocida, usada con frecuencia como recepción a los recién llegados.

Sin embargo, esa clase de bromas no le gustaban al director Frank.

— ¿Quién de vosotras ha sido? —preguntó enfadada la señorita.

— Yo — sonó la voz de Navio. Sus rizos color platino se asomaron por entre las sábanas y sus ojos azules brillaban de alegría.

— ¡Qué impertinencia! —gritó Denise que había olvidado sus gemidos —. ¡Me las vas a pagar!

Se calzó las zapatillas y se dirigió hacia la puerta abierta.

— ¡Detente! —ordenó la señorita Holm—. ¿Adónde vas?

— Voy a quejarme al director.

— ¿Te has vuelto loca, Denise? Quédate aquí.

—No quiero.

La muchacha desapareció rápidamente. Se oyeron sus pasos por el pasillo y luego por la escalera que llevaba hasta el piso principal.

La señorita Holm estaba perpleja. Aquello era increíble. Nunca había ocurrido en el pensionado que una alumna bajara a quejarse al director, después de la hora de acostarse..., vestida en camisón.

Se volvió hacia Navio y le dijo con severidad:

—Será un asunto poco agradable para ti, Lise. Mañana hablarás con el director. Vuelve a la cama y apaga la luz. Cuando Denise regrese, no quiero más líos. Ya han habido bastantes.

Cuando la «capitana del corredor» hubo cerrado la puerta, reinó el silencio durante unos segundos. Incluso Navio parecía haber perdido su buen humor.

— Es una boba — dijo por fin Puck.

— Se lo merecía por chivata — opinó Navio, pero su voz no sonaba muy convincente—. El director echará en seguida a Denise de su despacho.

— Seguramente, pero mañana te regañará a ti.

— Es igual. A lo sumo me castigará con un par de días sin salir...

y ella se lo merecía.

Karen terció riendo:

— La señorita Holm olvidó decirnos que quitásemos los cardos de la cama de Denise, y los vamos a dejar allí.

— No está bien — opinó Puck.

— ¡Tonterías! La señorita Holm nos mandó a la cama y que apagásemos la luz...

En aquel momento la puerta se abrió con estrépito y Denise entró indignada en la habitación. La luz de su cama aún estaba encendida y permitió a sus compañeras ver que su cara estaba pálida de ira. Al ver que los cardos seguían en su cama, se volvió furiosa hacia Navio.

— Levántate en seguida y saca eso de mi cama.

— ¡Vete a paseo!

— Así que no quieres limpiar mi cama, ¿eh?

— Ni lo sueñes. ¿Qué te dijo el director? ¿Te recibió bien?

Justamente porque el director la había despachado a cajas destempladas, la pregunta de Navio resultó doblemente irritante. Denise perdió los estribos. Fue hacia la mesa, tomó una jarra llena de agua y la vació sobre la rizada cabeza de Navio.



Con un agudo chillido, Navio saltó de la cama y se lanzó sobre Denise. Un momento después las dos muchachas rodaron por el suelo luchando con furia.

— ¿Estáis completamente locas? —exclamó Puck asustada—. ¡Ayúdame, Karen! ¡Tenemos que evitar esto!

Poco después, las dos chicas habían logrado detener la pelea. Denise y Navio estaban una frente a otra mirándose con ojos que echaban fuego. Puck dijo en tono tranquilizador:

—Tenéis que dejar vuestra pelea para mañana. Si hay más desórdenes la señorita Holm regresará y esto no será divertido para

ninguna de nosotras. A la cama todas.

Aunque pareciera extraño, las palabras de Puck impresionaron a Denise y poco después reinaba la tranquilidad en la habitación. Navio se quejaba de su ropa mojada, pero no podía negar que la culpa había sido suya en gran parte.

* * *

Al día siguiente, Navio fue llamada al despacho del director para ser reprendida. Cuando abandonaba la oficina se sentía muy pequeña. Había sido castigada con tres días sin salir de su habitación.

Se consoló pensando que Denise también había sido castigada con un día sin salir, por haber desobedecido las órdenes de la señorita Holm y bajar al despacho del director.

Estaba a punto de subir las escaleras cuando vio a la señora Frank: La simpática esposa del director estaba muy seria y no sonrió cuando dijo:

— Conozco el castigo, Lise, y creo que has salido bien parada... He pensado aprovechar que estáis sin salir para invitaros a hacer pasteles conmigo. Diles a las otras que os espero en la cocina después de las clases.

— De acuerdo —murmuró Navio avergonzada.

Las horas siguientes parecían no tener fin. La bella y mimada Denise resultó muy competente en las distintas asignaturas. Quería impresionar a sus compañeras, a quienes miraba con desprecio. Había recibido una educación esmerada. Sus padres no reparaban en gastos, llevándola a los mejores colegios.

Como Denise, a pesar de su mal carácter, era una chica sumamente inteligente, los esfuerzos de sus padres habían sido bien aprovechados. Incluso Merete Dahl estaba impresionada.



Después de que Inger marchara del pensionado, Merete estaba considerada como la mejor alumna del colegio, pero comprendió

pronto que Denise sería una rival difícil para mantener el primer puesto.

Alboroto, sin embargo, no estaba tan impresionado como Merete y durante el recreo se acercó a Puck y la saludó alegremente:

— ¡Hola, angelito! ¿Quieres que te eche una mano?

— ¿En qué? —se sorprendió Puck—. ¿Quieres ayudarme a hacer los deberes?

— ¿Qué? —Hugo Svendsen, apodado Alboroto, el alumno más travieso y el más perezoso de Egeborg se sobresaltó asustado, ¡Como si no tuviera suficiente con sus propios estudios! Miró de reojo hacia el otro extremo de la explanada, donde Denise paseaba sola con la cabeza muy alta, y luego gruñó —: Creo saber que esa chica belga se ha convertido en una tortura permanente para las del «Trébol de Cuatro Hojas», y pensé que Cavador y yo podíamos echaros una mano.

—No, gracias —dijo Puck asustada, pues sabía por experiencia lo que podía suceder cuando Alboroto y su inseparable amigo Cavador se mezclaban en sus asuntos.

—Las ganas no nos faltan —informó Alboroto—. Cavador y yo nos aburrirnos estos días y necesitamos acción. ¿Qué me contestas?

—No te metas en esto, Alboroto —dijo Puck sonriente—. creo que podemos arreglarnos solas. Si te necesito, ya te avisaré.

— Eres una mala compañera —dijo Alboroto enfadado.

— O quizá intento hacer de ella una buena —dijo Puck, y la sonrisa había abandonado su cara.

Alboroto suspiró hondo y se fue en busca de su amigote. Después de las clases, las cuatro muchachas del «Trébol de Cuatro Hojas» bajaron a la cocina, donde iban a hacer pasteles bajo la vigilancia de la señora Frank. Denise estaba muy disgustada por tener que trabajar en la cocina y había dicho:

— No me da la gana. En mi casa de Bruselas tenemos mucha gente para hacer este sucio trabajo.

— En primer lugar, que no es ningún trabajo sucio —había contestado Puck—, la señora Frank te lo demostrará; y, en segundo, creo que harás mejor en no oponerte demasiado: tu futuro aquí depende mucho de el o...

— ¿Y qué? —preguntó Denise provocativa—, ¿crees que mi padre no tiene dinero suficiente para mandarme a otro colegio más

caro que éste?

Habían discutido un rato, y el resultado fue que Denise se decidió a bajar con ellas a la cocina.

La señora Frank era una buena profesora de economía doméstica. Empezó a dar órdenes a las muchachas sobre cantidades de harina, leche, sal y levadura. Sus consejos iban dirigidos en realidad a Denise, porque las otras conocían de sobra sus instrucciones. Cuando las muchachas empezaban a amasar, cada una en su fuente, la señora Frank dijo con amabilidad:

—No amases con los dedos, Denise, sino con los puños... con los puños, querida.

— Yo lo hago mejor así —declaró Denise de mal humor.

— Es posible, pero no se hace así. Hazme caso y usa tus puños.

— No quiero.

La señora Frank se sobresaltó, pero logró dominarse y dijo con voz tranquila:

— Voy a olvidar lo que acabas de decir, hijita... Sólo espero saber si tus pasteles serán los mejores.

— ¿Y a mí qué? —dijo insolente la muchacha—. No voy a vivir de la pastelería. Mi padre tiene dinero de sobra.

Navío, que estaba a su lado, soltó una carcajada.

— Es formidablemente palpitante ver como amasa Denise. Parece que está haciendo bolas de nieve. ¡Ja, ja!...

— Una bola de nieve, ¿eh? — le espetó la muchacha—. Me estás dando una buena idea. Este pedazo de masa irá tan bien como una bola de nieve... O quizá mejor... ¡Toma!



Navío dio un grito cuando Denise le lanzó la pasta en plena cara. El ataque la sorprendió; sin embargo, reaccionó con rapidez. Se quitó la masa de su cara con la mano izquierda y aunque la señora Frank y sus dos amigas trataron de evitarlo, logró lanzar antes una nueva bola a la cara de Denise.

La chica belga jadeó medio ahogada, cuando la blanda masa cubrió su cara como si fuera una máscara.

— ¡Estupendo! —chilló Navio—. ¿Quieres el pastel con pasas?

Y un segundo después, Navio había pegado un puñado de pasas sobre la masa que cubría la cara de su contrincante.

Por fin la señora Frank, Puck y Karen lograron intervenir, y cuando Denise quiso lanzarse sobre Navio, se encontró con una fuerza superior que se lo impedía. Tuvo que renunciar.

La señora Frank, desolada, meneó la cabeza.

— ¿Estáis complétamete locas? Creo que os falta un tornillo.

— ¿Uno sólo? —dijo Karen—. A estas chifladas no les queda ya ni uno. ¿Les ponemos una camisa de fuerza?

Sin embargo, la esposa del director no estaba para chistes. Durante los años que llevaba en el pensionado se había enfrentado con muchos problemas difíciles, y por regla general había sido capaz de resolverlos, pero aquel caso parecía imposible, instintivamente, miró desanimada a Puck, quien comprendió en seguida la situación. Se volvió hacia sus dos compañeras y dijo:

— Os ayudaremos a quitaros la masa de la cara.

— No me toques! —chilló Denise—. Límitate a ayudar a tu amiga. Yo me basto por mí misma.

La señora Frank y Puck intercambiaron una mirada de impotencia. Era imposible seguir adelante con los pasteles. Las muchachas fueron enviadas a su habitación, mientras la señora Frank se dirigía al despacho de su marido para contarle lo ocurrido.

El director la escuchó con las cejas fruncidas.

—Creo que estamos ante un caso imposible —dijo—. La mejor solución sería, sin duda, devolver esa chica a Bruselas; pero no podemos hacerlo sin el consentimiento de sus padres, y ellos están ahora en alguna parte del lejano Oriente. Podría comunicar con ellos por telégrafo, pero sería difícil arreglar el asunto a base de telegramas...

Se quedó pensativo y luego añadió:

— Esperemos una semana más, a ver lo que pasa. Sigo pensando que sería una equivocación cambiar de habitación a Denise... Puede que a Bente se le ocurra alguna idea.

— ¡Ya! — se limitó a decir la señora Frank. Por una vez tenía sus dudas respecto a la capacidad de su amiga Puck.



Los días siguientes fueron aburridos. Navio estaba castigada. Sus dos amigos no querían abandonarla y se quedaron con ella en la habitación, mientras los demás compañeros jugaban en el gran jardín. Para Denise la cosa había sido más fácil. Su castigo sólo era de un día, y se mostró muy arrogante cuando pudo dejar la habitación.

Sin embargo, su arrogancia desapareció bien pronto al verse entre sus compañeros en el gran parque. Todos la recibieron con frialdad. Su mal comportamiento era ya conocido y todos estaban del lado de Puck, Navio y Karen.

Aunque no lo quería admitir, Denise encontraba difícil su estancia en el pensionado. En cada persona hay algo bueno y también en ella lo había, pero todo había ido mal desde el principio. En la mansión de su padre ella era el centro de toda atención. Siendo hija única, con un padre millonario, entre sus amistades sus palabras eran ley. Pero, por extraño que parezca, este hecho no la había estropeado.

Lo que pasaba era otra cosa.

Pero lo que fuera esa otra causa, Denise no la sabía con certeza. Sólo tenía un presentimiento. Un día había entrado inesperadamente en el salón de su casa, donde sus padres estaban enfrascados en seria conversación. Había escuchado unas palabras de su padre: «Debemos sacarla de aquí de inmediato... Lo mejor será mandarla a Dinamarca...»

Cuando su padre la vio, con un rápido movimiento escondió una

carta que llevaba en la mano.

Al día siguiente llegaron dos hombres fuertes y callados, que le seguían a cada paso. Le prohibieron abandonar la casa e incluso le fue prohibido celebrar fiestas.

Denise no había comprendido nada, pero casi tuvo un ataque de nervios cuando, un par de días más tarde, su padre declaró que él y su madre iban a hacer un viaje alrededor del mundo y que ella sería enviada a un pensionado de Dinamarca. Al preguntar por qué no podía ir con ellos de viaje, el padre había contestado, serio: «Un viaje así puede resultar peligroso.»

Y eso no había aclarado mucho las cosas para Denise. En uno de los aviones particulares de su padre, Denise había ido a Copenhague. Allí, un lujoso coche la esperaba para llevarla al pensionado de Egeborg. Al lado del coche se había sentado un hombre grandote, que se parecía mucho a aquellos que la habían acompañado en Bruselas. ¿Qué ocurría? ¿Qué era todo aquello?

Denise se hizo la misma pregunta muchas veces y le ponía nerviosa no encontrar respuesta. También le irritaba haber sido separada de sus padres y enviada, sin más, a la patria de su madre, donde nunca había estado antes.

Su mal comportamiento en el pensionado era resultado de todo aquello. Se sentía abandonada por todo el mundo, y quiso vengarse portándose con insolencia frente a todos los que la rodeaban. Dinamarca, a pesar de ser la patria de su madre, era para ella un país desconocido; donde no confiaba en nadie. Una y otra vez se preguntaba lo mismo: ¿Por qué? ¿Por qué se habían marchado sus padres y la habían enviado a Dinamarca? No era por el idioma, porque lo hablaba casi a la perfección. Debía haber otra razón, pero, ¿cuál? Odiaba aquel país..., y a todo el mundo.

Como ningún compañero se acercó a ella en el jardín, se fue sola hacia la carretera. Quería dar un paseo por el bosque, donde al menos no se pelearía con nadie. Al llegar a los viveros se encontró con el profesor Strandvold, que le preguntó, amable:

— ¡Hola, Denise! ¿A dónde vas?

— Al bosque — contestó ella con sequedad.

— No —dijo el profesor meneando la cabeza—. No puedes ir al bosque. Es muy grande y puedes perderte. No conoces bien este lugar. Es mejor que regreses al colegio.

— No.

— ¿Qué dices? — exclamó Strandvold, asombrado —. Aquí los alumnos deben regirse por las órdenes que dan los profesores.

— ¿Ya mí, qué? — declaró la muchacha impertinente —. Es mi hora libre y hago lo que me place.

El profesor Strandvold se quedó perplejo. El director Frank había dado órdenes estrictas de que Denise Marcel no podía abandonar el colegio sola bajo ningún concepto. La razón de tal orden no la conocía el profesor. Sin embargo, el director no solía darlas sin tener poderosas razones para ello. ¿Qué podía hacer? ¿Llevar la muchacha a la fuerza?

Durante un instante pensó en hacerlo, luego cambió de opinión, y decidió ir en busca del director. Cuando Denise prosiguió su camino, se limitó a encogerse de hombros y se marchó hacia el edificio principal.

La díscola muchacha se quedó un momento mirando en derredor. Como no conocía el lugar, dudaba hacia dónde ir. Finalmente se fue en dirección al Bosque del Oeste, por el camino que cruzaba ante la casa del guarda forestal.

Hacía un tiempo maravilloso. Denise respiraba el aire puro y contemplaba con ojos brillantes cuanto le rodeaba. No estaba acostumbrada a la Naturaleza. Le parecía vivir una nueva aventura a cada paso, y durante un rato se olvidó de sus contratiempos y de su mal humor.

Al llegar a la casa del guardabosques un hermoso «cocker-spaniel», de color castaño, salió a su encuentro. Saltaba alegre, ladrando a su alrededor.

Cuando el animal se enderezó sobre sus patas traseras, Denise, llena de miedo, extendió su mano para acariciarlo.

— No tenga miedo, hijita — sonó una alegre voz a sus espaldas —: El «cocker-spaniel» es el animal más cariñoso de la tierra. Le gusta ser acariciado.

Un hombre de cierta edad había salido de la casa y contemplaba, sonriente a la muchacha y al perro. Era el señor Bang, el guarda forestal.

— ¿Quién eres tú?

Denise se lo explicó, mientras seguía jugando con el perro.

— Sí, el pensionado de Egeborg es un buen lugar... — comentó

el guardabosques —. El profesorado es estupendo y también los alumnos... Estarás muy bien.

— Pues no lo estoy.

El buen humor de Denise había desaparecido.

— ¡No aguanto ese campo de concentración, y no tardaré mucho en volver a mi casa!

— Me parece haber oído esa canción en otras ocasiones —sonrió el señor Bang —, pero a las pocas semanas la cosa cambia. Yo no fui nunca a un pensionado, pero comprendo que debe de ser muy difícil adaptarse a una nueva vida, sobre todo si se es extranjera y hay que hacer nuevas amistades.

— Yo no encontraré ninguna amistad en ese asqueroso colegio — declaró Denise rabiosa —. Todos me odian.

— No digas eso, amiguita —sonrió el guardabosques—. Ya verás como dentro de un par de semanas...

De pronto se calló y retrocedió hasta la cuneta al ver un gran coche americano que se acercaba lentamente. Denise y el perro siguieron su ejemplo.

En el asiento delantero iban dos hombres vestidos con tan poca elegancia que contrastaban con el lujoso coche.

Al pasar, los hombres saludaron con un gesto de mano. El señor Bang contestó mecánicamente a su saludo, pero Denise se quedó como petrificada. Dejó de acariciar el perro mientras miraba al coche que desaparecía en dirección al pantano.

—¿Conoce usted a esos hombres? —preguntó la muchacha con voz insegura.

— Pues, no... —dijo el señor Bang, rascándose el cogote—. No los había visto nunca... Pero, ¿qué te pasa? Te veo muy rara. ¿Los conoces tú acaso?

— No, creo que no... No obstante...

—No obstante, ¿qué?

— Me miraron con ojos malévolos.

— ¿Con ojos malévolos? —preguntó, extrañado, el guarda—. ¿No crees que tu imaginación anda demasiado suelta? ¿Por qué iban a hacerlo si no les conoces? Deben de ser un par de pacíficos turistas que van a visitar las ruinas o las excavaciones arqueológicas... o simplemente van a dar un paseo alrededor del lago Ege.

— Puede ser... —aceptó Denise, encogiéndose de hombros.

El señor Bang la miró un rato en silencio y llegó a la conclusión de que Denise era una muchacha extraña. Era muy guapa y vestía como una princesa; no obstante, su aversión al colegio no era normal. Había demasiado odio en sus palabras, e incluso había visto una mirada de terror en sus ojos al pasar los dos hombres en el coche. ¿Qué habría tras todo aquello?

El simpático guarda forestal no era un psicólogo precisamente, pero no hacía falta serlo para darse cuenta de que la muchacha belga había sentido algo que la horrorizaba. Sus movimientos al acariciar al perro eran ya mecánicos y sólo contestaba con monosílabos. Finalmente, la conversación cesó.

— ¿Quieres un poco de fruta para el camino? —preguntó Bang, para animarla.

—No me gusta la fruta.

— ¿Ni siquiera unas uvas del invernadero?

— No.

— Bueno, bueno... ¿Piensas regresar al colegio ahora?

— De momento, no —dijo la muchacha, y preguntó—: ¿Habló usted de unas ruinas cerca del pantano?

— Sí.

— Me gustan mucho las viejas ruinas. Voy a verlas. ¡Adiós!

— ¿No crees que sería mejor volver al colegio?

— Yo voy donde me place — contestó con sequedad y sin decir más Denise se fue hacia el pantano.

El guardabosques, preocupado, la vio alejarse. «Qué chica tan extraña —pensó mientras se rascaba el cogote—, Al principio estaba tan amable y encantadora y, de pronto, su comportamiento ha sido insolente. A pesar de haberlo negado, quizá conoce a esos hombres del coche americano. No, no era posible. A juzgar por su ropa, es evidente que no pertenecen a la misma clase social que Denise. Hay algo misterioso en todo esto —concluyó para sí el buen hombre. »La muchacha se ha ido en la misma dirección que el coche —continuó pensando el señor Bang—. ¿Y si le amenaza algún peligro?».

Y al no poder explicarse la razón, se sintió intranquilo. Finalmente se decidió. Como de todos modos tenía que salir a hacer su ruta de inspección, podía pasar por el pantano. Fue en busca de su carabina y llamó al perro.

Poco después caminaba con pasos apresurados mientras su «cocker-spaniel» saltaba alrededor de él. ¿Dónde estaría la chica?

El señor Bang miró por todos lados; pero no había ni rastro de la muchacha. Quizá había cruzado el bosque hacia el norte del pantano para ir al pequeño promontorio. Podían verse las ruinas desde donde estaba, pero no había nadie por allá. Todo era paz y tranquilidad.

A su derecha tenía el lago Ege, donde la isla del Caballero Volmer parecía nadar sobre su superficie brillante. Al otro lado se elevaban las pendientes pobladas de árboles por encima de la «Granja del Este». A su izquierda estaba el sombrío Bosque del Oeste, poco transitable en algunas zonas, donde era fácil que un forastero se perdiese. ¿Habría cruzado la muchacha el Bosque del Oeste?

Sólo de pensar en ello el guardabosques se puso nervioso. Como no sabía nada de lo ocurrido, encontraba extraño que el normalmente cauteloso director Frank hubiera dado permiso a una alumna nueva para vagar sola por el bosque. Sobre todo a una chica que parecía desconocer el país.

Cuando el guarda forestal llegaba cerca de la carretera, al lado derecho de las ruinas, su perro que se le había adelantado, y empezó a ladrar. Instintivamente, Bang apresuró sus pasos.

Al llegar a la curva le esperaba una sorpresa. Un poco más adelante estaba parado el gran coche americano y los dos hombres estaban haciendo algo extraño al borde de unos matorrales, a la derecha de la carretera.

Bang empezó a correr hacia aquel lugar mientras el perro se le adelantaba ladrando. Los desconocidos, al darse cuenta de que el guardabosques se acercaba, estuvieron a punto de subir al coche y huir, pero al verlo tan cerca y armado con su carabina parecieron cambiar de idea.

—¡Hola! — saludó uno de ellos —. Qué suerte que haya venido usted. Ha ocurrido un accidente.

— ¿Qué ha pasado? —preguntó Bang jadeante por la carrera.

El hombre señaló hacia la cuneta donde Denise yacía inerte con los ojos cerrados. Un hilo de sangre corría por su sien.

— Pasábamos por aquí — dijo el otro forastero con sequedad—, y de pronto vimos a esa chiquilla. ¿No es la misma que estaba con

usted hace poco?

— Sí... Pero, ¿qué le ha ocurrido? —exclamó el señor Bang asustado—. Se ha dado un buen golpe en la frente. Está inconsciente.

Se inclinó sobre la muchacha mientras el desconocido decía.

— Celebro que haya llegado usted, pues tenemos mucha prisa. Debemos asistir a una reunión muy importante en Oesterby dentro de unos minutos.

Bang se levantó y gruñó:

— Debemos llevar a la chica en el coche. Iré con ustedes. Tiene que verla un médico.

— No tenemos tiempo —insistió el desconocido—. Al llegar a Oesterby pediremos ayuda.

Los dos hombres subieron rápidamente al coche y se marcharon sin que el guarda lograra detenerlos. Instintivamente Bang levantó el puño con un gesto amenazador. Se inclinó de nuevo sobre la muchacha y comprobó que sólo estaba desmayada.

«¿Cómo se habrá podido golpear así? No hay piedras alrededor. Probablemente — se dijo Bang —, ha sido alcanzada por el coche de esos brutales conductores, y tenían miedo de enfrentarse con sus responsabilidades... Ésta es la única explicación.

El guardabosques levantó a Denise con muchísimo cuidado y empezó el regreso a su casa llevando a la muchacha en brazos. Estaba rabioso contra personas tan irresponsables como aquellos dos automovilistas.



Cuando el profesor Strandvold entró en la oficina del director y le contó lo ocurrido con Denise, éste se intranquilizó.

Tras la llegada de la muchacha al colegio se ocultaba un horrible secreto que sólo conocían él y su mujer.

Durante una conferencia telefónica con Bruselas, el director Frank había tenido que prometer solemnemente no dejar que Denise, bajo ningún pretexto, saliese sola de los límites del pensionado... Y la chica, a pesar de las prohibiciones, se había ido.

— ¿Hacia dónde iba? —preguntó el director.

— No lo sé. Yo sólo pensé en venir a comunicárselo a usted. No podía traer a la chica a la fuerza, ¿verdad?

— Sí, debía haberlo hecho — dijo el director con las cejas fruncidas —. Sin embargo, usted no podía saberlo...

Vaciló antes de continuar:

— Reúna a los alumnos mayores, chicos y chicas, y mándelos a buscarla en grupos de a cuatro. Tenemos que registrar los alrededores del lago Soender, la arboleda y los bosques alrededor del lago Ege. Hay que encontrar a Denise la antes posible.

— Está bien — contestó Strandvold y salió corriendo.

Diez minutos más tarde se inició la gran búsqueda. Como los alumnos conocían cada lugar y cada escondite de toda la comarca como la palma de su mano, las posibilidades de encontrar a la desaparecida eran grandes.

El grupo de Merete tomó el camino del pantano. Cuando habían pasado ya la casa del guarda forestal, vieron a éste venir hacia ellas con su carga en brazos. Merete preguntó rápida y con voz temblorosa:

— ¿Está... está muerta?

— Desmayada — contestó Bang —. Debemos buscar ayuda, y pronto.

Merete se volvió hacia Gitte Poulsen, que iba en su grupo, y le ordenó:

— Corre, Gitte. Tú eres la más rápida de todas nosotras. Ve al colegio y cuéntale al director lo ocurrido. Que mande el coche o decida lo que hemos de hacer... Pero, ¡apresúrate, por favor!

Gitte salió como una flecha. Media hora más tarde, Denise estaba en la enfermería del pensionado. El director la había ido a buscar en su coche y, en aquellos momentos, el médico de Oesterby

estaba inclinado sobre ella, examinándola.

Denise había recobrado el conocimiento, pero estaba muy confusa. El médico le hizo varias preguntas en tono bajo y tranquilizador, pero ella movía la cabeza y contestaba sin ton ni son, mientras gemía.

El director y su esposa estaban al lado del médico, con caras serias.

—¿Cómo ocurrió, Denise? —preguntó el médico amable.

—Me... Me caí.

—¿Resbalaste?

—Me caí..., pero no recuerdo cómo... no recuerdo nada...

—Hablaste en el camino con el guarda forestal, ¿verdad?

—Sí... Y con su perro...

—Y luego, ¿qué ocurrió?

—Pues luego..., seguí andando, creo... Sí, seguí mi camino y..., creo que me caí... Pero no recuerdo nada más.

El médico se quedó un momento contemplando a la i muchacha. Luego llamó aparte al director y le dijo en voz baja:

—No hay duda. Denise ha sufrido una conmoción, y... es triste tener que decirlo, pero también sufre amnesia.

* * *

El director Frank era hombre de sangre fría, que solía afrontar los problemas con tranquilidad. Sin embargo, las palabras del médico le pusieron nervioso. Repitió mecánicamente:

—¿Amnesia? ¿Es grave?

El médico se encogió de hombros:

—No necesariamente, señor Frank. La amnesia aparece en muchos casos de conmoción, pero eso no quiere decir que sea grave. No obstante me parece que el accidente de Denise es un tanto misterioso. Creo que debe usted informar a la Brigada Criminal. Quisiera conocer la identidad de esos dos automovilistas que nombró el guardabosques.

—Yo también, doctor; pero ciertas circunstancias que trajeron a Denise a este pensionado son tan especiales que, por el momento, preferiría evitar la publicidad. No puedo informar a la policía antes de tener el permiso de sus padres. ¿Necesito decirle más, doctor?



—Pues, no — contestó el médico algo molesto —. Comprendo una indirecta...

—¿Debe quedarse Denise en la enfermería?

—Sí, si puede tener alguien a su lado las veinticuatro horas del día. También necesita un silencio absoluto... pero, dígame, ¿son sensatas las muchachas de su habitación?

—Sí — dijo el director vacilante, pensando en el reciente escándalo ocurrido en el «Trébol de Cuatro Hojas».

—Pues en tal caso, pueden llevarla a su habitación. Será más fácil que la cuiden allí. Si se pone peor, avíseme en seguida. Si no, nos veremos mañana.

Y así, Denise fue llevada a su propia cama en el «Trébol de Cuatro Hojas». La señora Frank había tenido una conversación seria con las tres muchachas, y éstas habían prometido solemnemente cuidar a la enferma. Todos los viejos rencores habían sido olvidados y, tanto el director como su mujer, confiaban plenamente en el compañerismo de Puck, Karen y Navio.

Al director le daba que pensar todo aquello. Tenía la horrible sospecha de que Denise había estado a punto de ser víctima del mismo delito de que la había amenazado en Bélgica. Era tan terrible que el director no se atrevía ni a pensarlo.

Después de meditarlo un buen rato, hizo llamar a Puck y, muy serio, le dijo:

— Confío plenamente en vosotras. Espero que sabréis cuidar a Denise.

— Puede estar tranquilo, señor — contestó Puck —. La cuidaremos como si estuviera en un hospital. Nos turnaremos para hacer guardia al lado de su cama... Pero... ¡Ejem!... También tenemos que pensar en la carrera de orientación.

— Bien, sí... La carrera de orientación —contestó distraído el director—, Naturalmente, debéis pensar en ello; pero puedes

decirles a Karen y a Lise que por el momento quedáis libres en cuanto a las clases.

— ¡Estupendo! —exclamó Puck instintivamente.

El director Frank sonrió:

— Pensé que os gustaría. No se puede ser enfermeras, entrenarse para la carrera de orientación y al mismo tiempo estudiar...

Vaciló antes de continuar:

— Hay otra cosa que quiero decirte, Bente. Como he prometido callar, no puedo revelarte las razones que han motivado la inscripción de Denise en este colegio, pero hay algo misterioso en su reciente accidente que no puedo denunciar a la policía. Por eso te agradecería mucho que te hicieras cargo del caso. Mas de una vez has demostrado ser toda una detective, y supongo que no has perdido facultades con el tiempo.

— Pues —Puck se sonrojó—, en realidad no he hecho gran cosa.

— No vamos a discutirlo, Bente. Quiero que hables con el guardabosques. Seguramente puede contarte algo más de lo que sabemos. Quizás logres descubrir algún detalle importante; pero te pido absoluta discreción. Será un asunto entre tú y yo. Bajo ninguna circunstancias debes correr peligro. Si piensas que hay el más pequeño riesgo, vienes enseguida a decírmelo. ¿De acuerdo?

— Pues, sí... —vaciló Puck—, pero ¿qué pasará si Karen y Navio tienen que ayudarme? ¿No puedo decirles nada tampoco a ellas?

— Lo siento, Bente. Hasta nuevo aviso, este asunto debe quedar entre nosotros.

— Está bien — dijo Puck contrariada.

La muchacha no estaba de muy buen humor cuando abandonó el despacho del director. Su misión era emocionante; pero le desagradaba la idea de que sus dos mejores amigas no pudieran participar en su secreto. Ojalá aquello no fuera causa de nuevos problemas en el «Trébol de Cuatro Hojas».

Un momento después, Puck entró sigilosamente en su habitación. Encontró a sus amigas inclinadas sobre sus libros de texto. Denise dormía tranquilamente y Puck preguntó en voz baja:

—¿Cómo está?

—Bien —contestó Navio—. Está roncando. Al menos, mientras lo hace no puede armar camorra. Hablamos con ella hace un momento, pero no se acuerda de nada. ¿Crees que está fingiendo?

—No. Sufre amnesia debido a la conmoción. Tenemos que cuidarla bien.

— Claro...

—Hay otra cosa —sonrió Puck—. Hasta nuevo aviso, quedamos dispensadas de ir a clase.

Navio estuvo a punto de lanzar un chillido de entusiasmo, pero miró a Denise y logró ahogarlo. Cerró ostensiblemente su libro y Karen siguió su ejemplo a continuación.

— Tenemos que vigilarla de dos en dos —dijo Puck—. Denise puede empeorar y entonces habrá que avisar al médico. Vosotras haréis la guardia durante las próximas horas, porque yo tengo que hacer un recado.



—¿A dónde vas? —preguntó Navio curiosa.

— Tengo algo que hacer —dijo Puck evasiva—. Hablaremos más tarde de ello.

— ¿Por qué tanto misterio? — preguntó extrañada—. No solemos tener secretos las unas para las otras.

Puck tardó en contestar. Comprendía que la situación era delicada. Había prometido al director mantener la boca cerrada. Y para evitar alguna indiscreción dijo rápida:

— Nos veremos más tarde, chicas... ¡Hasta la vista!

Y salió corriendo. Karen miró a Navio y preguntó enfadada:

— ¿Qué mosca le habrá picado? Nunca ha habido secretos en el «Trébol de Cuatro Hojas». Además, se larga y nos deja de enfermeras por las buenas.

— Debe de estar metida en algo formidablemente palpitante — opinó Navio.

— ¡Tú y tus «formidablemente palpitante»! —gruñó Karen, que estaba de muy mal humor—. No está bien hacernos esto.

— Olvídalo — dijo Navio —. De momento, debemos sentirnos felices por no tener que estudiar.

Karen no contestó. Se sentó al lado de la ventana y miró al exterior con cara sombría. Los rayos del sol poniente encendían su cabello rojizo y hacían más visibles sus innumerables pecas. Navio dijo, burlona:

— Una peca más y serás mulata.

— Cállate —contestó Karen rabiosa.

Puck tenía razón en sus presentimientos. El buen ambiente del «Trébol de Cuatro Hojas» peligraba.



Puck montó rápidamente en su bicicleta y se lanzó en dirección a la casa del guardabosques. El señor Bang estaba en casa y la saludó con amabilidad.

— ¡Hola, Puck! ¡Cuánto tiempo sin verte! Tenéis mucho que estudiar, ¿verdad?

— Sí — contestó Puck distraída, mientras acariciaba al perro, que saltaba a su alrededor.

— ¿Cómo sigue vuestra amiga enferma?

— Se encuentra mejor, gracias —contestó la muchacha y luego explicó el motivo de su visita.

Bang quedó pensativo.

— Ya me decía yo que algo misterioso estaba pasando — dijo al fin—. ¿Puedo ayudarte en algo?

— Me gustaría ver el lugar donde estaba estacionado el coche y donde encontró usted a Denise.

— De acuerdo. Vamos dando un paseo.

Un cuarto de hora después habían llegado al lugar del suceso. El guardabosques señaló el sitio justo donde había encontrado a Denise inconsciente, y explicó con cierto orgullo:

— Yo no soy detective; pero ya decía yo que Denise no podía recibir un golpe así sólo por caerse. Además, no hay piedras por aquí.

— Al encontrarla usted, ¿cómo yacía Denise? ¿Boca arriba?

— Pues, sí. Tenía los ojos cerrados. Estoy seguro de que el coche ese la atropelló y luego sus conductores iban a darse a la fuga.

— Ya — dijo Puck escéptica —. Denise fue alcanzada por algo duro sólo en la frente... ahora explíqueme usted cómo un turismo puede atropellarla así, sin producirle otras magulladuras en el cuerpo.

— Con la flecha indicadora de dirección — propuso Bang.

— No diga eso — interrumpió Puck —. No he visto ningún coche americano que lleve actualmente flechas indicadoras. Hoy en día los coches modernos llevan pilotos rojos con luz intermitente, para indicar los cambios de dirección. Me atrevo a apostar a que Denise no fue atropellada por el coche. Hubiera sido herida en algún otro sitio también: en el hombro o la cadera o... Bueno, por lo menos no sólo en la frente.

— Pues, entonces ¿qué pudo ocurrir?

—Es lo que debemos averiguar — contestó Puck evasiva —. Todo esto parece muy misterioso.

Sin embargo, Puck tenía la sensación de que no había tal misterio. Denise había sido encontrada boca arriba sobre la hierba con una herida en la frente; lo más natural era pensar que había sido golpeada por los dos hombres, fuera del auto. Solo quedaba una pregunta: ¿Por qué motivo habían pegado a Denise?

Era evidente que el señor Bang les había interrumpido al llegar corriendo con su carabina. Tampoco había duda respecto a las malas intenciones de los dos desconocidos; en caso contrario, hubieran llevado a Denise al médico de Oesterby. La excusa de que tenían una reunión urgente no era válida pues, aunque la hubieran llevado en el coche a la chica, igualmente hubieran llegado pronto a Oesterby.



—¿Se fijó usted en la matrícula? —preguntó Puck.

—No, lo siento; pero no me fijé demasiado — admitió el guarda forestal, abatido—. Sólo recuerdo que las letras de la matrícula eran KB, igual que mis propias iniciales. ¿Es importante para ti saber el número?

—Bastante.

—Esos hombres tenían una reunión en Oesterby — informó Bang.

—Sí, según ellos —sonrió Puck—; pero puede estar usted seguro de que ni han puesto sus pies en Oesterby. Sospecho que esos tipos tienen intenciones delictivas, y no es fácil que den pistas sobre su paradero.

El buen guardabosques meneó la cabeza.

—Pero, Puck... ¿Crees de veras que se trata de un par de criminales?

—El tiempo lo dirá — profetizó la muchacha pensativa.

Cuando, veinte minutos más tarde, Puck se despidió del señor Bang y emprendió el regreso al colegio, se sintió segura de una cosa: Denise Marcel había sido víctima de un atentado criminal. Y eso era quizá sólo el principio de algo mucho, mucho peor.

* * *

Media hora después de haberse marchado Puck, Denise despertó. Durante un momento miró confusa el techo y luego la habitación, para terminar preguntando en voz baja.

—¿Qué hago yo aquí?

—Te caíste esta tarde y te golpeaste en la cabeza —informó Navio— ¿Quieres algo? ¿Agua con hielo, quizá?

—¿Me caí? —preguntó Denise que parecía no haber escuchado la última pregunta de Navio—. Bueno... Sí... Naturalmente; me caí..., pero... No recuerdo nada. ¿Qué pasó luego?

—No tengo ni idea — admitió Navio intercambiando una rápida mirada con Karen —. Necesitas descanso. ¿Te encuentras bien?

—Me duele la cabeza.

—Sí, es fácil cuando uno se golpea así. ¿De veras no recuerdas nada de lo que ocurrió después de tu caída?

—Nada en absoluto.

—¡Hum! — dijo Navio escéptica. Luego añadió —: ¿Quieres un vaso de agua con hielo, o quizá un poco de fruta?

—Ambas cosas... Gracias.

Navio la miró, pasmada. Era la primera vez que había oído a Denise dar las gracias. Karen, aunque seguía enfadada, tuvo la sensación de que debía hacer algo ella también.

Voy a la cocina a buscar el agua. Quédate aquí mientras tanto, Navio.

Cuando Karen volvía a su habitación con el agua y la fruta, casi tropezó con Puck, que en aquel momento salía del despacho del director.

—¡Hola! — saludó Puck alegre —. ¿Cómo sigue nuestra enferma?

—Despertó hace un momento y pidió algo fresco — contestó su amiga mientras subían juntas las escaleras—. ¿Terminaste con tu misterioso asunto?

—Sí...

—¿De qué has hablado con el director?

Puck intentó no dar importancia al asunto y contestó riendo:

— Vaya curiosidad la tuya, Karen. El señor Frank y yo estuvimos hablando de... Bueno; de varias cosas.

— Si no quieres decir la verdad no tienes más que callarte en vez de mentirme — interrumpió enfadada Karen —. Tu comportamiento esta tarde fue muy hipócrita. Pero por mí puedes hacer lo que te plazca.

— Pero, Karen... —empezó Puck.

— ¡Cállate! No quiero oír más mentiras. Estás obrando a

nuestras espaldas y eso es muy ruin por tu parte...

— ¿Ruín? — repitió Puck.

Karen asintió con desdén.

— ¡Sí! Digo que tu comportamiento es mezquino y Navio me dará la razón. Hemos hablado de ello en tu ausencia.

— ¿Ah, sí? — Puck estaba a punto de perder la paciencia—. Es triste saber que alguien habla mal de una, pero si eso os gusta a Navio y a ti, por mí podéis hacerlo. Me da igual, ¿comprendes?

— Sí, comprendo. Tú también nos das igual...

Sosteniendo la bandeja con la mano derecha, Karen abrió la puerta con la izquierda. Puck iba a entrar detrás de ella, pero la puerta le fue cerrada tan inesperadamente que casi le dio en la cara.

* * *

Durante un par de segundos, Puck quedó como paralizada por el desprecio de su amiga. No hubiera pensado nunca que Karen fuese capaz de cerrarle la puerta en sus mismas narices. Sintió una ola de rabia invadir su cuerpo y estuvo a punto de entrar en el «Trébol de Cuatro Hojas» para pedir explicaciones a Karen... e incluso a Navio.

Pero lo pensó mejor y dio media vuelta para bajar las escaleras. Salió del edificio y cruzó la explanada en dirección al lago.

Se sentó en uno de los bancos y se puso a contemplar el agua mientras sus pensamientos giraban en torno a Karen. Puck era lo bastante honrada para admitir que la actitud de su amiga no era de extrañar.

Las muchachas del «Trébol de Cuatro Hojas» nunca habían tenido secretos entre ellas.

Pero, tal como estaban las cosas, no podía explicar nada sin faltat a la solemne promesa que hizo al director Frank.

Todo hubiera sido mucho más fácil con Inger entre ellas. Con su temperamento tranquilo y pacífico, solía arreglar los problemas más difíciles, pero ella se encontraba en Inglaterra... Y la verdad era que su presencia hacía mucha falta en el «Trébol de Cuatro Hojas».

Puck se sobresaltó al oír una alegre voz a sus espaldas:

— ¡Hola, angelito! ¿Interrumpo tus bellos sueños?

Era Alboroto, que había llegado sin hacer ruido, seguido de su inseparable amigo Cavador. Los dos revoltosos muchachos se sentaron a su lado y pronto Puck se sintió más animada.

— Vaya manera de saludar a la gente. ¿Queréis que me muera

de un susto?

— Te estaba buscando, angelito —contestó Alboroto— Sabes que Strandvold ya formó los grupos para la carrera de orientación?

— No.

— Sí, y tú has tenido suerte: vas a correr conmigo.

— ¡No me digas!

— Te lo aseguro —declaró Alboroto—. Por un lado es injusto, porque si corres conmigo, vas a ser la primera entre las chicas. No encontrarás mejor compañero que yo.

— ¡Eres tan modesto!... —rió Puck—. ¿Quién correrá contigo, Cavador?

— Dorthé Hagen —contestó Alboroto—. Tú y yo no tenemos por qué preocuparnos. Sigues entrenándote, ¿verdad?

— Muy poco.

— Tendrás que esforzarte más, amiga mía.

—¿Para qué? —rió Puck burlona—. Si somos tan superdotados...

— ¡Ja, ja! —rió Cavador—. Uno a cero a favor de Puck.

— Querido Cavador — dijo Alboroto con fingida severidad—. Tienes tendencia a hacer ruido en los lugares menos propicios. Por mí, Puck no necesita entrenarse en absoluto. Ya me encargaré yo de que gane.

— ¿Apostamos algo? —provocó Cavador—. Un helado en la pastelería del señor Bose.

— Acepto. Pero de aquellos de corona y media... y nada de pedirme dinero prestado para pagar, si pierdes.

— Como pagarás tú, no habrá problema.

Los dos amigos siguieron discutiendo y Puck se levantó.

— Ya os he aguantado bastante... —dijo alegre—. Me voy. Hasta luego.



Los muchachos estaban tan enfrascados en su discusión sobre los

helados que apenas notaron que su amiga se iba. Puck se alegró de ello. Apreciaba mucho a ambos, pero a veces resultaban un poco pesados.

La muchacha se fue paseando hasta los viveros y allí tuvo una larga conversación con su buen amigo el jardinero Phil, que estaba trabajando con sus queridas plantas en uno de los invernaderos.

Al final, Puck creyó haber recobrado la tranquilidad y regresó al «Trébol de Cuatro Hojas». La luz estaba apagada y, tanto Karen como Navio se habían acostado ya. Denise y Navio dormían; pero al leve resplandor de la luz de la cama de Denise vio que Karen estaba con los ojos abiertos.

Puck se metió en la cama y dijo, amable:

— Buenas noches, Karen.

No hubo respuesta. Con un suspiro, Puck se volvió hacia pared. Tardó mucho en dormirse.

* * *

A la mañana siguiente todo fue extraño para las muchachas del «Trébol de Cuatro Hojas». La señorita Holm no las despertó como cada día con su: «¡Arriba, chicas!». Navio estaba encantada; pero Karen seguía enfadada y de mal genio. Cuando sus amigas le hablaban, contestaba con monosílabos, si contestaba.

Denise estaba despierta en su cama, pero parecía no interesarle lo que ocurría a su alrededor.

— ¿Quieres que te suba el desayuno, Denise? —preguntó Puck, amable.

— No tengo hambre.

— ¿Un huevo pasado por agua, al menos?

— No.

— Si no comes, no te curarás nunca, Denise. No quiero ser responsable de tu muerte.

— No te preocupes por mí. No me queda mucho tiempo de vida.

— ¡No digas tonterías! Pronto sanarás y entonces podrás contarnos lo que ocurrió.

— Es que no lo recuerdo... ¡De veras!... ¿Por qué seguís preguntando y preguntando sin parar?

— Pero, ¡si no te hemos preguntado nada!

— ¡Cállate!

Puck renunció con un suspiro. Karen, sin decir palabra,

abandonó la habitación dando un portazo de forma muy ostensible. Desde la cama, Denise dijo con rabia:

— ¡Dejad de hacer ruido!... ¡Me duele la cabeza!

— Pronto vendrá el médico — dijo Puck en voz baja.

— Yo no quiero ningún médico. No puede hacer nada por mí. ¿Lo mandó mi padre?

— ¿Tu padre? — preguntó Puck, sorprendida.

Denise no contestó. Se volvió hacia la pared y sus dos compañeras intercambiaron una mirada muy significativa, pero no dijeron nada.

Puck hubiera deseado hacerle varias preguntas a Navio. Le dolía que Karen estuviera tan enfadada. Se fue hasta la ventana y se puso a contemplar el jardín.

Puck volvió la cabeza al oír la respiración regular de Denise. Se había quedado dormida otra vez. También Puck tenía ganas de dormir un par de horas, después de haber pasado la noche en vela, en parte a causa de su pelea con Karen y en parte porque su vigilancia de la enferma sólo le había permitido dormir a medias.

— ¿Qué te parece todo esto? — dijo Navio en voz baja —. ¿No crees que está fingiendo?

— No. Creo que su amnesia es auténtica.

— ¡Ya! Y, ¿cuánto tiempo dura una amnesia?

— No lo sé con seguridad, pero puede durar desde un día hasta... no sé cuántos. El caso de Denise es algo especial. Se acuerda de todo hasta el momento de caerse y también de todo lo ocurrido después de despertar en la enfermería, es muy extraño.

Durante un momento Puck sintió deseos de hablar con Navio sobre Karen, pero cambió de idea y preguntó: ¿Tienes hambre?

— ¡Más que un lobo!

— Baja a desayunar. Aunque nos hayan dicho que debemos quedarnos dos de guardia, no ocurrirá nada. Karen no puede tardar.

— Está bien. Hasta luego.

Y Navio salió disparada hacia el comedor. Puck se sentó en el único sillón del cuarto, sumergida de nuevo en sus tristes pensamientos. El sol brillaba y un par de insectos zumbaban en la ventana. Puck empezó a dar cabezadas. Se sentía enormemente cansada. Luchó en vano contra el sueño, pero no tardó en quedarse dormida...

Un ruido la despertó sobresaltada. Movi6 la cabeza de un lado a otro confusa. ¿D6nde estaba? Se habfa quedado dormida... Pero, ¿cuánto tiempo? ¿Por qué estaba sola en la habitaci6n?

De pronto record6 y salt6 del sill6n dando un grito. La cama de Denise estaba vacfa. La chica habfa desaparecido.

* * *

Puck se asust6. Durante un momento se qued6 paralizada. Su cerebro s6lo parecfa capaz de girar sobre el mismo pensamiento: ¡Lo ocurrido era horrible!

Pero no tard6 en reaccionar. Habfa que encontrar a Denise, y pronto. ¿Qu6 dirfa el director Frank al enterarse de que habfan cuidado tan mal a la enferma?

Puck comprob6 rfpidamente que el camis6n de Denise estaba sobre su cama deshecha, y sac6 la conclusi6n de que la chica debfa haberse vestido con pantalones y jersey. Quizá s6lo habfa bajado a desayunar.

Puck baj6 corriendo y entr6 en el comedor. Allf estaba Navio sola, a punto de terminar su desayuno.

— ¿Has visto a Denise? —pregunt6 Puck, jadeante.

— Está durmiendo en la habitaci6n, ¿no? —pregunt6 Navio extrañada.

— Ha desaparecido. Me quedé dormida y, entretanto, se ha marchado.

— ¡Oh, no! — exclam6 Navio asustada.

Pero Puck le interrumpi6:

— Tenemos que apresurarnos. ¿D6nde está Karen?

— No lo sé. Ya no estaba aquf cuando llegué.

— Bueno, da igual. Busca al director y cuéntale lo ocurrido; yo no tengo tiempo. Voy a buscar a esa chica.

— ¿D6nde piensas encontrarla?

— Tengo una sospecha... Pero, ¡apresúrate a encontrar al director!

Como una centella, Puck sali6 a la explanada y continu6 hacia la carretera en direcci6n al Bosque del Oeste. Si su sospecha era cierta, Denise, torturada por no acordarse de lo ocurrido, habfa tomado el mismo camino del otro dfa. Habfa que encontrarla antes..., antes de que pudiera ocurrir una horrible catástrofe.

Aunque el director s6lo le habfa informado a medias, Puck tenfa

una clara idea del peligro que amenazaba a Denise Marcel en Dinamarca.

Pasó corriendo sin parar ante la casa del guardabosques. Iba a tanta velocidad que varias veces estuvo a punto de tropezar, pero apretaba los dientes y seguía corriendo. Nunca había corrido tan rápidamente, a no ser en una prueba atlética. Sentía que su corazón latía con más fuerza, tanto por su excitación como por el cansancio.

—«¡Corre, Puck, corre! —se decía, animándose.

De pronto vio a Denise.

La muchacha caminaba a unos cien metros delante de ella y Puck le gritó jadeando:

— ¡Denise... Denise!... ¡Espera!...

La muchacha volvió la cabeza, vaciló un momento y luego se puso a correr.

— ¡Para, Denise! — gritó Puck de nuevo —. ¡Detente!

Como la chica no obedecía, Puck hizo un último esfuerzo y se lanzó en su persecución. Poco a poco le ganaba terreno. Seguía gritando el nombre de Denise, pero la chica ni siquiera volvía la cabeza, y la caza continuó.

Cuando a Puck le faltaba unos diez metros para alcanzar a la muchacha belga, ocurrió algo terrible. Denise tropezó, lanzó un grito y cayó al suelo. Quedó inmóvil. Puck se acercó e inclinándose sobre ella le preguntó:

— Denise... ¿Te has hecho daño?

La muchacha abrió los ojos y se pasó una mano por la frente, mientras contemplaba perpleja a su compañera de colegio. Luego gimió en voz baja:

— Mi cabeza... Me duele mucho la cabeza.

Puck la ayudó a levantarse y preguntó:

—¿Te has dado otro golpe en la cabeza?

— ¿Otro golpe? —repitió Denise extrañada.

Se quedó un momento inmóvil y luego exclamó casi con alivio:

— Ahora me acuerdo de todo... ¡de todo!

— ¿Qué recuerdas? —preguntó Puck nerviosa.

— A los hombres... A esos horribles hombres que me pegaron en la cabeza...

Puck no se atrevió a interrumpir y Denise añadió:

— Iba paseando por este sendero cuando el coche vino hacia mí

y se detuvo. Dos hombres bajaron y me agarraron. Como opuse resistencia, me pegaron en la cabeza y luego todo se volvió negro. Lo siguiente que recuerdo es al médico, al director y a su mujer en la enfermería del pensionado... Después de eso, me acuerdo de todo también...

Puck la miró asombrada. Era evidente que Denise se había curado de la amnesia.

— ¿Cómo está tu cabeza? —preguntó para decir algo.



—Bien, aunque parece como si algo me golpeará por dentro... Pero, dime, ¿qué haces tú aquí?

Puck se lo explicó y terminó diciendo:

—Tenía tanto miedo por ti que salí corriendo en tu busca.

—¿Todo esto has hecho por mí? —preguntó Denise sorprendida.

—Pues..., claro... Era mi deber.

La muchacha belga pasó de nuevo la mano por su frente y dijo:

—Eres una compañera de primera. Me gustas..., pero..., supongo que no querrás ser amiga mía, ¿verdad?

—¿Por qué no, Denise? —dijo Puck, alegre—. Claro que quiero ser tu amiga..., Karen y Navio también.

—¿Tú crees?

—Seguro. En estos momentos quizá haya ciertas dificultades, pero no durarán mucho. En el «Trébol de Cuatro Mojas» nos avenimos muy bien.

—Tus amigas te llaman Puck, ¿verdad?

—Sí.

—¿Puedo llamarte Puck también?

* * *

Cuando Navio dio la alarma, el director Frank organizó rápidamente la búsqueda. Como la vez anterior, pequeños grupos fueron enviados en todas direcciones para cubrir el territorio.

—Esto se está convirtiendo en una costumbre — declaró Alboroto a Cavador—. Esa belga sabe sembrar el pánico en este colegio.

—Pero entre tanto no hay clases, lo cual es una ventaja — rió Cavador—. Denise es una chica formidable, y le debemos mucho a ese respecto.

Mientras los demás buscaban, Puck regresó con Denise. Iban enlazadas del brazo, y el director Frank suspiró aliviado al verlas. El médico de Oesterby había llegado y, mientras examinaba a Denise, Puck tuvo que dar cuenta de lo ocurrido.

—Debía regañaros a las tres — dijo el señor Frank—, pero voy a olvidarlo porque la encontraste sana y salva. ¿Qué más puedes decirme?

—Puck terminó de explicárselo todo, mientras el director la escuchaba con las cejas fruncidas.

Al final dijo:

—Lo de los dos hombres que asaltaron a Denise debe permanecer como un secreto entre nosotros, Bente. Puedes irte. Tengo que hablar con el médico.

Cuando Puck había salido, el director se reclinó en el respaldo de su silla. Sus dedos tamborileaban sobre la mesa.

—Aquel asunto era muy difícil y peligroso. Después de hablar con el doctor tendría que telegrafiar a los padres de Denise.

Poco después entró el médico, y el director, nervioso, le preguntó:

—¿Cuál es su diagnóstico, doctor?

El médico se sentó en una silla con gesto de duda.

—Es un caso sumamente extraño, señor Frank. La chica se cayó, y al golpearse de nuevo la cabeza volvió a acordarse de lo ocurrido. A pesar de ello, parece que se encuentra muy bien. Creo que dentro de dos o tres días habrá pasado todo; pero debe descansar... Dijo algo sobre dos hombres que la asaltaron y le pegaron en la cabeza.

El director asintió:

—No me extraña. Ahora mismo voy a mandar un telegrama a sus padres. Lo siento, doctor, pero no me está permitido decirle más por el momento.

—¿Sigue usted empeñado en no informar a la Brigada Criminal?

—Sí.

—Bueno, bueno. Eso no me incumbe —dijo el médico, levantándose—. Celebro que Denise haya recobrado la memoria y que dentro de un par de días esté bien del todo. Es mucho más de lo que ya había esperado.

Cuando el médico se hubo marchado, el señor Frank tomó el teléfono.

* * *

El transatlántico de lujo «Ostende» estaba dando la vuelta al mundo. Su próxima escala era Tokio, la capital de Japón.

El matrimonio Marcel se encontraba en su «suite» cuando un camarero les trajo el telegrama. El señor Marcel lo abrió sin gran interés; pero, apenas leyó las primeras palabras, se enderezó y siguió leyendo con las cejas fruncidas.

—¿Qué ocurre, Henri? —preguntó su mujer, intranquila.

Terminó de leer el telegrama y luego se lo tendió.

—Léelo tú misma.

Inquieta, la señora releyó el mensaje. Era del señor Frank, director del pensionado de Egeborg, en Dinamarca, y explicaba en frases breves lo ocurrido desde la llegada de Denise. Pedía instrucciones sobre cómo debía actuar.

La señora Marcel se apoyó en el respaldo del sillón.

—¿Qué vamos a hacer, Henri? Esto es terrible. No hay duda de que han encontrado la pista de Denise.

—No lo hubiera creído posible —dijo el millonario con las cejas fruncidas—. Necesito pensar.

—Hay que hacer algo en seguida, Henri.

—Lo sé —murmuró—. ¡Pobre Denise!

Y se quedó mirando ante sí con cara sombría. Su mujer interrumpió sus pensamientos.

—Ante todo debemos cablegrafiar al director del pensionado para que tome sus precauciones. Luego dejaré el barco en Tokio e iré a buscar a la niña.

—Pero, ¿qué dices?

Ella prosiguió decidida:

—Tú no puedes interrumpir el viaje a causa de tus negocios, pero yo sí. Dentro de tres o cuatro días llegaremos a Tokio, y desde allí puedo ir en avión a Copenhague. Hay vuelo directo. Quiero estar cerca de mi hija. ¡Pobre Denise!

—Claro, naturalmente... —murmuró su marido.

La madre continuó:

—Sacaré a la niña del colegio y luego nos reuniremos de nuevo aquí, en el barco, cuando hagáis escala en Melbourne. En avión llegaremos pronto a Australia. No tendré un momento de tranquilidad hasta que no vea a Denise.

—Es una excelente idea — admitió él.

Sabía muy bien que su hijita corría el riesgo de ser víctima de unos delincuentes.

* * *

Las tres muchachas del «Trébol de Cuatro Hojas» estaban muy contentas por poder dejar su trabajo de enfermeras y dedicarse con más ánimos a entrenarse para la gran carrera de orientación. Karen, además, lo estaba porque, mientras se entrenaba, no veía a Puck.

Aún se sentía molesta. Pensaba que su amiga había traicionado la mutua amistad de forma mezquina. Puck tenía ganas de contarle la verdad, pero había dado su palabra al director Frank... Y una promesa no se puede romper.

Un par de días después, Denise ya se encontraba bien. El médico incluso le había dado permiso para participar en los entrenamientos.

La muchacha se sintió feliz. En Bélgica había practicado varios deportes y estaba en buena forma. Creía que, junto con su compañero, el deportivo Georg, podían obtener un buen puesto en el concurso.

Al director no le gustaba la idea de que Denise participase porque había recibido el siguiente telegrama del padre de la muchacha.

CUIDE BIEN A DENISE. PROCURE QUE NO ESTÉ SOLA EN NINGÚN MOMENTO Y QUE ELLA NO SOSPECHE NADA. MI ESPOSA LLEGARÁ PRONTO A DINAMARCA. TODAS DISPOSICIONES SERAN TOMADAS A SU LLEGADA. PREPARE LA CUENTA DE MI HIJA Y NO MENCIONE ESTE TELEGRAMA A

DENISE. CUIDELA. HENRI MARCEL.

El telegrama le había causado nuevos quebraderos de cabeza al director. Denise no podía andar sola y, al mismo tiempo, no debía sospechar ni ponerse nerviosa. Era difícil cumplir ambas órdenes a la vez. Si Denise tomaba parte en los entrenamientos y en la carrera de orientación, no podrían cuidar de ella en todo momento, y si le prohibía tomar parte, sospecharía en seguida.

Después de considerar los pros y los contras con su esposa, decidió dejar que la chica tomase parte en la carrera con sus compañeros. Era difícil que algo le ocurriese con tantos muchachos en la ruta al mismo tiempo.

El profesor Strandvold había organizado la carrera de orientación de una forma distinta a los años anteriores. Cada grupo estaría formado por un chico y una chica.

Alrededor del lago Ege serían escondidos doce mensajes-clave, en los cuales los participantes, uno tras otro, encontrarían información sobre el lugar donde estaba el siguiente mensaje.

En cada grupo, la chica saldría con tres minutos de ventaja sobre el chico. Luego los tiempos obtenidos serían sumados. Los favoritos, Puck y Alboroto, saldrían en último lugar.

—Esta carrera es nuestra, angelito — se vanaglorió Alboroto.

—¡Hum!

—Ya verás como lo será. Sólo pensar en la apuesta que tengo pendiente con Cavador me hace crecer alas... Supongo que tú tampoco tendrás dificultades, ¿verdad, Puck?

—Así lo espero.

El gordo Svend, presidente de la «Asociación de Alumnos», y Kaj Schultz llamado Caoba, estaban encargados de elegir los escondites para los mensajes-clave. Habían sido elegidos para este menester porque Svend era demasiado gordo para correr de prisa y Caoba demasiado perezoso para dar toda la vuelta al lago Ege.

Una mañana, Svend y Caoba salieron en secreto para buscar los escondites de la ruta. En las últimas carreras de orientación, el primer escondite había sido siempre el cobertizo del guardabosques; pero esta vez los muchachos decidieron buscar uno nuevo.

Optaron por una vieja encina, a unos cincuenta metros al noroeste de la casa del señor Bang. Casi a ras de la tierra, el tronco tenía un agujero donde los dos mensajes, uno para las chicas y otro

para los chicos, cabían perfectamente.

Después de caminar media hora, los dos muchachos se acercaron a unos matorrales al oeste de las ruinas del promontorio.

— ¿Qué te parecen las ruinas como escondite? —preguntó Caoba.

— Demasiado complicado — contestó Svend —. Es mejor este tronco medio podrido. Separaremos un poco la corteza y podemos esconder los mensajes-clave debajo.

— No me gusta —opinó Caoba—. Las chicas salen primero. ¿Qué pasará si ellas al encontrar el mensaje no lo vuelven a tapar con la corteza? Será demasiado fácil para el compañero que las siga.

— Si eso ocurre, les quitaremos puntos. Podemos poner en el mensaje que el papel debe ser bien cubierto después de leído... Este lugar es sensacional... Bueno, vámonos.

Los muchachos continuaron su paseo de muy buen humor. Seguramente no hubieran estado tan optimistas si se hubieran dado cuenta de que unos ojos malignos les vigilaban atentamente desde las ruinas cercanas. Un hombre misterioso había escuchado cada una de sus palabras.

* * *

Al final llegó el gran día. La carrera de orientación era un acontecimiento deportivo seguido con el mayor interés por todos los espectadores, los profesores y los alumnos pequeños que no podían participar.

Cronómetro en mano, el profesor Stranvold dirigía las Milicias. Un alumno anotaba los tiempos, que le iba dando. A intervalos sonaba la voz del profesor.

— ¿Listos?... ¡Adelante!

Y cada participante iniciaba la carrera en busca del primer mensaje-clave, que le daría una nueva información sobre la ruta a seguir.

Los últimos en salir fueron Puck y Alboroto. Strandvold dijo sonriendo:

— Vosotros tenéis que recuperar tres minutos sobre los demás. Creo que es lo justo. Como sabéis, también en los hipódromos se hace lo mismo con los mejores caballos y, no obstante, suelen ganar.

— Gracias por su confianza —rió Alboroto—. Pero no se

preocupe, Puck y yo somos invencibles.

El profesor Strandvold sonrió. Alboroto, el mejor deportista de todo el pensionado, era su favorito. Que el chico fuera perezoso a más no poder para estudiar, no parecía importarle.

El señor Strandvold consultó su cronómetro y se volvió hacia Puck.

— ¿Lista?

— Lista — contestó la muchacha.

— ¡Adelante!

Y Puck salió corriendo como un corzo, seguida por un grito de júbilo de los pequeños espectadores. Era muy popular, sobre todo entre las chicas pequeñas.

— ¡Suerte, Puck! —gritaban.

Sin embargo, ella apenas prestó atención a los gritos de ánimo. Pasó casi volando por delante de la casa del guardabosques y siguió hacia el Bosque del Oeste. En la encina encontró el mensaje y continuó corriendo.

Durante los últimos días se había entrenado duramente y no sentía ni los latidos ni la falta de aire que la habían molestado cuando corrió tras Denise.

Al llegar al pantano vio a dos chicos que caminaban lentamente. Eran Joergen y Uva Seca.

— ¡Hola, muchachos! —gritó Puck al pasar por su lado—. ¿Habéis renunciado?

— Sí — contestaron abatidos.

— Esperad a Alboroto y seguidle. Es muy vergonzoso no terminar la carrera.

Puck no perdió más tiempo con aquellos compañeros y, rápida como una flecha, continuó hacia el siguiente escondite del mensaje-clave. En los matorrales junto a las ruinas encontró el podrido tronco de encina, y su mensaje. Lo leyó con rapidez y tapó con la corteza el mensaje para Alboroto.

Estaba a punto de proseguir su carrera cuando oyó un grito medio ahogado. Procedía de las ruinas. Puck se quedó helada.

Sonó otro grito, pero mucho más débil. Luego reinó el silencio. Hasta aquel momento, Puck sólo había pensado en ganar la carrera; pero cuando una persona grita de tal forma significa que está en peligro... Había que prestar ayuda por encima de todo.

Podía resultar peligroso hacerlo; pero a pesar de ello, Puck sólo tardó unos segundos en decidirse. Había olvidado por completo su deseo de ganar. Se trataba de ayudar al prójimo y eso era más importante.

Miró en derredor y empezó a acercarse sigilosamente a las ruinas. Conocía aquel lugar como la palma de su mano y se sentía segura. Junto a los escalones que descendían hasta el sótano de las ruinas se quedó un momento escuchando, pero todo era silencio.

«Quizá, pensó, aquellos gritos no habían salido de las ruinas después de todo».

Sin embargo, Puck estaba decidida a registrar el sótano. Con mucho cuidado empezó a bajar los escalones de piedra. A cada paso la oscuridad se hacía más densa. Sólo por algunas grietas



de la pared se filtraban débiles rayos de luz. El silencio era tal que casi resultaba macabro. Puck respiró hondo y gritó con un coraje que no sentía:

— ¡Hola! ¿Hay alguien ahí abajo?

No hubo respuesta. Sólo silencio... y oscuridad. ¿Debía seguir adelante ella sola, se dijo, o sería mejor esperar un par de minutos a que Alboroto la alcanzase? Esto sería sin duda lo más seguro; pero Puck estaba excitada, como encantada por el peligro, y decidió continuar su exploración sola.

Avanzó a tientas un par de pasos más en la oscuridad cuando, de pronto, dos fuertes manos la agarraron. Lanzó un chillido y empezó a revolverse como una serpiente. En la oscuridad no lograba ver a su enemigo, pero notaba su fuerza. Al hacer un rápido movimiento para liberarse, se oyó el ruido de tela rasgada. Su ropa se había roto, pero ella estaba libre.

La muchacha no lo pensó dos veces, dio media vuelta y, dando

traspies, buscó la salida del sótano. A sus espaldas oyó la voz de un hombre maldiciendo y el sonido de pasos que la seguían.

Cuando ya veía la luz de la salida, resbaló y cayó de bruces. Casi en el mismo instante se sintió apresada por las fuertes manos del hombre.

Intentó luchar, pero sonó una voz ronca, amenazante.

—Estate quieta o lo lamentarás

Puck sintió el miedo invadir su cuerpo. Comprendió que sería inútil luchar, pero no renunció. Gritó a pleno pulmón.

—¡Alboroto!... ¡Socorro!... ¡Alboroto!... ¡En las ruinas!



Cuando Alboroto inició la carrera corrió con toda su alma. No era que dudase de su victoria, pero no podía permitir que la rápida Puck obtuviera mejor tiempo que él. Alcanzó a Joergen y a Uva Seca al norte del pantano.

—¿Qué os pasa? —preguntó Alboroto—. ¿Habéis renunciado?

—Estamos a punto de hacerlo —suspiró Joergen.

— No digas tonterías. Si renunciáis seréis el hazmereír de las chicas. ¡Apretad los dientes y seguidme!

— ¡Qué bien! —dijo Uva Seca animado.

Los tres amigos empezaron a correr de nuevo. Alboroto no corría ningún riesgo con sus dos compañeros pisándole los talones. Hacía mucho tiempo que ellos habían salido y era imposible ya que se le adelantaran.

Al llegar a los matorrales, cerca de las ruinas, los tres amigos se

detuvieron en seco al escuchar gritos de socorro:

— ¡Alboroto!... ¡Socorro!... ¡Alboroto!... ¡En las ruinas!...

— ¿Qué es eso? —exclamó Alboroto—. Es la voz de Puck que me llama desde las ruinas... ¡Seguidme, chicos!

Cuando llegaron a la escalera de los sótanos les esperaba una sorpresa desagradable. Un hombre grande y robusto luchaba contra Puck, mientras tapaba con su mano la boca de la muchacha para, impedir que gritase. Pero ella se movía y pataleaba como una fiera.

— ¡A por él! — gritó Alboroto furioso, y junto con sus dos compañeros se lanzó contra el hombre al que, con el impacto, hicieron que soltase a Puck.

El ataque sorprendió al desconocido, que dio un ronco grito y empezó a repartir golpes. Los muchachos recibieron algunos tortazos, sin que por ello renunciaran a la lucha. Todo lo contrario; cada golpe recibido lo devolvían con furia. Los tres chicos eran buenos luchadores y el tipo aquel se vio atacado por todos lados.

El hombre gruñía de rabia mientras se defendía salvajemente. Puck, que había estado como paralizada, gritó de repente:

— ¡Un hombre se está escapando!

Los muchachos estaban tan excitados peleando que no entendieron lo que les decía y sólo Puck vio huir al fugitivo. Había salido del sótano inesperadamente, y corría a toda velocidad por el bosque en dirección noroeste. Un momento después había desaparecido. Se veía que el hombre empezaba a cansarse. Cuando Joergen y Uva Seca le atacaron por la espalda, Alboroto le dio con el puño en el mentón, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Toma, gamberro!...

Joergen se lanzó en tromba contra el hombretón, lo hizo caer y, antes de que pudiera levantarse ya tenía a los tres chicos encima. Su resistencia duró poco ante la lluvia de golpes que le propinaban seis puños incansables, y renunció, jadeante. Alboroto agarró un grueso palo y dijo, amenazador:

—¡Si intenta algún truco, le abro la cabeza!

Como el vencido no hacía ademán de querer defenderse, Alboroto se volvió hacia Puck:

—No tenemos tiempo de discutir esto. Tienes que seguir la carrera, ¡y ahora mismo!...

—Pero, Alboroto... Oí que alguien pedía socorro desde aquí...

—Nada de peros. Date prisa. Nosotros nos quedaremos y veremos qué ha pasado. Pero si tú te das prisa aún puedes conseguir un buen tiempo... ¡Apresúrate!

—Está bien...

A Puck no le gustó la orden de su compañero; sin embargo, obedeció. Instintivamente echó a correr a toda velocidad hacia el siguiente mensaje-clave. Cuando llegó a la parte norte del lago pasó a su próximo competidor y minutos después al segundo.

Ya cerca de la «Granja del Este» había dejado atrás nada menos que a seis compañeros, aunque ellos habían salido antes. Puck tenía la sospecha de que estaba batiendo la marca de otros años, sin embargo, no podía sentir ninguna alegría.

»¿Qué debe de estar pasando en las ruinas? pensó. ¿Regresará el hombre que huyó? ¿Serán capaces los muchachos de resolver aquello ellos solos?

Puck apretó los dientes en un intento de ahogar sus terribles pensamientos. Ella, después de todo, no podía hacer nada ya, y debía esforzarse para obtener un buen tiempo en la carrera de orientación..., sobre todo por Alboroto.

Cuando Puck hubo desaparecido, Alboroto se volvió hacia el hombrón que estaba en el suelo.

—Hable ya, pedazo de gorila. ¿Qué ha ocurrido aquí?

El hombre le miró lleno de rabia, pero no dijo nada. Alboroto levantó con gesto amenazador su pesado garrote.

—Cante de una vez o le arreo un trancazo. ¿Quién pedía socorro?

—¡Averigúalo tú mismo! —rugió el malhechor.

Durante un momento, Alboroto permaneció perplejo. Naturalmente, no había pensado ni por un momento llevar a cabo su amenaza, por muy criminal que fuese aquel hombre; pero aquel asunto era muy misterioso y había que investigarlo a fondo.

—La clave de todo debía de estar en el sótano de las ruinas.

Alboroto tendió el grueso palo a Uva Seca y le dijo:

—Vigílate bien. Voy a bajar al sótano para ver qué hay allí. Si intenta escapar, tumbalo de un estacazo.

—Entendido —aceptó Uva Seca y miró al desconocido con cara sombría—. Puedes confiar en mí. No se moverá.

Alboroto bajó los escalones del sótano. Como la oscuridad se

hacía más densa a cada paso, encendió una cerilla y avanzó con gran cautela por el largo pasillo. De vez en cuando se paraba para gritar:

—¿Hay alguien aquí?...

—Pero no hubo respuesta.

Al llegar a una pequeña bodega le pareció ver que algo se movía en un rincón. Encendió otra cerilla y avanzó un par de pasos. Se sobresaltó. Sobre el suelo yacía una muchacha amordazada y maniatada.

Alboroto liberó a la chica de las cuerdas que ceñían sus muñecas y le quitó el trapo que tapaba su boca. Se sobresaltó de nuevo. La muchacha era... Denise.

—¿Qué demonios...? —empezó Alboroto.

Pero la muchacha le interrumpió, rápida:

—Sí, soy yo... ¡Era horrible tener ese trapo en la boca!

—¿Qué ha ocurrido?

—Te lo explicaré, pero primero necesito un poco de aire puro.

—Sígueme —dijo Alboroto—. Ten cuidado de no tropezar con los cascotes que hay por todas partes.

Poco después habían alcanzado la salida. Denise abrió mucho los ojos al ver al hombre en el suelo, vigilado por los dos muchachos. Mientras el secuestrador amenazaba desesperadamente, Denise explicó:

—Había llegado al tronco de la encina cuando dos hombres aparecieron de pronto y me asaltaron. Ese tipo fue uno de ellos. Me puse a chillar y me metieron ese horrible trapo en la boca, luego me llevaron al sótano y me ataron. Poco después oí los gritos de una chica... Creo que se trataba de Puck... Pedía socorro... Luego... Bueno, viniste tú... Os doy las gracias a los tres, muchachos.

Se estremeció y añadió:

—No me atrevo a pensar lo que hubiera ocurrido de no ser por vosotros.

—Pero, ¿por qué te asaltaron? —preguntó Alboroto.

—No lo sé con seguridad, pero tengo una horrible sospecha. ¿Qué vamos a hacer con ese tipo?

—Lo verás en seguida —rió Alboroto.

Había guardado las cuerdas con las que habían atado a Denise y, poco después, tenían bien amarrado al hombretón.

Éste quiso oponer resistencia, pero el grueso del garrote y la paliza que los muchachos le habían dado hicieron que lo pensara mejor y se limitó a rugir de rabia.

—¡Arriba, gorila! — ordenó Alboroto.

El tipo obedeció con pocas ganas y un momento después el grupo se puso en marcha hacia el pantano.

Alboroto suspiró al pensar en la carrera de orientación. ¡Había puesto tantas esperanzas en ella!... Luego se consoló pensando que había hecho un buen trabajo capturando a aquel



peligroso criminal.

«¿Obtendría Puck un buen tiempo? — se dijo.

* * *

La explanada ante el edificio principal del pensionado de Egeborg estaba llena de espectadores cuando Puck llegó corriendo.

Fue recibida con una salva de entusiastas aplausos, porque todos estaban seguros de que había batido una marca. Había salido la penúltima; Alboroto, el último, y la pareja habían tenido un retraso de tres minutos en la salida; y a pesar de ello, Puck había regresado antes que muchos de sus compañeros salidos antes que ella... Pero, ¿dónde estaba Alboroto?

Los muchachos que habían participado en la carrera y ya habían regresado se preguntaban lo mismo:

— ¿Dónde está Alboroto?... ¿Por qué tarda tanto?

Muchos estaban preocupados por su tardanza sólo porque iba a ser vergonzoso que una chica obtuviera mejor tiempo que los chicos en una distancia tan larga.

Cavador se frotó las manos diciendo con malicia:

— ¡Qué maravilla! Estaba tan soberbio y arrogante... Pero ya no hay duda de quién debe pagar los helados. Terminará en la cola.

A Puck no le interesaban tales discusiones. Buscó al director

Frank, y le preguntó nerviosa.

— ¿Puedo hablar un momento con usted?

— Sí, naturalmente.

En pocas palabras le explicó lo ocurrido en las ruinas. El director la escuchaba preocupado. Tenía un horrible presentimiento.

Echó una mirada sobre el grupo de alumnos, pero no encontró a quien buscaba. Denise no había regresado aún. Era posible que la chica fuese muy lenta; pero sospechaba que algo le había ocurrido durante la carrera.

El director Frank llamó a Cavador y le ordenó:

— Reúne a tres o cuatro de tus compañeros e id en bicicleta a toda velocidad hasta las ruinas del promontorio. Ha ocurrido algo allí. Debéis ayudar, si podéis.

— ¿Qué ha pasado, señor director?

— No hay tiempo para preguntas, Henrik... Apresúrate...

— Está bien — aceptó Cavador y salió corriendo en busca de voluntarios.

El director fue con paso rápido a su despacho y marcó el número de la Brigada Criminal de Sundkoebing. Hasta aquel momento había estado en contra de que la policía interviniese, pero el asunto era ya tan serio que no se podía perder ni un segundo.

Mientras tanto, Puck era felicitada con júbilo por sus compañeras. El profesor Stradvold consultó su cronómetro y le dijo, alegre:

— No hay ninguna duda, Bente. Si Alboroto regresa dentro de los próximos tres minutos habréis ganado la carrera de orientación... ¿Dónde se habrá metido ese chico?

— Seguramente se habrá entretenido —murmuró Puck, dudando si decir lo que sabía.

Navio llegó corriendo y abrazó a Puck.

— ¡Es formidablemente palpitante! ¡Cómo has corrido!... Tenemos que celebrar el triunfo del «Trébol Cuatro Hojas», ¿eh? Aunque nosotras no hemos quedado tan bien. Karen hizo un buen tiempo, pero yo me sentía igual que un trapo mojado al regresar...

Terminó suspirando:

— Creo que mi tiempo también será excepcional..., pero en malo.

A pesar de sus preocupaciones, Puck sonrió y dio una palmada

amistosa en el hombro de su amiga para animarla.

— No lo tomes así, Navio. Una carrera de orientación no es cuestión de vida o muerte. Hay cosas mucho más importantes..., y serias. ¿Ha regresado Denise?

— No, aún no... Quizá no está en forma para una carrera tan larga.

— Esperemos que sea ésa la única causa de su retraso — murmuró Puck con pesimismo.

«¿Es posible que la persona que gritaba en las ruinas fuese Denise? Ojalá no haya ocurrido nada irremediable... —deseó Puck con toda su alma.



La carrera de orientación, que había empezado tan prometedora, parecía terminar en un caos.

Los retrasados llegaron a la meta exhaustos; pero, para colmo, el último grupo entró formando una extraña procesión. Delante iba Cavadore con tres compañeros en bicicleta. Detrás de ellos iba Alboroto, Joergen, Uva Seca y Denise, llevando un hombre maniatado.

Todo el mundo quería saber lo ocurrido, pero el director que había llegado hasta el grupo de recién llegados, supo terminar en seguida con la curiosidad general.

Ordenó que Alboroto, Denise y sus amigos fueran directamente al despacho con el prisionero. La explanada parecía un mar agitado. Todos preguntaban, pero nadie sabía qué responder.

Cuando Denise pasaba por su lado, Puck dijo, aliviada:

— No sabes lo contenta que estoy de volver a verte.

— Yo también me alegro de verte a ti, Puck, aunque hemos estado a punto de no volver a vernos nunca más. Luego te lo contaré todo.

La muchacha belga desapareció tras los demás en el despacho del director. Puck paseaba nerviosa por la explanada mientras Strandvold calculaba los tiempos. Sus compañeros la rodeaban con curiosidad. De pronto, el nerviosismo general subió de tono cuando el coche de la policía hizo su aparición y dos agentes subieron las escaleras del edificio principal.

Strandvold sospechaba más o menos de qué se trataba; pero, como si nada ocurriera, llamó a los alumnos para darles los resultados de la carrera. Cuando logró calmar un poco los ánimos, dijo en voz alta:

— ¡Ya tenemos el resultado de la carrera de orientación! Los ganadores son Dorthé Hagen y Henrik Smith... seguidos de Flemming Hein y Rigmor Nielsen... En tercer lugar, la pareja...

— Y Puck, ¿qué? — gritó Navio.

— Cálmate, Lise — le recomendó el profesor Strandvold y continuó leyendo los resultados.—

La pareja Bente Winther y Hugo Svendsen ocuparon el tercer lugar, pero contando desde la cola.

Un murmullo de decepción se oyó por toda la explanada; pero en seguida el profesor de gimnasia dijo con voz alegre:

—Admito que fue una mala calificación la de vuestros favoritos; pero seguramente tuvieron sus buenas razones, que más tarde sabremos. Habíamos acordado que, de cada pareja, el tiempo obtenido por la chica iba a sumarse al del chico. Como Hugo Svendsen fue el último en llegar a la meta, no le ha servido de nada el que su compañera obtuviera un tiempo bueno, pero...

El profesor hizo una pequeña pausa antes de añadir:

— ...Puedo informaros que Bente Winther ha hecho el mejor tiempo de todos. No sólo ha ganado a los chicos, sino que ha batido la marca del colegio.

— ¡Bravo, Puck! ¡Bravo! — sonaron las voces entusiasmadas de sus compañeras.

Los muchachos también aplaudieron, pero no tan fuerte. Se miraban de reojo algo avergonzados. Sin embargo, llegaron a la

conclusión de que Alboroto hubiera sido el más rápido a no ser por su intervención en el misterioso asunto que se estaba discutiendo en el despacho del director.

Strandvold levantó la mano para pedir silencio.

— Ha sido una bonita carrera — dijo —, y os doy las gracias a todos. Como sabéis, celebraremos una pequeña fiesta esta noche.

— ¿También nosotros? —preguntó una pequeña.

— No —rió el profesor—. Tendréis que esperar un par de años aún. Sin embargo, creo que la señora Frank os regalará unos caramelos antes de acostaros.

Así también hubo alegría entre los pequeños.

* * *

En el despacho del director se realizaba un interrogatorio minucioso. El señor Frank había comprendido que el asunto no podía mantenerse en secreto por más tiempo, desde el momento en que tantas personas estaban ya involucradas. Por ello no intentó pedir discreción a los presentes.

Antes de llegar los dos agentes de policía, explicó en pocas palabras lo ocurrido durante la carrera.

—No hay duda de que Denise Marcel ha sido víctima de un intento de secuestro —dijo—. Ya en Bruselas sus padres recibieron una carta de amenaza, en la que les pedían una enorme suma a cambio de la vida de su hija. Los padres consultaron con la Brigada Criminal de Bruselas, donde les aconsejaron sacar a Denise del país. Eso iba bien con los planes del señor Marcel, que había planeado un viaje alrededor del mundo con su esposa. Pensaron llevar con ellos a Denise, sin embargo la policía creyó más seguro que la trajeran a Dinamarca. Por eso Denise vino al pensionado de Egeborg. Hace unos días, cuando daba un paseo por el Bosque del Oeste, fue atacada por dos hombres misteriosos, y comprendí en seguida que los secuestradores habían seguido su pista hasta Dinamarca y contaban con colaboradores daneses.

El director hizo un gesto con la cabeza en dirección al maniatado criminal:

— Ese tipo es uno de ellos y, aunque el otro escapó, la policía no tardará en encontrarlo.

El aludido se limitó a mirar con rabia al director.

— Tenemos que sentirnos felices —prosiguió— de que Denise

haya salido tan bien librada de su terrible aventura, gracias a la ayuda de sus compañeros. No sólo quiero daros las gracias a vosotros: Hugo, Joergen y Svend Aage, sino también a Bente Winther que, como siempre, ha sabido actuar sensata e intrépidamente...

— Sí, es una jabata de primera —exclamó Alboroto un poco fuera de tono.

El director Frank asintió sonriendo:

— Tienes toda la razón, Hugo. Creo que, de momento, Denise está fuera de peligro. Sin embargo, debemos tener mucho cuidado y... ¡Ejem!... Para esta noche o mañana por la mañana, tengo una sorpresa para ti, Denise.

— ¿Una sorpresa? —preguntó la muchacha—. ¿De qué se trata?

— Espera y verás, hijita — sonrió el director —. Por último, quiero recordaros la fiesta que celebraremos esta noche, después de la cena en el gimnasio.

Cuando los alumnos se hubieron marchado, el director conversó durante un buen rato con los dos agentes de policía. Luego éstos se llevaron al prisionero, esposado.

En la explanada, la noticia del horrible incidente había corrido ya de boca en boca. Cuando el criminal, flanqueado por los dos policías, salió a la escalera, fue recibido por casi cien muchachos que le increpaban como locos.

— ¡Criminal!... ¡Bandido!... ¡Sinvergüenza!... ¡Secuestrador!...

El hombre, a pesar de su sangre fría se puso nervioso. Bajó cabizbajo la escalera y subió rápidamente al coche de la policía para alejarse de los iracundos chiquillos.

Por un momento pareció que los más belicosos de los muchachos iban a lanzarse sobre el delincuente, pero el profesor Strandvold logró evitarlo, aunque con cierta dificultad.

Los gritos continuaron hasta que el automóvil hubo desaparecido. El secuestrador podía darse por contento de no encontrarse solo, sin la protección de la policía, ante aquella agresiva muchachada.

* * *

Fue una maravillosa fiesta la del aula de gimnasia. Lilian Latour, con su grupo de acróbatas, dio un exhibición. Luego Else Riemer interpretó al piano un pequeño concierto clásico. Finalmente, todos

se reunieron en tomo a las mesas bien provistas de fruta, pasteles y refrescos.

Más tarde, una orquesta de tres músicos iniciaron el baile y, durante una de las pausas, el director Frank pronunció un discurso para elogiar a los valientes alumnos que habían evitado el secuestro y quizá el asesinato de Denise.

En otras circunstancias, Puck se hubiera sentido la chica más feliz de la tierra; sin embargo, no lo estaba. Bailó cuando la invitaron a hacerlo y, cuando no, bebía su refresco, comía un poco de fruta o charlaba con sus vecinos más próximos, pero de forma distraída y mecánica.

Pensaba en el disgusto que había tenido con Karen. Después de haber ganado la carrera, Karen era la única que no la había felicitado; ni siquiera le había dicho unas palabras amistosas. Karen había tenido mucho cuidado en evitarla, incluso cuando en el «Trébol de Cuatro Hojas» se vestían para la fiesta.

Puck no sabía qué hacer. Libre ya de su promesa al director, podía contarle a Karen sus razones por las que mantuvo en secreto lo que el director le había confiado. Sin duda su amiga la comprendería, pero si no... ¿Qué ocurriría? Sería muy desagradable ser rechazada en presencia de todos los compañeros.

Confiaba en que algo ocurriese aquella noche. Tenía que confiar en su suerte. Mientras la preocupada Puck estaba sentada al lado de la pista, Karen pasó por su lado bailando con uno de los chicos del último curso. Instintivamente, Puck levantó la mano para saludar, y entonces ocurrió lo increíble: su amiga sonrió y levantó su mano contestando el saludo.

Puck dio un suspiro de alivio. Cuando el baile terminó, Karen se aproximó a su mesa y se sentó a su lado en una silla vacía:

— ¡Hola! — saludó —. ¿Cómo va eso?

— Bien, gracias —contestó Puck alegre—. Tú también parece estar bien. Como siempre que hay baile, te pasas la noche gastando el suelo de la pista. ¿Sales conmigo a tomar un poco de aire fresco?

— Encantada.

Las dos amigas abandonaron la fiesta y pasearon hacia el lago Ege iluminado por la luz de la luna. El aire era tibio; noche silenciosa; sólo se oía débilmente la música que salía del gimnasio. Anduvieron un rato en silencio y, de pronto Karen se volvió hacia

su amiga.

— Voy a ir directamente al grano, Puck. He estado furiosa contigo porque creía que guardabas secretos a nuestras espaldas. Yo no sabía qué estaba ocurriendo... Todo ha sido tan confuso... Pero, antes, mientras bailaba con Alboroto, comprendí de repente. Le prometiste al director que callarías, verdad?

—Si, así fue... No podía romper mi promesa, ¿comprendes?

—Claro... —admitió Karen—. Pero yo no podía imaginar nada de eso. En el «Trébol de Cuatro Hojas» nunca hubieron secretos entre nosotras, y creo que comprenderás mi reacción. Te pido disculpas, Puck y... ¿continuamos siendo amigas?

—¡Amigas! —contestó Puck que de repente se sintió inmensamente feliz—. He pasado unos días horribles, pero no sabía qué hacer. No podía pedirle al director que me devolviera mi palabra.

— Está bien, Puck. No hablemos más de esto. ¿Nos sentamos a descansar los pies un poco?

Las dos amigas se sentaron y estuvieron charlando amistosamente durante un cuarto de hora, mientras contemplaban la brillante superficie del lago Ege. Puck era feliz tras haber recuperado la amistad de Karen, así como la de Navio y Denise. Hubiera sido horrible vivir con malas caras en el «Trébol de Cuatro Hojas».

— ¿Qué ocurrirá ahora con Denise? —preguntó Karen.

Puck vaciló:

— Es difícil saberlo. Han capturado a uno de los bandidos, y nuestra policía seguramente atraparé al otro dentro de poco... Pero... No es fácil que los secuestradores belgas se den por vencidos. Denise me da mucha pena.

— A mí también — admitió Karen —. Parecía tan chiflada al principio, pero ahora resulta una muchacha encantadora. Quizá haya sido una buena lección para ella sufrir la maldad del mundo.

* * *

Cuando las dos amigas regresaron al gimnasio, vieron a una señora muy bella y elegante sentada ante la mesa del director Frank, junto con Denise. Todos sabían ya que se trataba de su madre, la señora Marcel, que hacía diez minutos había llegado en automóvil desde Copenhague.

Al ver a Puck, el director le hizo un gesto para que se acercara. La muchacha se aproximó tímida, y se sonrojó al ser presentada por el director.

— Ésta es Bente Winther, de la cual le hablé... La señora Marcel.

Puck le hizo una reverencia y la señora Marcel le acarició la mejilla.

— No sabes cuánto me alegra conocerte, Bente... O Puck... Me han contado todo cuanto has hecho por Denise. Un millón de gracias, hijita. Si en alguna ocasión vas a Bruselas, serás nuestra huésped de honor.

— Muchas gracias —murmuró Puck, colorada como un tomate—. No he hecho gran cosa...

— ¿Que no has hecho gran cosa? — interrumpió Denise —. Puedes creerme mamá; Puck corrió un gran riesgo para salvarme. Ya la considero mi mejor amiga, y no quiero separarme de ella nunca.

— ¡Hum! — gruñó el director Frank, y pareció incómodo con la situación.

También para la señora Marcel la situación parecía embarazosa, e intercambió una rápida mirada con el director Frank.

Durante un momento ninguno de los dos habló y Puck pudo comprender que algo andaba mal. El director carraspeó y dijo:

— Más vale hablar claro cuanto antes. Denise ha estado en peligro y nadie sabe con seguridad si este peligro ha pasado. Los secuestradores son delincuentes peligrosos y no podemos saber si han renunciado a su propósito, sólo porque sus compinches daneses han ido a la cárcel. Existen muchos hombres despiadados, capaces de todo por dinero y...

De nuevo el director carraspeó y añadió:

—Los padres de Denise han decidido que ella estará más segura en compañía de ellos... mañana se marchará en avión, con su madre, a Australia...

—¡Oh, no! —exclamó Puck instintivamente.

La señora Marcel le acarició de nuevo la mejilla.

—Eres encantadora, Puck, pero Denise lo es todo para nosotros y estaríamos desolados pensando que algo le podía ocurrir. Por eso creemos que lo más tranquilizador será estar siempre con ella.

— Lo comprendo — dijo Puck en voz baja.

Denise no había dicho ni una palabra. La noticia de que al día siguiente debía partir para Australia le había dejado sin habla. Quería con locura a sus padres, pero también había aprendido a apreciar muchas otras cosas, y no comprendía que debiera separarse de su nueva amiga Puck.

— ¡Ay, mamá! —suplicó—. Deja que me quede en el pensionado hasta que regreséis del viaje.

— Tengo ya el billete, Denise.

— ¡Cancélalo! No sabes cuánto me gustaría quedarme aquí. Es horrible ir en barco por el océano. Ya sabes que me mareo.

Pero sus palabras no tuvieron ningún efecto. Tanto la señora Marcel como el director estaban incómodos, pero no había nada que hacer. De pronto, Denise saltó de su silla y salió corriendo del gimnasio.

El señor Frank hizo un rápido gesto a Puck para que la siguiera y ésta salió disparada en su busca.

Encontró a Denise a unos pasos de la puerta. A la luz de la luna, Puck vio que estaba llorando.

— No tengas miedo, Puck — dijo con voz quebrada por el llanto —; esta vez no pienso fugarme... Pero me sentía tan triste...

Empezó a sollozar y Puck le puso el brazo alrededor de los hombros y le dijo para consolarla:

— No olvides que tus padres sólo piensan en tu seguridad. Debes obedecerles. Además, ¿quién te ha dicho que no vamos a vernos más?

— No te hagas ilusiones — dijo Denise—. Tú eres la única amiga que se ha portado bien conmigo sin pensar en mi fortuna. Las que tengo en mi país se acercan a mí por el dinero de mi padre. Si yo fuera pobre, no buscarían mi amistad.

Puck iba a contestar, pero en aquel instante llegaban el director y su mujer juntos con la señora Marcel. El señor Frank dijo serio, pero amable:

—Es mejor que Denise se vaya a acostar ahora. Esta noche dormirá con su madre en la habitación de huéspedes... Vamos, hijita.

— Está bien — contestó Denise, y de pronto su voz sonó dura—. Buenas noches, Puck. Nos veremos mañana.

— Buenas noches, Denise... Y ¡ánimo!

—
Puck regresó lentamente al gimnasio, pero había perdido las ganas de divertirse.

* * *

Al día siguiente por la mañana fue la despedida. El director había dado una hora libre a los alumnos mayores para que pudieran despedirse de Denise. Un automóvil grande y lujoso esperaba al pie de la escalinata. Llevaría a la muchacha y a su madre directamente al aeropuerto de Copenhague.

Los compañeros se aglomeraban en torno a Denise. Todos querían estrechar su mano para despedirse. La muchacha se esforzó en ser cortés, pero actuaba de forma mecánica. Al final tomó aparte a Puck y le dijo con voz insegura:

— Adiós, y gracias por todo lo que has hecho por mí. No te olvidaré nunca... Tienes que prometerme que vendrás a Bruselas. Podrías hacerlo durante las vacaciones de verano, el año que viene.

— Sí... Es posible...

— ¡Tienes que prometérmelo! Para entonces habremos regresado del viaje y puedes venir con nosotros a Deauville. Allí tendrás todo lo que desees. ¡Prométeme que irás!

— No puedo prometerme nada seguro —contestó Puck con honradez, pero sentía un nudo en la garganta—. Si mi padre regresa de la India, entonces...

— Trae también a tu padre y a tu madrastra —insistió Denise—. Mi padre invita a mucha gente en Deauville. ¡Procura arreglarlo, Puck!... Ahora debo decirte adiós...

La voz de la muchacha se volvió trémula y Puck dijo con rapidez:

— Adiós, Denise... Y ¡suerte!

Denise estaba a punto de romper a llorar; dio media vuelta y corrió hacia el coche dónde su madre la esperaba. El gran automóvil se puso en marcha. Los colegiales saludaban con la mano gritando:

— ¡Feliz viaje, Denise!... ¡Feliz viaje!



Puck agitaba también la mano pero con gestos mecánicos. De pronto sintió que alguien estaba a su espalda, y oyó la voz, seria, de Karen:

— Bien, Puck... Fue una breve aventura.

— Muy breve —asintió Puck en voz baja—, pero muy instructiva.

F I N